

2014-01-01

La Vida Es Truco

Luis Eduardo Álvarez Marín

University of Texas at El Paso, lwyz15@hotmail.com

Follow this and additional works at: https://digitalcommons.utep.edu/open_etd



Part of the [English Language and Literature Commons](#), and the [Fine Arts Commons](#)

Recommended Citation

Álvarez Marín, Luis Eduardo, "La Vida Es Truco" (2014). *Open Access Theses & Dissertations*. 1379.
https://digitalcommons.utep.edu/open_etd/1379

This is brought to you for free and open access by DigitalCommons@UTEP. It has been accepted for inclusion in Open Access Theses & Dissertations by an authorized administrator of DigitalCommons@UTEP. For more information, please contact lweber@utep.edu.

LA VIDA ES TRUCO

LUIS EDUARDO ÁLVAREZ MARÍN

DEPARTMENT OF CREATIVE WRITING

APPROVED:

Luis Arturo Ramos, Master

Pedro Pérez del Solar, Ph.D.

Rosa Alcalá, Ph.D.

Bess Sirmon-Taylor, Ph.D.

Interim Dean of the Graduate School

Copyright ©

By:

Luis Eduardo Álvarez Marín

2014

All rights reserved. No part of this thesis may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law.

“El verdadero amor por los padres es póstumo”

Andrés Neuman.

LA VIDA ES TRUCO

by

LUIS EDUARDO ÁLVAREZ MARÍN, Licenciado en Educación Básica con Énfasis en
Educación Artística

THESIS

Presented to the Faculty of the Graduate School of
The University of Texas at El Paso
in Partial Fulfillment
of the Requirements
for the Degree of

MASTER OF FINE ARTS

Department of Creative Writing
THE UNIVERSITY OF TEXAS AT EL PASO
May 2014

ÍNDICE

EPÍGRAFE.....	iii
BIBLIOGRAFÍA.....	xxiii
TRUCO	4
ORACIÓN PARA MANUEL	9
MARÍA SOÑANDO I	12
87 GRADOS.....	14
FIESTA SORPRESA	17
MARÍA SOÑANDO V	21
ESCENA CUATRO	25
BRICOLAJE Y VECINDAD	37
CAFÉ.....	40
MARÍA SOÑANDO III	48
NUEVA SIEMBRA	51
GUSANOS Y CARTAS	53
GATOCIEGO	58
LAS CUCARACHAS CANTORAS.....	64
MARÍA SOÑANDO VI.....	75
PERROPIRAÑA	79
TEATRO ESQUINA.....	88
MARÍA SOÑANDO IV	97
PANORÁMICA CON NIDOS	99
MARÍA SOÑANDO II.....	102
DOS DE CORAZONES	104
LAS TORTUGAS REGRESAN.....	119
TREPANACIÓN Y PLUMAS	133
COLOQUIO DE LOS AUSENTES	136
MANDAMIENTO	140
VITA.....	143

PREFACIO

Como por arte de magia

La colección de historias *La vida es truco*, nace del primer acercamiento a las clases de narrativa del MFA en creación literaria. *Truco* es el cuento que dio origen a toda la propuesta y se centra en la historia de Eliseo, un niño de ocho años que espera a que su padre, un mago callejero y ladrón, regrese a casa. Toda la narración está contada en primera persona y relata la admiración del niño hacia Manuel, su padre, y a su vez revela la manera cómo trabajan juntos para engañar a la gente. Durante la espera, el niño va contando a un narratorio enigmático cada una de las aventuras que ha vivido con su padre, y a su vez va reconstruyendo la imagen que tiene sobre él: una figura mítica, un superhéroe que nunca se equivoca en nada.

El relato plantea temas como el engaño, la supervivencia, la paternidad y la infancia, en una familia disfuncional que intenta salir a flote en la dinámica de una ciudad agresiva y competitiva. Estos temas configuraron el eje principal del proceso creativo y me motivaron a continuar construyendo el conjunto de historias, para desarrollar a profundidad los perfiles de estos dos personajes desde la complejidad de la relación entre padre e hijo. De esta manera se fue estableciendo la cadena de historias, centradas en la vida del hijo de un mago decadente que se dedica al timo y la extorsión en la ciudad de Bogotá.

Una de las características más relevantes de las historias, es que el mago, llamado Manuel y apodado Mandraque (O Mandrake, como el personaje de la historieta creada por Lee Falk) no es una presencia constante, ya que parte de la unidad de las historias

consiste en que el personaje sea una perpetua elaboración de los otros; Mandraque es, en cierta medida, una construcción colectiva.

Los personajes centrales en esta cadena de historias son: Eliseo, el niño que crece solo; María, exesposa de Manuel, quien deja a su familia para vincularse a la guerrilla; Ananías o Anarquías, un militante de extrema izquierda que se convierte en mentor de María y, posteriormente, en compañero de cárcel de Manuel y León, el padre de María. Aparecen también otros personajes anónimos que narran su propia historia y la de los protagonistas. Durante todo el proceso creativo, surgió un especial interés por mantener las historias atadas a la construcción de la personalidad de Eliseo y mostrar el conflicto permanente que causó en él el abandono de María y el encierro de Mandraque. Son, esencialmente, personajes que se mueven todo el tiempo entre la presencia y la ausencia.

La mayoría de los relatos buscan ser cuentos de personaje que plasmen la psicología de cada uno de ellos en la situación en la que se encuentran. Uno de los desafíos durante la escritura fue que las historias interconectarán entre ellas: hay puntos de toque, referencias comunes y situaciones paralelas que aportan diversas visiones del sentido general que compone la obra. De tal manera, la colección tomó un rumbo donde el tratamiento de las historias se nutre de diversas técnicas y formatos narrativos, que contempla elementos de la narración gráfica, la dramaturgia, el cuento, el relato, el microcuento, la viñeta y el poema en prosa. La intención al mezclar esta diversidad de estilos, es mantener una relación entre la forma, la particularidad de las situaciones y las necesidades temáticas de cada historia.

Uno de los mayores retos en la escritura de las piezas que componen el texto, fue entender los momentos del contexto histórico, barrial y de las diferentes edades por las

que transcurrían los personajes. El conjunto de las narraciones se enmarca en una línea de tiempo que abarca desde 1958 hasta el 2010, y las historias cuyo eje principal son Eliseo y su padre, se ubican entre 1994 y 2010. Esta última referencia temporal es importante en el contexto de las principales ciudades de Colombia, porque hace parte de los procesos de expansión del narcotráfico en el país; por tanto, en ciudades como Cali y Bogotá, la cultura fue permeada por una ética y estética relacionada con el dinero fácil. Hubo un gran desarrollo económico vinculado a la abundancia de recursos ilícitos que desencadenaron todo tipo de modalidades de delincuencia urbana, concentrada principalmente en los barrios periféricos de las ciudades. El robo, la extorsión, el secuestro y la violencia fueron el pan de cada día durante este periodo, y *La vida es truco* refleja parte de estas situaciones en las historias sobre Mandraque.

Entre los escenarios recurrentes de las historias, Bogotá es el espacio protagónico y que da cierta unidad al conjunto del libro, sin embargo, no es la ciudad de los hitos históricos, arquitectónicos o referentes culturales importantes, sino aquella fuera del margen. Es la Bogotá clandestina, de la necesidad, del hambre y la cárcel, cuyo epicentro es el barrio bajo. Además de este espacio citadino, aparecen Cali y Buenaventura, en el Pacífico colombiano, como parte de la nostalgia de Mandraque y María, al ser su región de origen. Por otra parte, todas aquellas historias donde se mencionan escenarios como montañas, pueblos y paisajes rurales, tienen una relación directa con construcción de María y Ananías, ya que estos lugares son significativos en el contexto de la lucha armada y los grupos guerrilleros.

En general, este libro es una elaboración sobre la complejidad de la relación entre los padres y el hijo, donde el tema de la magia es un pretexto para contar historias. Aparece como metáfora de las peripecias cotidianas a las que deben recurrir Manuel y

Eliseo en una ciudad y contexto que no brinda muchas oportunidades y opciones para subsistir. Lo mágico surge en la tensión entre la seducción (la creatividad y recursividad para elaborar el engaño) y la miseria (esa situación de pobreza extrema de los personajes).

La magia también puede tener una aproximación a la poética del oficio de escribir y cómo contar historias. Supongamos que un mago, un ilusionista o prestidigitador presenta un truco sencillo en un acto público: el principio del acto inicia con dos manos que interactúan para presentar un objeto que luego tendrá que desaparecer. Hay todo un despliegue técnico en las acciones simultáneas y en la cinestesia para lograr el objetivo primordial del truco: envolver al espectador en una confusión que no da tiempo para pensar qué está ocurriendo verdaderamente. Hay una coreografía de manos, la expresión del rostro, los movimientos, los objetos misteriosos, la iluminación, los telones y los velos. Todo ello se orchestra con un fin: dirigir la mirada del espectador a un punto específico. La mano derecha hace el movimiento seductor, el cuerpo se gira a la izquierda por un momento, las luces descienden, las palabras del mago reiteran la proeza (haciendo una narrativa de la situación) y mientras todo ese espectáculo se combina, la mano izquierda esconde el objeto en cuestión.

Estas estrategias con las que se desenvuelve la escena del truco se presentan en los cuentos de manera similar. Ciertos elementos de la narración se acentúan, se desvían, se iluminan, se esconden para que luego puedan emerger. Construir una narración, a mi manera de ver, supone jugar (como lo hace el mago) con ese objeto que todos desean ver. Durante el proceso del espectáculo hay que narrar el objeto, conjurar toda la técnica para dirigir al espectador-lector justo donde quieres que esté; luego de esa construcción vendrá la sorpresa de encontrar el sentido o experiencia que transmite

la historia y que termina siendo un acontecimiento para el espectador en el proceso de lectura. La narrativa tiene mucho de truco de magia y también muchos trucos.

Descubriendo el truco

Hablar de la poética propia relacionada con las decisiones narrativas de la obra, implica hacer un recuento de la creación de las historias y una proyección de lo que se espera que logren las mismas. Para plantear este cruce de ideas en el presente texto, quisiera vincular mi trabajo narrativo, tratando de hilarlo con algunos conceptos, fragmentos e ideas que se desarrollaron durante la creación de las historias.

El presente proyecto de tesis fue un laboratorio de creación que se estableció como una mezcla de técnicas narrativas que fui apropiando durante la maestría. A decir verdad, cada relato nació de una necesidad específica que se relacionaba con mis errores frecuentes al narrar historias. Así, por ejemplo, al descubrir que en mis historias los diálogos no funcionaban orgánicamente, decidí hacer varios relatos que vincularan de manera protagónica la voz de los personajes. Es el caso del primer acercamiento a la escritura dramática en *Escena Cuatro*, el cual es un experimento narrativo que surgió de la necesidad de desarrollar determinados timbres de voz para Anarquías y León. El formato es una pequeña pieza teatral que no busca ser una puesta en escena, sino la apropiación de las voces para exponer la historia a través del diálogo. Los personajes principales de *Escena Cuatro* son dos ancianos que están en la cárcel en el pabellón destinado a los internos de tercera edad. Han planeado la fuga de allí, pero se encuentran con un Mandraque recién trasladado del pabellón, afectado y aletargado por el tratamiento con drogas psiquiátricas. En su intento de fuga, debaten acerca de la

conveniencia de traer a Mandraque con ellos, sobre la libertad, la violencia del sistema penitenciario y de toda su historia como viejos al margen de la sociedad. Aunque la construcción de Ananías como personaje se da de manera paralela a la historia de esa familia, él encarna y permite el desarrollo de historias con tópicos como la guerra, los ideales y el desencanto. Ananías es necesario en la colección porque me ayudó a resolver parte del vacío en el enigma sobre el paradero y las verdaderas decisiones que llevaron a María a alejarse de Eliseo y Manuel.

Al valorar el proceso, encuentro que este laboratorio narrativo me impulsó desde preguntas particulares: por ejemplo, si encontraba que la idea de un cuento necesitaba un tipo de timbre y tono, me dedicaba a investigar las maneras de hacer el relato respondiendo a esa especificidad. Así, en *87 Grados* (uno de los relatos más cortos de la colección y que está escrito en tercera persona) la primera idea fue jugar con la voz narrativa para que fuera acorde al delirio y la locura que estaba viviendo Mandraque en la cárcel, dentro del pabellón de enfermos mentales. El tono del relato es muy cercano a la oralidad, está lleno de coloquialismos y parte de un juego con el lenguaje que busca hacer evidente la repetición continua de frases, deformar la sintaxis lógica, así como poblar el discurso del narrador de metáforas y reflexiones sobre el encierro y la fuga.

Partiendo de la creación de un timbre en la voz narrativa, aparece también la historia *Oración para Manuel*. Está contada por un narrador en segunda persona que va construyendo el personaje (otro mago callejero) quien fue el maestro de Mandraque. Él se cuenta a sí mismo, reescribe la historia de su presente mientras espera a que Manuel regrese con la indumentaria para el espectáculo de magia que realizan los domingos en uno de los parques principales en la ciudad de Cali. A partir de esta espera, el personaje (del cual nunca se sabe el nombre) tiene tiempo para regresar a su propia

infancia y crear una pequeña teoría de la vida y su nostalgia. En este cuento, el uso del “tú” en la segunda persona narrativa, está complementado con la manera de usar el “vos” en el particular registro lingüístico local proveniente de Valle del Cauca y el Pacífico colombiano. *Gatociago* es un relato focalizado en el punto de vista de Manuel, y también está escrito en segunda persona. Responde a la idea de mostrar sus alcances en la planeación de los timos. La meta del relato siempre fue recrear el momento exacto y cómo transcurren las acciones el día del décimo cumpleaños de Eliseo, cuando Mandraque es arrestado por la policía y enviado a la cárcel.

En varias de las historias de la colección se hace uso de la voz narrativa en segunda persona, porque permite, a mi modo de ver, una cierta flexibilidad: por una parte es bastante cercano al personaje (casi como si fuera en primera persona) pero también puede tomar distancia para crear el contexto y mostrar a los otros (como en tercera persona). Acorde a la descripción sobre las características y posibilidades de la voz narrativa en segunda persona que propone Janet Burroway, en varios de los presentes cuentos existe la tendencia a que el narrador atribuya al lector un mayor compromiso con la historia, vinculándolo íntimamente con la situación y el personaje que se está narrando. (Burroway, 2000)

Por otra parte, los cuentos *Café* y *Gusanos y cartas* son dos narraciones en tercera persona que buscan complementarse temáticamente desde la experiencia de Eliseo en el inquilinato y su eventual encuentro con los fantasmas. Estas historias se inscriben en el cuento fantástico, ya que un elemento sobrenatural aparece como centro de atención. En un microcuento de Theodor W. Adorno, se encuentra la semilla de este par de cuentos:

“Con motivo del ochenta y cinco cumpleaños de un hombre en todos los aspectos muy bien atendido, pregunté en sueños qué le podía regalar para darle realmente una alegría. Y en seguida me vino la respuesta: un guía para adentrarse en el mundo de las sombras” (Arias, 76).

Aquí, aunque el elemento fantástico se enfoca en lo sobrenatural del sueño, la intriga por saber sobre aquel *guía*, me llevó a escribir *Gusanos y cartas* para desarrollar la idea del oficio del niño como consejero y guía que escucha problemas e historias que le cuentan los fantasmas. Además de esto, el ejercicio creativo para el cuento radicaba en que el narrador contara toda la historia a través del discurso indirecto. También es importante resaltar que toda esa atmósfera de misterio fue apareciendo, según se describía al niño viviendo en el inquilinato, y se desarrolló en los cuentos como uno de los mecanismos para escenificar la desolación en la infancia de Eliseo, como si el niño, al no tener otra compañía posible, hubiese tenido que aprender a hablar con los fantasmas.

José Emilio Pacheco, en el microcuento titulado *Nadie*, crea una pequeña escena que me sedujo para continuar una historia que se relacionaba con la primera aparición de Ananías y sus inicios en la militancia política de la izquierda colombiana.

“En el valle ocurre un hecho sobrenatural. Un labrador sale de su choza para atestiguar el prodigio. Dialoga unos minutos con el que hizo el milagro. Al volver, su esposa le pregunta: — ¿Quién era?—. El labrador toma asiento a la mesa y responde: —Nadie. Era Dios.” (Arias, 39).

En *Nueva siembra* Ananías es un joven campesino que, guiado por el dios del comunismo, se revela contra su patrón terrateniente. El cuento corto tiene mucho de esto, se vale de situaciones comunes, información cultural compartida, chistes, datos y

referencias temporales que estén en el consciente colectivo para acortar explicaciones. En este caso, el cuento se ampara en la construcción mítica y la aparición, digamos celestial, del comunismo en Colombia.

En cuanto a la estructura y el orden de la colección, se ha tomado como referencia una línea de tiempo que ayuda a ubicar cierto sentido de los relatos, principalmente en sus interconexiones. El eje vital de la colección es el que se construye desde la experiencia de Eliseo, ya que las historias giran en torno a su relación con el padre, en cómo las decisiones del mago configuraron la soledad y el abandono; este tejido no lineal de personajes y puntos de confluencia, finalmente permitieron formar el esqueleto del conjunto. La propuesta general parte de la idea de entretrejer historias, que aun siendo (parcialmente) independientes, pudieran cobrar mayor sentido por acumulación de información dentro del conjunto. Esto se hizo posible, esencialmente, por el acercamiento a las formas narrativas, a los usos de diversidad de voces, tonos, narradores etc.

Este libro también se caracteriza por presentar a los personajes en una situación de continua espera. El objetivo en varias de estas situaciones, es mostrar un tema subyacente que recree la expectativa de los personajes como algo cotidiano y a la vez sorpresivo. En común, las historias contienen alguna forma de espera que interviene al personaje: Eliseo espera que su padre salga de prisión y le cuente por qué se marchó María... espera crecer, el amor, los fantasmas que ya no lo asombran, espera aniquilar la tristeza. Manuel espera la fuga, la libertad... espera que los demás lo reconstruyan. María espera encontrar calma, regresar a esa vida idílica a través del sueño y la poesía, espera el reencuentro con su hijo. Por último, Ananías espera una libertad digna, y que su vejez le traiga el reencuentro con la paz y su tierra natal.

Sobre las imágenes

Dentro del corpus del libro también aparece la idea de vincular imágenes visuales que acompañan los relatos. Ellas son parte del testimonio del proceso creativo, la poética y la narrativa del proyecto. Ambas formas de comunicación me llevaron a un mismo punto: aprender a desarrollar un argumento. El argumento es una palabra clave en cualquier texto narrativo. En el mismo sentido, en la imagen visual (una ilustración, un grabado) sucede algo interesante: el argumento aparece al instante y está sujeto tanto a las elecciones estéticas (materiales y técnicas) como al código de comunicación, para que el espectador tenga una experiencia que lo invite a descubrir los subtextos que de ella emanan. El espectador recorre la imagen y encuentra, a partir de su propia percepción, puntos importantes para reconstruir el posible sentido de la imagen y una idea que se acerque medianamente a lo que intenta comunicar el artista. Varios fragmentos e historias de este proyecto narrativo también están acompañados de ilustraciones creadas a partir de los relatos. Estas imágenes no buscan ser un elemento decorativo, sino crear un reflejo interpretativo en ese juego de situaciones, personajes y desplazamientos espaciales.

En el caso de las imágenes en secuencia narrativa (serie de imágenes hiladas por un tema) intervienen otros aspectos, como la posibilidad de desarrollar un argumento paso a paso en dicha secuencia. Ese es el caso del relato visual *Teatro Esquina*, que también surge como experimento y elabora un discurso gráfico acompañado de textos cortos. Contiene ocho ilustraciones en secuencia que reconstruyen una historia pequeña, cuyo objetivo principal es recrear uno de los trucos de Mandraque, no sólo como estructura visible de la historieta, sino como eje capital de la narración. Las imágenes

visuales toman el valor de lo narrado, son el paso del tiempo, el espacio de la calle, la esquina que habitan los personajes, el recuerdo de un pasado, la transición de Mandraque a partir de la repetición de colores y una voz de la consciencia cercana al monólogo que enseña la secuencia. El uso de elementos como las imágenes y el relato pretenden, no sólo ambientar, sino encarnar la narración para que la idea primordial (mostrar un truco visualmente) sea efectiva y sensorial. Al crear un paralelo entre la imagen que va mostrando el espectáculo y el texto que habla de una situación más general de la vida, emerge una reflexión sobre la pobreza, la calle y la magia.

Las imágenes visuales que acompañan las historias, por sencillas que sean, plasman parte del proceso de creación y la relación entre los temas y los personajes. Algunos de los experimentos visuales para ilustrar el volumen parten de bocetos hechos en los manuscritos de las historias y los diarios de creación en las primeras fases de escritura del proyecto.

En la relación entre imagen y palabra, existen varias distinciones: la imagen como ilustración, la imagen anexa, y la imagen que hace parte vital del discurso. Las tres formas de usar la imagen se han implementado en este proyecto, con especial interés por enriquecer el panorama de las historias y hacer posible que los argumentos se nutran de las imágenes. Es muy importante para mí que la imagen sea complemento de los textos, es algo que he indagado durante diversos procesos creativos, y será una investigación permanente en mi búsqueda de la escritura. La simbiosis entre imagen y palabra es uno de los retos futuros para continuar investigando en este volumen de historias.

En cuanto a las imágenes poéticas, aparece una serie de historias dedicadas a la adolescencia, donde se aborda el tema de la mutación de los personajes. Henry James

nos dice que el arte es esencialmente un artificio. También nos dice que el arte de la ficción se ampara en plasmar la humanidad (un concepto inmenso de por sí) y sus realidades llenas de matices, diversidad e infinidad de formas. (James, 12).

Bajo esa apreciación de la infinidad de formas posibles en la construcción de una realidad, surge parte de las fábulas que intentan crear la panorámica de una ciudad mutante y sus jóvenes habitantes. Allí coexisten varias formas de contar una realidad y poner en escena diversas maneras de retratar a los personajes.

En ese sentido, la serie de historias dedicadas a la adolescencia y los “Pajarracos”, son decididamente historias breves que se enfocan en recrear una realidad desde el acercamiento fantástico a la adolescencia de Eliseo y algunos de sus amigos. El efecto que busco con ese tipo fábulas de los pajarracos corresponde al desconcierto mismo que trae la adolescencia. Aunque pareciera una vía fácil para manifestar la metáfora del cambio, me parece que el eje se centra en mantener la cercanía con los personajes y nombrar la extrañeza de ese grupo de jóvenes, para quienes la adolescencia significa ser un bicho raro, ser mutante en un mundo sordo que no entiende los cambios ni ofrece perspectivas para el desarrollo de la subjetividad. Quizá por esta razón decidí ubicarlos así, literalmente mutantes, dentro de la colección.

En los relatos de los pajarracos existen formas de representación que se podrían acercar a lo caricaturesco, en tanto que se dota de rasgos humanos a los animales y a su vez de rasgos animales a los humanos. Sin embargo, la extrañeza de esa serie de relatos surge al incluir ambas formas dentro de las acciones y los personajes. El elemento principal de los relatos está en la inversión de conceptos, algo similar a lo que propone Mario Vargas Llosa en el capítulo *Los hombres cosificados* y *Las cosas humanizadas*, del libro *La orgía perpetua*, cuando dice: “Esta elevación del objeto hacia lo humano no

ha sido posible sin una operación simultánea de rebajamiento del hombre hacia el objeto: para que fraternizaran, debían recorrer un trecho equitativo de camino.” (Vargas Llosa, 816).

Al cambiar o trastornar el orden y significado de las imágenes, se crea un efecto de simetría (lo humano debería ser animal y lo animal humano) que a mi modo de ver, detona cierta sorpresa en el lector y también trastorna su expectativa sobre el tema de la adolescencia. De una manera similar, la historia *Perro Piraña* se focaliza en Eliseo para transmitir, a través de una voz en segunda persona, todas las sensaciones corporales y mentales del personaje durante un día de colegio. Eliseo sufre una fuerte migraña, que por los síntomas afecta su comportamiento, y hace pensar a los demás que él está metido en el consumo de drogas (la migraña lo hace ver el mundo con ojos de perro y sentir un ejército de pirañas mordiéndole la cabeza).

Las otras voces

La novela *Hablar solos*, de Andrés Neuman, es un referente importante dentro de la construcción de este proyecto. Se relaciona principalmente por esa triada de personajes (Padre, madre e hijo) y el desarrollo de las situaciones desde punto de vista de los personajes. En la historia de esta familia, el hecho central que mueve toda la narración, es el proceso de la muerte del padre por causa del cáncer. Allí Neuman muestra cómo la revelación de la muerte cambia toda la dinámica familiar y los padres se van preparando para ese hecho irreversible. Lo interesante de esta novela es que parte de esos tres puntos de vista únicos para tejer la trama: el padre cuenta su versión de la enfermedad, del viaje y la crianza a través de una grabación de voz, que luego se convierte en una

transcripción cuyo narratario es el hijo; el niño revive su experiencia durante el viaje que planeó su padre; y luego está la madre, quien a mi modo de ver tiene la mayor riqueza narrativa, se centra en mostrar el proceso de la muerte de su esposo a través de la literatura y el deseo. La escritura para ella es expiación y descubre en su sexualidad algo que la exime del dolor de la muerte, de esa ausencia anticipada del esposo.

La relación de la obra de Andrés Neuman con la presente obra, está sobre todo, en el interés por mostrar una familia que se desintegra y cómo se deforma el crecimiento del niño según esa experiencia. La diferencia que encontré y de la que quise tomar distancia, es la forma; dado que mi intención nunca fue crear una novela, o no al menos una convencional. Yo deseaba mostrar un espectro más largo de tiempo a través de todos los relatos para exponer cómo era la experiencia de la espera del niño, sus relaciones con los otros, cómo vivía la soledad, los cambios, las primeras veces, el hambre... y cómo la vida lo fue moviendo de lugar indistintamente mientras crecía en la desolación. Los padres de Eliseo son ausencia, aunque también son una presencia continua porque siempre acompañan los pensamientos del niño.

Neuman construye a un padre que quiere dejar un testamento que valga la pena... un héroe que espera quedar fijo en la mente del hijo. Sin embargo, según cuenta el padre que inventa Neuman, la transición desafortunada de la enfermedad lo llevan a reflexionar sobre el bien y el mal, sobre la paternidad y la infancia para mostrar que ese héroe se desvanece y la vida no volverá a ser la misma:

“Todo niño es el comienzo de un posible hijo de puta, eso lo tengo claro, simplemente los niños, quizá por culpa nuestra, empiezan dividiendo el mundo en bien y mal, en verdad y mentira, el único momento en que mentir está bien es cuando juegan, ahí sí que se puede, así que los niños se hacen

adultos jugando, un poco al revés que los padres, que jugamos para volver a ser niños” (Neuman, 67).

Por otra parte, la novela *No comas renacuajos*, de Francisco Montaña Ibáñez, es una obra que habla sobre una familia de cinco niños que crecen solos. Los temas que plantea se relacionan con *La vida es truco*, en cuanto a la crudeza de las calles de Bogotá, la pobreza y lo difícil que les resulta a ellos permanecer unidos en la adversidad de crecer sin padres. En ese contexto de abandono y necesidad, se desarrolla la historia: “Lo único seguro era que ninguno de nosotros tenía otro sitio a donde ir. Algunos esperaban que cuando sus padres aparecieran vinieran a reclamarlos, otros ya se habían hecho a la idea de que eso no pasaría (...) Por mi parte, yo esperaba que mis papás salieran de la cárcel.” (Montaña, 19).

En este sentido, la influencia de *No comas renacuajos* en la presente colección de historias, está en cómo se aborda la realidad y el mundo de la orfandad. Las semejanzas entre la novela de Montaña y mi propuesta, están sobre todo en hablar de situaciones como el dolor, el hambre, la tristeza, el crecimiento no integral y la ausencia.

La vida es truco, en un sentido más amplio, se acerca a cierto tipo de literatura juvenil (o que habla sobre la juventud) donde la fantasía y los finales felices no son una opción. Aunque este proyecto no se escribió pensando en ese público objetivo o lector ideal, comparte la postura de hacer frente a temáticas complejas desde la creación literaria. Fabio García, en un artículo sobre la edición de este tipo de literatura, enumera que parte del problema con la escritura de libros juveniles, tiene que ver con que no estimulan a una reflexión social en contexto, porque la idealización (mantener la "gracia e inocencia infantil") son la huida “políticamente correcta” para muchos autores. Y así, termina triunfando esa forma de control creativo: “el conservadurismo encuentra

refugio seguro aferrado a una superficialidad protectora del statu quo que aleje la mirada de los problemas reales de la exclusión, la marginalidad, la violencia familiar y social, la pobreza y la avaricia que arrasa, realidades que sí ameritan una mirada axiológica detenida.”¹

La apuesta de *La vida es truco* es por una literatura que encare la marginalidad, los problemas económicos, sociales y culturales del contexto colombiano. Si en libros como Harry Potter, la magia aparece como un desfogue posible lleno de fantasía y espectáculo, en *La vida es truco* la magia es solo una artimaña que devela la habilidad para el “rebusque”, la supervivencia diaria; el artificio y el engaño son la opción para vencer la inclemencia de la vida. Aquí la magia es una falsedad, un oficio para oportunistas. De una manera similar, el cantautor cubano Frank Delgado hace una parodia de este mismo tema, en una canción titulada “Carta de un niño cubano a Harry Potter”. Allí se mofa de los problemas de ese personaje perteneciente a un país desarrollado, y crea el contraste con la realidad de una familia cubana. Delgado dice que la verdadera magia está en preparar comida tres veces al día con los tres ingredientes que les ofrece el gobierno.

En el caso de este volumen de historias, la concepción de la niñez y la juventud pretende estar menos idealizada e ir en contra de esa convencionalidad que afecta la misma naturaleza del hecho de crecer: “La muerte y la infancia rara vez se tratan juntas. Los adultos, ya no digamos las madres, preferimos que la infancia sea ingenua, agradable y tierna. Que sea, en suma, al revés que la vida. Me pregunto si, por evitarles

¹ García O, Fabio. “**La edición de literatura “formativa”, la calidad literaria y sus enseñanzas para la edición infantil y juvenil**”. Publicación digital en la página web de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República.
<<http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/julio2012/indice>>
Búsqueda realizada el 10 de febrero 2014.

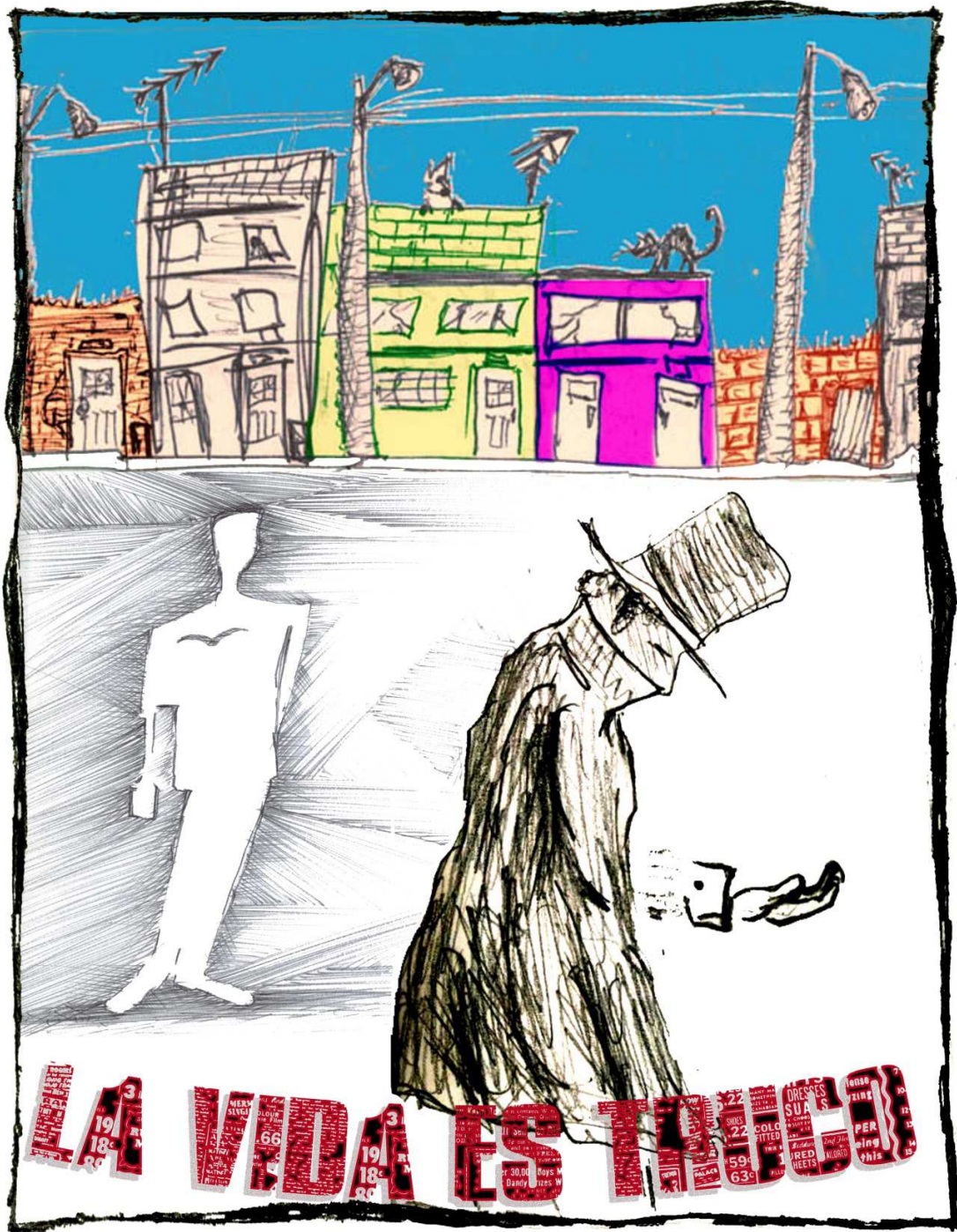
el contacto con el dolor, no estaremos multiplicando sus futuros sufrimientos” (Neuman, 131).

De este modo, me parece necesario que la literatura siga reformulando la idea de infancia y juventud, sin apartarlos de los elementos que forman la realidad. Finalmente, dentro del todo el proceso, esa fue una preocupación constante: señalar este tipo de problemáticas y hacer una apuesta por retratar la cotidianidad de una infancia en medio de la dificultad, la pobreza y el rechazo.

BIBLIOGRAFÍA

- Arias García, Benito. *Grandes minicuentos fantásticos*. Madrid: Alfaguara, 2005.
- Burroway, Janet. *Writing fiction: A guide to narrative craft*. New York: HarperCollins, 1996.
- James, Henry. *The art of fiction*. Boston: Cupples, Upham and Company, 1885. Ebook.
- Montaña Ibáñez, Francisco. *No comas renacuajos*. Bogotá: Babel Libros, 2008.
- Neuman, Andrés. *Hablar solos*. México, D.F.: Alfaguara, 2012.
- Vargas Llosa, Mario. *Obras completas: Ensayos Literarios I*. Madrid: Galaxia Gutenberg, 2004.

LUIS EDUARDO ALVAREZ MARTIN



LA VIDA ES TRUCO



Escrito e ilustrado por
Luis Eduardo Álvarez Marín



(2000)

TRUCO

Quédese ahí tranquilito señor, mi papá dijo que ya venía y así va a ser. Mi papá cumple siempre su palabra. Él me dice que eso es lo único que vale en la vida, tener palabra, entonces seguro que él no se demora. Yo me quedo acá con usted haciéndole la charla y cuidándolo, como me recomendó mi papá. Si usted quiere podemos jugar al escapista, que es uno de los juegos que más me gustan.

Eso que usted está mirando es mi caja de mago. Me la regaló mi papá en navidad. Mi papá dice que si estudio bien los libros de los trucos, hasta puedo ser mago cuando sea grande y así yo voy a cumplir su sueño. Él sabe trucos también pero nunca pudo ser mago porque conoció a mi mamá y ahí, como dice mi papá, se le desgració la vida. Él me enseña sus trucos porque sabe todo de todo. Mi papá dice que la vida es un truco.

Él se llama Manuel pero le dicen Mandraque, pero no le gusta el apodo porque es de un mago superhéroe y él dice que le gustan más los supervillanos. Él sabe todo sobre todo. Yo le voy a contar cómo hacemos los trucos, pero no le diga a mi papá porque seguro me agarra a coscorriones. Mi papá dice que los magos profesionales nunca cuentan sus secretos, pero como yo todavía no soy mago profesional porque solo tengo ocho años, entonces no importa si le cuento. Mientras tanto, juguemos a que usted es el gran escapista Judini y yo soy su asistente.

Una vez nos fuimos a caminar por el centro, donde están todos esos edificios grandotes y nos encontramos con una señora que estaba hablando por celular y decía que el carro se había quedado sin gasolina. Entonces mi papá le dijo que si la podía ayudar. Y ahí duraron un rato poniéndose de acuerdo para ver cómo podían ir a la

gasolinera. Hasta que por fin mi papá le propuso que él se quedaba cuidando el carro mientras ella iba conmigo a traer la gasolina porque yo sabía dónde era la estación. No me mire así señor, le estoy diciendo la verdad, así fue cómo le pasó a esa señora. En fin, la cosa fue que la convenció para que fuera conmigo diciéndole que esa zona era muy fea para que una señora se quedara en un carro varado, que de pronto alguien se aprovechaba y la robaba. Ella no hacía sino mirarnos a mí y a mi papá. Estuvo un ratote intentando que le contestaran las llamadas del celular y al fin nos fuimos juntos. Ella trajo su bolso con las cosas que tenía en el carro. Mientras ella se alistaba mi papá me llevó a un lado del camino y me dijo que cuando llegáramos a la estación de gasolina le pidiera permiso a la señora para ir al baño, que no la esperara porque ella tenía mucho afán por su carro y me saliera de ahí caminando hasta el parque de los columpios que queda ahí cerquita. A la señora no la volví a ver, pero seguro le salió el truco a mi papá porque él sabe de todo. Después de haber jugado en el parque un ratote, mi papá me recogió y esa noche sí que comimos bien. Yo pedí una hamburguesota con papas y salsas, gaseosa y helado, que es lo que a mí más me gusta comer. Por eso le digo que mi papá sabe mucho y siempre cumple su palabra. Sí ve que es difícil ser Judini... mire, acá tan cerquita las llaves y usted ni las alcanza... ¿se da cuenta que la magia no es para todo el mundo?

Bueno, y una vez salimos a ese mismo parque, él comenzó a hacerse el chistoso, arremedando a un ciego. Se puso gafas negras y todo, y yo desde los columpios no podía parar de reírme porque se caía y le pegaba a la gente con un palo de escoba que nos habíamos encontrado. Entonces la gente le decía pobrecito y otros se ponían bravísimos, pero casi todos le dejaban monedas o billetes en mi sombrero del disfraz de jalogüin, que es como de esos de las películas de vaqueros.

En la noche de brujas también me enseñó un truco para recoger más dulces que todos los demás niños. Mi papá me enseña muchas cosas, dice que si no fuera porque la ley lo obliga y porque nos dan esa comida gratis en la escuela, él mismo se dedicaría a enseñarme todo lo que es importante aprender. Y a mí sí que me gustaría eso porque soy remalo para matemáticas y español. Entonces esa noche de brujas mi papá me dio una chuchillita partida a la mitad, de las que él usa para quitarse la barba, así bien filuda. El truco era romperles la bolsa a los que iban más embobados o a los niños más pequeñitos que llevaban arrastrando sus papás. Yo rajaba las bolsas sin que me vieran y todos los dulces caían desparramados por el piso y yo me quedaba recogéndolos mientras los papás se los llevaban para donde estaban dando más dulces, entonces cuando llegábamos a casa yo tenía una maletada así de grande llena de dulces que me duraban casi hasta diciembre.

Con esta caja mágica comenzamos hace poco. Mi papá me lleva a varios de los parques grandes que hay acá cerca. Primero él anuncia la presentación y llama a todo el mundo para que vean mis trucos. Después de que se llena el parque, me presento como ELI EL MÁGICO, abro la caja, saco mi varita y comienzo con el truco de la hoja de periódico... la rompo en pedacitos y luego la hago aparecer entera. Mientras tanto mi papá se va a verme desde lejos entre la gente que está toda apretujada y allá se queda recogiendo plata por su lado. Yo pongo mi sombrero de mago en el piso y me dan unas monedas, pero mi papá siempre recoge más plata que yo porque se queda hasta con las billeteras. Mi papá dice que el truco debe hacerse así porque con las monedas que me dan no nos alcanzarían ni para el desayuno. Él dice que la gente no valora el arte. Eso es, sí señor, para hacer el escapista hay que moverse mucho y tratar de que las manos se vuelvan más pequeñas, siga intentando.

A veces también vamos al parque donde la gente va a montar bici, entonces el truco es que yo me quedo mirándolos y haciendo cara triste mientras ellos hacen sus saltos y se montan en esas rampas grandísimas que tienen. Cuando ya me han visto la cara de ganas que tengo por montarme en la bici, a ellos les da pesar y me dicen oye niño, quieres intentar un salto o darte una vuelta en la bici, y yo les digo que sí, que muchas gracias y arranco a toda carrera para dónde está mi papá esperándome y nos vamos para la casa rápido rápido. Ese es el más divertido porque yo me monto en los tornillos de atrás y lo agarro de la cintura durísimo, pongo mi oreja en su espalda y en la carrera escucho los corazones de los dos que hacen tum tum tum rapidísimo. Mi papá dice que el que no apuesta nunca gana.

Y también hay otro truco que es un poquito parecido al que le hicimos a usted, pero cambia en... Espere ¿sí oye? Ya llegó mi papá. Yo le dije que mi papá tenía palabra y... ¡Ay diosmio! Viene golpeando las puertas. Seguro usted le volvió a dar mal los números de su tarjeta y le va a dar cocorrones otra vez. Mejor quédese quietico hasta que mi papá le suelte la mordaza de la boca... y déjeme decirle que usted hace muy mal de Judini. Ahora sí mejor me voy ichao pescao! dele bien los números, yo me voy para el otro cuarto. Y porfa no le vaya a decir que yo le conté los secretos de los trucos porque con lo bravo que viene es capaz de agarrarme a coscorrones a mí también.



(1980)

ORACIÓN PARA MANUEL

Te encontrás en el parque, sentadito y huyendo de la resolana. Es la espera más larga de todas y Manuel, tu nuevo asistente nada que llega. Te das cuenta de que los muros de la iglesia hacen retumbar más esa salsa que puso “Tembleque” para bailar. Él ya hizo tres presentaciones en el día y vos ni una. Recontás la rutina de la mañana. Detalles cotidianos como almidonar la camisa o ponerte esa lejía en el pelo para esconder las canas, salir de casa, cerrar la puerta con doble llave y echarte la bendición. Pensás en cómo saliste del barrio caminando despacito y por la sombra, tratando de no sudarte mucho la camisa de los domingos, tratando de no levantar polvo con tus zapatos de charol. Detalles pendejos como sentirte orgulloso de por fin tener un aprendiz para que el arte de La Magia no se muera. Vos y tu hijueputa fe.

Para matar un poco más la espera, te acordás de la preocupación al bajar por las calles del barrio preguntando por Manuel, de entrar a la tienda de doña Julia para comprar unos *Pielrojas*, de detenerte en la esquina a encender un cigarrillo, revisar el maletín y el traje de mago, de las calles que hay que vadear para no encontrar la muerte o la jauría de perros callejeros que te persiguen par morderte domingo tras domingo.

Sentado, como un viejito pensionado, te sorprende la idea de que vos ya estás en edad de retiro y que seguramente así serán tus siguientes días antes de que te llegue la muerte pelona. Tenés tiempo hasta para pensar en los tipos de truco dependiendo del público. Si aparecen muchos viejitos, te dedicás a adivinar las cartas y a todo eso que le andan diciendo ahora dizque mentalismo. Si el público es familiar, sacás todos los

trucos de mesa, la jarra de agua que nunca se agota, la hoja de periódico que hacés añicos y luego desdoblás como si nada hubiera pasado... las jaulas de fondos falsos y las palomas entrenadas. Y si llegan solo niños, sacás de la maleta los tubos que explotan papelitos de colores y la varita mágica que duraste dos meses en piratear del set de magos “profesionales”. Recordás cómo fue que se te ocurrió la idea de una varita que en vez de flores artificiales disparara mariposas de verdad.

Mientras repasás el plan del día, te escarbás en los bolsillos tratando de encontrar una moneda que no sea de truco. Te comprás un raspao para que te baje la calentura que te provocó la caminata. Seguíis esperando a que llegue tu asistente con el resto de las cosas necesarias para el show. Vos no te cansás de repetirte que el muchachito es inteligente y aprende rápido, que tiene de la mejor madera para ser mago. Hace unos meses vos lo sacaste de estar midiendo estas calles de dios. Con solo decirle *Mirá pelao, vení conmigo y me ayudás con las presentaciones... vos te encargás de cargarme los corotos y de recoger la plata*, y ya con eso tuvo para seguirte como un perrito recién destetado que arranca con el primero que le hace señas. Así creés vos que lo rescataste de quién sabe qué cosas, tomándolo como aprendiz a la manera antigua, como te enseñó a vos la vida.

Te sentís maestro. En tu memoria aparece el día que saliste de San Pacho y llegaste a Cali. Vos tenías doce años. Estabas hecho un manojito de miedo y andabas sin un centavo en el bolsillo. Don Antonio también te encontró en la calle, te recibió en su taller, te dio comida solo el primer día y un rincón para dormir en donde amontonaban lonas de aserrín. Al segundo día le dijiste que querías del ron que estaba tomando y sólo le escuchaste un *el que no trabaja no bebe*. En dos semanas ya habías cambiado las cometas y los juegos en el río por los trabajos de hombre, sudando todos los días un

serrucho oxidado y con la misma cantidad de dientes del viejo Toño. Cambiaste los trompos por una cerveza a las seis de la tarde. Por eso ahora te reís de las guevonadas que se inventa la gente cuando dice que la adolescencia es un proceso. Qué proceso ni qué mierdas. Trabajo, la vida es puro trabajo. Te agarrás a ese recuerdo de don Antonio porque no te parece grato pensar en su vejez, cuando le entró esa locura que descargaba repartiendo zapatazos a los que se atravesaran en su camino. El viejo Toño se había encargado de enseñarte a vos todo sobre la carpintería, todo lo que era importante para sobrevivir a la vida.

Y en esas ideas se te pasa la jornada. Evitás el calor compartiendo la sombra de los árboles con los pensionados. Mientras tanto, espantás los moscardones de las dos de la tarde. Todos los que estaban en misa ya van desocupando el parque y te quedás consolándote, dándote moral, acordándote cuando Manuel te dijo que seguro se encontraban a las nueve de la mañana para alistar el número. Te aferrás con todo lo que tenés a la idea de que tu asistente no te hizo la judía. Vos querés pensar bonito. Vos que hiciste todo con tan buenas intenciones. Una oración para Manuel y que ojalá no le haya pasado nada. Vos y tu fe ciega esperan que el muchachito ande por ahí, cargando con el despiste de sus dieciséis años, correteando por cualquier otro parque, agarrando las mariposas que saldrán de la varita mágica que recién andás probando.

(1996)

MARÍA SOÑANDO I

Eliseo, sueño con vos.

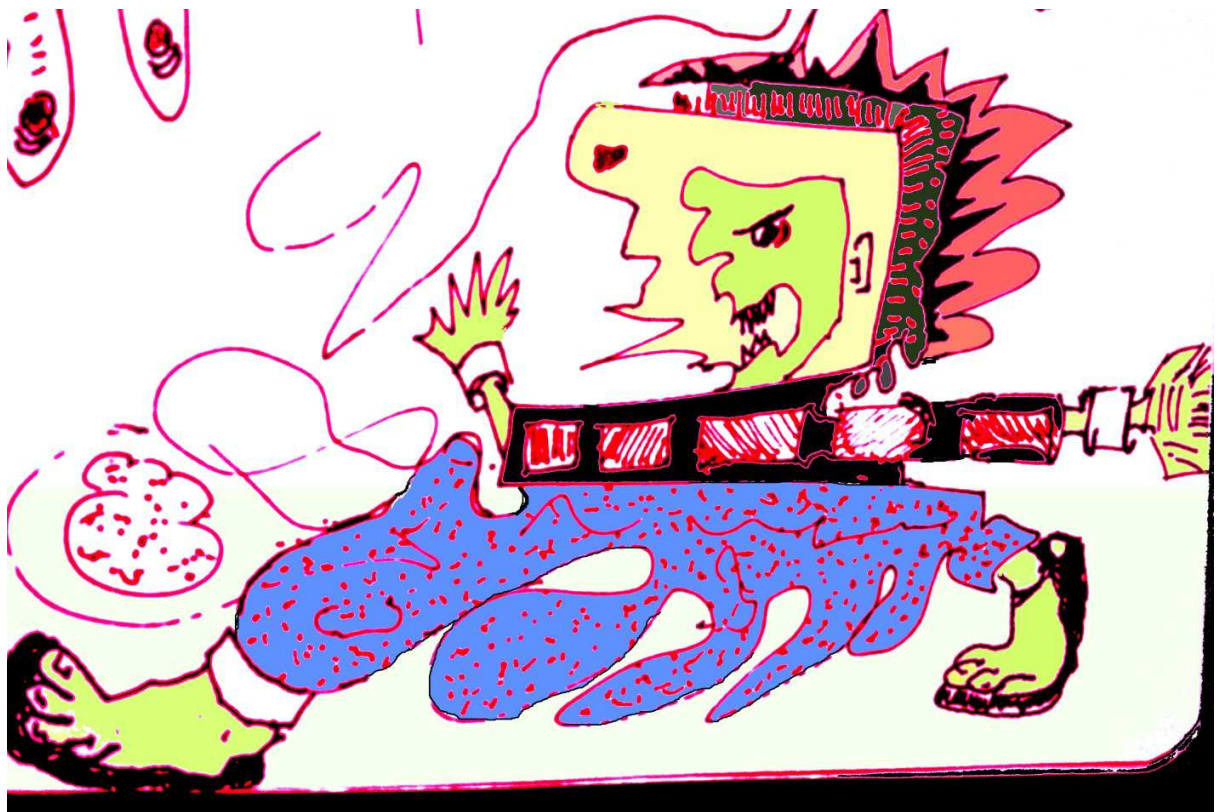
Soñé que venías a visitarme a las montañas. Caminabas por la ladera de un lago pequeño y oscuro, rodeado por plantas verdísimas y flores diminutas de tonos lila y azulados que crecían en la orilla. Te asomabas a la superficie de ese lago que era mi casa.

Yo estaba debajo del agua, te miraba sonreír en el reflejo y salía para sentarme a tu lado. Vos desviabas la mirada del agua con cuidado y ponías tu mano tibia en mi hombro. Te quedabas junto a mí, rodeándome la cintura con tu bracito. Estabas como la última vez que te vi, así de chiquitín y silencioso. Tratabas de decirme que volviera a casa, pero no podías porque las flores comenzaban a subir por tu cuello para taparte la boca y sentí que no oírte me llevaría a la muerte.

Bajaste la cabeza un momento para ver de nuevo el agua y arrugabas la frente, como si estuvieras tratando de recordar mi nombre. No pudiste decir María, solo me dejaste un beso tapizado de azucenas.

Yo rodé hacia el agua, desnuda, me hundí rápidamente en lo profundo, buscando mí casa. Vos te fuiste caminando entre la hierba.

Todo el sueño fue muy tranquilo, pero tuve la sensación de que necesitaba que regresaras a reflejarte de nuevo en el pequeño lago.



(2002)

87 GRADOS

Como era nuevo en la cárcel, nadie sabía que le llamaban Mandraque. Así que Manuel se sintió como otro ser y por un momento no quiso saber de su baraja de cartas.

Esos primeros días de encierro se llamaron Pastillas y Delirio.

La segunda noche Manuel no sabía qué hacía ahí parado en la mitad del patio junto a ese personaje que se presentó como Leopoldo y luego le dio un par de cobijas y cigarrillos una hora después de que le dijeran: Manuel, usted se va para el patio de los locos, todos los demás pabellones ya están repletos.

Pastillas. Delirio. Pastillas. Delirio. Entonces Manuel y Leopoldo comenzaron a conversar sobre las posibilidades de escapar. Sólo esperaban decidir si saltaban la tapia o se resignaban a cumplir con la condena.

A Leopoldo le dice Manuel que sí, que no hay de otra, que quizá sea el mejor método para encontrar la salida: camino A o camino B, cara o sello y un muro sin colores tras ellos.

A Manuel le dice Leopoldo que sí, que la suerte ya está echada, que lo deje hacer los honores. La moneda grita en el gesto de la mano porque ha sido alejada del calor de su bolsillo. Leopoldo pone la moneda sobre su índice para golpearla con el pulgar; hace sonar el cobre, la moneda gira en el aire y permanece gritando. La Ansiedad de Leopoldo y Manuel mirando en ángulo de 87 grados.

Manuel dice que no existe explicación para que la moneda ascienda tan lento. Leopoldo susurra que aquello no tiene lógica, que la ley de gravedad es la única puta ley que no debe condenarnos.

Cada centímetro del aire es un instante de la espera. La moneda se queda atascada en el cielo, allá tan arriba, girando sobre su mismo eje. Pastillas. Delirio. 87 grados. La salida, la eternidad deseada. Pastillas. Delirio. La moneda continúa sobre el cielo abierto. Una respuesta en espera. Cara o sello. Delirio.

De la moneda ya no se oyen los griticos. A Leopoldo le dice Manuel que deben seguir esperando, que así les duela el cuello, algún día caerá. A Manuel le dice Leopoldo que sí, que el Axis se le está desencajando del Atlas y que no puede cerrar la boca, pero que quizás les resulte el azar. Siempre el azar.

A Leopoldo le dice Manuel que eso de esperar mirando el cielo es más cruel que soportar realmente la condena. Mirando el cielo pastillas, mirando el cielo delirio. Las aves atraviesan la bóveda del patio. Libertad pastillas. Libertad delirio.

A Manuel le dice Leopoldo que él nació esperando, que el muro sin colores también los seguirá esperando. A Leopoldo le dice Manuel que sí, pero que para el próximo intento deben traer monedas menos gritonas. Destino. Azar. Pastillas. Delirio. 87 grados. Un guardia furioso que se acerca con un balde de agua helada. Pastillas. Delirio.



(1999)

FIESTA SORPRESA

Miras el afán de las personas en su carrera por asesinar el viernes e irse pronto a sus casas y tener por fin una vida. Suena tu teléfono celular. Sabes que se repetirá la misma conversación de cada seis meses y te adelantas a decirle a la abuela que no se preocupe, que saldrás tan pronto termines el trabajo. Calculas que posiblemente a las 10 de la noche ya estarás entre la multitud de primos, los abrazos de las tías y los platillos de la Nana Isabel.

Somos “Teatro Esquina”, una sociedad de magos anónimos, profesionales. Nos caracterizamos por tener una larga e impecable trayectoria en el mundo del espectáculo.

Te tomas más de 40 minutos en explicarle que sí, que seguro estarás allá para celebrarle los cumpleaños a primo Andrés, prima Johanna y sobrino Juan. Repites que sí, que estás consciente del sacrificio que hacen en la familia al acumular todos los cumpleaños del semestre para celebrarlos en un fin de semana, sólo para que tú puedas participar y toda la familia siga unida. Ya has hecho el numerito de decirle a tu abuela que no puedes hablar más, que te necesitan urgente en la otra sede, que tienes que hacer un nuevo pedido de tornillos, que te estás quedando sin batería... pero nada, la vieja ni se interesa, sigue y sigue su perorata. Al final le repites una y otra vez que no se preocupe, que aún guardas el amuleto familiar, esa vieja cruz que los lleva por buen camino en el regreso, que estarás en casa antes de las 11, un beso y cuídese mucho mi viejita linda.

Amenizamos reuniones de todo tipo. Ofrecemos presentaciones particulares y servicios especializados en fiestas sorpresa.

Sales del trabajo confiado de tu suerte de trotamundos, con los tiquetes en el bolsillo interior del abrigo. Tomas el taxi, buenas noches señor, le dices con tu jovial tono de viernes, vamos al aeropuerto. La ciudad que te adoptó es pequeña y destemplada, sin embargo, la amas en secreto, no quisieras salir de ella... piensas que no le puedes revelar eso a tu abuela, que debes esconderlo.

Nos destacamos por tener una amplia cobertura en las diferentes ciudades del país.

Desde que estabas en tu ciudad natal eran frecuentes las peleas con la familia. Tus primos más envidiosos se habían encargado de dañarle los pensamientos a tu abuela, diciéndole que eras una oveja negra, un usurpador, un rompehogares y cosas por estilo. Crees que es mejor seguir las ceremonias y no provocarle un dolor más a la vieja Isabel dándole pie a que se crea esas historias.

Es un orgullo para nosotros brindar satisfacción a nuestros clientes.

Media hora antes del anuncio del vuelo verificas que todo esté en orden. Tu equipaje, listo, tu bolsa de regalos, lista, tu billetera cargada de dinero, lista, llaves de las dos casas, listas. El celular te timbra en la mano, ves un número desconocido, pero de todas maneras contestas. Ajá, sí, claro, es lo único que atinas a responder mientras apuntas en la agenda, bueno, muchas gracias por enviar el taxi para que me recoja. Cuelgas. Buscas con cuidado el asiento. El afán de la ubicación y estar pendiente de las bolsas de regalo y el equipaje no te permitieron entender la llamada.

Llevamos dos décadas de servicio, maravillando a espectadores grandes y chicos.

Piensas nuevamente, no fueron la amiga de la familia que organiza las fiestas, ni la Tía Charito quienes te contactaron. Un asesor te quería confirmar la hora y el lugar del aeropuerto donde un taxi te esperaría para llevarte a la nueva dirección de la fiesta. Al parecer habían cambiado de idea a última hora por tratarse de una gran sorpresa. Te ríes, sabes que esa fiesta no tiene nada de sorpresa, siempre se realiza el mismo fin de semana. Todo en nombre de la abuela. Cosas de mujeres, concluyes, y te giras para dormir un rato antes de llegar al manicomio que se vuelve tu familia cuando es día de fiesta.

Ofrecemos servicio de transporte privado y personalizado para sus invitados especiales.

Tocas tierra a las 9:17. Tienes buen tiempo para buscar un café cargado antes de encontrarte en la salida de vuelos nacionales con el taxista que te llevará. Miras para todas partes y reconoces que si la ciudad que te adoptó es pequeña, ésta sí que es miserable. Llegas a la puerta y ves al taxista con un cartel que dice tu nombre. Se presenta como Manuel y dice que será un gusto servirle. Salen del aeropuerto. Mientras tanto Manuel te va contando que la ciudad está hecha un caos, los huecos inmensos y las calles sin pavimentar, que si quieren llegar a tiempo van a tener que tomar un atajo. Lo que sea señor, pero lléveme rápido. Mientras vas por un camino desconocido para ti, piensas en el futuro, en el eterno *hasta cuándo* se prolongarán estás visitas semestrales. Nadie parece sentir la misma alegría de Nana Isabel al tener a toda la familia cerca. Crees que la vieja se está volviendo loca o se hace la tonta al no darse cuenta lo tensas y pesadas que se ponen las reuniones familiares. En la casa ya nadie se tiene el respeto de antes. Recuerdas que, aunque no debiste, te metiste en la cama de tu tía política aquella madrugada del cumpleaños de tu tío Jorge, y ni te sientes culpable porque la condenada

estaba buenísima. Luego te cambiaste de ciudad y hasta ahora no sabes si a tu tío le llegaron los rumores.

En “Teatro Esquina” entendemos que la familia es lo primero.

Mientras siguen el recorrido hacia la fiesta, concluyes que esos reencuentros son una representación, una obra de teatro para la vieja Isabel donde todos ruegan porque sea la última función. Tú más que nadie sabe que así la abuela se irá feliz y perdurará en su memoria el idilio familiar en el que todos eran actores. En el fondo reconoces que lo único que les interesa es que la vieja pare de suspirar y deje una buena porción de dinero y posesiones. Y allá cada quien con sus rivalidades, sus problemas. Si la vieja quiere morir engañada, todos colaboraremos.

Ayudamos a construir su fantasía, su fiesta ideal.

Hemos llegado al lugar de la reunión, te dice Manuel. Lo sigues hasta la entrada de una casa que no te parece familiar. No escuchas nada de música o algarabía. Hacen sonar el timbre una, dos, tres veces. Alguien que no es tu tía abre la boca oscura de la puerta y te jala hacia dentro. Te reciben a puñetazos. Ahí les dejo a su invitado especial, le oyes decir a Manuel antes verlo abandonar la casa. Intentas gritar pero logran silenciarte con una combinación de golpes en el estómago.

Permítanos hacerlo participe de “Teatro Esquina” y nuestros servicios especializados.

¡SORPRESA! Esta noche es mi fiesta, escuchas que dice una voz muy familiar, esta noche es mía. Aún no sabes si te dejarán levantar del suelo o qué será lo que vendrá. Lo único que intuyes es que esa noche verdaderamente no es la tuya y que ni siquiera el amuleto, esa cruz desgastada por las ceremonias, podrá protegerte.

(2000)

MARÍA SOÑANDO V

A veces también sueño con una reconciliación. Tengo que fijar esta fantasía en algún lugar. El sueño es nuestra única forma de estar juntos.

Soñé que vos eras un muchacho grande, como de unos veinte años. Estabas golpeando a la puerta de la casa de mis abuelos y yo salía demente hacia tu encuentro, a abrazar a mi hijo perdido y adorado. Te vi así de grande, tan guapo, tan parecido a Manuel en sus años mozos. Te abracé pensando en que todo el amor que se extravió entre nosotros, de repente, se estallaría en mi pecho. Al principio ni podíamos hablar, pero la emoción del encuentro nos alegró la vida. No necesitábamos palabras. Te quise preguntar si ya habías comido algo, pero solo me salió un gesto para invitarte a entrar. Vos te quedaste en la puerta y giraste hacia la calle buscando a alguien. Manuel venía con vos. Lo llamaste y él apareció para saludarme, muy receloso, me dio la mano. Traía un ramo de girasoles. Los invité a que siguieran, pero vos te querías quedar fuera, como si quisieras alcahuetearnos la reconciliación. Así que yo te dejé ahí y entré con Manuel.

Él pasó a la sala con mucha timidez, se quitó el suéter y después del silencio, nos abrazamos con fuerza. Ahí se quebró todo. Fue como si ambos supiéramos que la única manera de resolver todo el tiempo de separación, fuera a través de nuestros cuerpos. Comenzamos a besarnos con furia, como si nos desquitáramos de la distancia, de las decisiones locas que nos atravesaron la vida. Me aparte de Manuel un poco asustada, el rostro de tu papá era viejo, seco, y encerraba mucha amargura. Sentí tristeza por él. Sin

embargo él regreso a mi boca y yo sentí su cuerpo sabio, tranquilo. Así perdí el miedo a entregarme. Desde ahí todo se volvió locura.

El placer nos trasportó a otro lugar, a un bosque de pinos gigantes. Abrí mi boca tan solo un poco. La lluvia y mis manos traían gotas frescas que se deslizaban por el rostro cansado de Manuel... humedecí sus labios... Imaginé que el amor de los dos se elevaba muy lento por un árbol del que brotaban flores chiquitas, y rociaban nuestro aliento. La espalda de Manuel y su cabeza estaban llenas de polen naranja y violeta. Él y yo éramos una cosa hecha de varias cosas. Las raíces de los pinos se entrelazaban con sus pies, y las flores traían canciones, arena, humedad. El momento del amor fue como una caricia de alas, un olor a flores tibias y a limones. El aire pasó con furia. Al caer la lluvia en sus labios, abrió la boca. Él quiso gritar mi nombre, pero solo susurró Olvido.

Y regresamos a la sala de la casa. Yo solo quería acariciarlo para curarle un poco la soledad. Quería rozarlo y estar de regreso en su beso, en esa pequeña muerte enamorada... regresar apenas se desprendían los labios del contacto, de la tibieza, del dolor... apenas se desprendía la saliva de la fuerza del tiempo, del suspiro. Y yo le recordaba mi nombre: María, la idealista, la desprendida, la placentera, la escapista, la rebelde, la sonriente, la compañera. La María del fin.

Suplicaba el final mientras me tocaba los senos y la cintura. Los gemidos pasaban por todo mi ser, por el aliento, el calor, el color, el amor, el olor, el sabor, el eco, el cariño, el ahogo, la piel, el hambre, la humedad, las cavernas, la ternura, el sexo, el aire, la lengua, el alimento, las corrientes, las montañas, la muerte... eso fue la muerte en un último gemido. Y no quise abandonar el sueño, me entregué una y otra vez al placer de lo que no se alcanza. De lo que nos queda.

Busqué regresar porque nunca había sentido tanto dolor y placer al mismo tiempo, porque en el sueño todo podía ser inagotable y Manuel nunca me dejaría caer en la profundidad del infierno, me daría la absolución con todo su cuerpo, me perdonaría con placer. Así que regresé al sueño, terca y decidida.

Soñé que Manuel me cantaba sobre cuando te enseñó a vos a amarrarte los zapatos. Soñé que él quería permanecer, quedarnos en este pueblo para ser una familia nuevamente. Manuel me arrullaba, tocaba mi pelo y me ofrecía su pecho para descansar después del amor.

Luego todo el sueño se volvió dar un paso hacia el abismo, lejos de los dos, un abismo que nos separaba de nuevo, un agujero que me recibía generoso y con llamas azules.

Caía sin despertar. Todos nos perdíamos. Todo era distancia.



(2002)

ESCENA CUATRO

(Biblioteca. Noche. Entran Anarquías y León empujando un carro de supermercado cargado de libros y un cuerpo envuelto en cobijas)

LEÓN: Ya sobrevivimos al conteo de las tres de la tarde y a la noche encerrados en los baños ¿Ahora qué dices que haremos?

ANARQUÍAS: Seguir el plan. La guardia se debe estar emborrachando en este momento. Esperamos hasta las seis de la mañana a que llegue el guardia igual de ebrio al que releva. Luego nos vamos hasta las bodegas, y si todo sale bien, nos metemos en el camión que saca la basura del penal.

LEÓN: Yo me sé el plan de memoria. Me refería a qué vamos a hacer mientras tanto. Hasta ahora son las dos de la mañana.

ANARQUÍAS: Supongo que hablar, hablar para no dormir.

LEÓN: Querrás decir hablar para engañar la senectud. *(Frotándose las manos)* Haremos como los niños que cuentan historias durante la noche de navidad para estar despiertos cuando lleguen los regalos. ¡Adoro la navidad!

ANARQUÍAS: Yo solo la adoro hoy. Llevo sesentaicinco años sin creer en ella, de los cuales he gastado veintisiete esperando a que coincida con el día que pasa el camión de la basura. Hoy será mi única navidad.

LEÓN: Lo que ha de ser será. Esperemos que no se dañe nuestra fuga por traerlo a él (*Señala el cuerpo cobijado*). Somos demasiado viejos para arrastrar condenas ajenas.

ANARQUÍAS: No teníamos opción. Se lo debemos a tu nieto y a María. Además, la libertad es un regalo, el Quijote nos enseñó que ningún hombre merece el encierro.

LEÓN: Yo sé... solo espero no pese más que nuestras conciencias.

ANARQUÍAS: Pesa el condenado. Recuerdo que cuando lo encontré, así todo envuelto hasta la cabeza como una crisálida, tuve que cargarlo por todo el pabellón. Casi me saca una hernia. (*Mientras habla, toma libros del carro y los apila para improvisar una silla*). En ese momento no sabía que él era Mandraque porque todos se referían a él como Manuel. Me contaron que era algo así como un paria, que fue trasladado del pabellón psiquiátrico y llevaba durmiendo más de una semana ahí tirado, como un mendigo. De día sólo se levantaba a tomar agua y pedía pastillas. En las noches salía al patio y se quedaba mirando hacia la corona de púas que está encima de la pared. Aunque no podía hablar bien, decía que era mago.

LEÓN: Sí, para mí también fue una sorpresa. Venirnos a encontrar preciso acá. Uno de los internos de la enfermería me contó sobre él. Tú sabes que aquí todo se sabe, es un infierno diminuto. Y ya vez, resulta que lo conocía de antes, desde la calle. Era mi yerno, Mandraque.

ANARQUÍAS: ¿Manuel o Mandraque?

LEÓN: Para mí es lo mismo, hace mucho tiempo que olvide la diferencia. Tú seguirás siendo Anarquías, él Mandraque y yo León... y esos nombres nos sobrevivirán.

ANARQUÍAS: ¿Y cuál es la historia del mago? *(Sentándose sobre los libros)*
María nunca me contó los detalles de su vida... ella solo venía a escuchar mis historias revolucionarias y nunca me dejó saber sobre su esposo.

LEÓN: Es como muchas de las que has oído aquí: alguien que tiene su oficio miserable y por sobrevivir cae en la trampa. Mandraque era un timador disfrazado de mago.

ANARQUÍAS: ¿Acaso todos los magos no son unos timadores?

LEÓN: Sí, pero Madraque se especializó en robar hasta la misma magia. Cuando lo conocí yo vendía mis poemas en la calle y me convenció de que la poesía me iba a matar de hambre, que la vida estaba en el truco. Al fin y al cabo, si existieron poetas mercenarios ¿por qué yo no podía ser un poeta del truco? De modo que yo lo seguí por toda la ciudad. Así fue que él conoció a mi hija.

ANARQUÍAS: El amor, el timo, el truco, el arte, la supervivencia... parece que todo viniera envuelto en el mismo paquete.

LEÓN: Exactamente. Mandraque era de los mejores que he conocido conjurando esos elementos. Él sabía cómo calcar la sorpresa de la magia en el engaño, hacía de todo para que sus robos fueran siempre un gran espectáculo. Una vez compró todos mis poemas y durante la jornada se dedicó a remplazar billeteras por versos. Imagínate cuando los pobres llegaban a sus casas y descubrían un papelito doblado que los sacudía de sorpresa. Mandraque decía “Siempre que se toma algo, hay que dejar algo”. Tenía cierta ética, no frecuente entre los delincuentes. *(Breve silencio. Se acerca de nuevo al carro y destapa el rostro de Mandraque)* Aquí donde lo ves, reducido a menos que un desecho, este hombre llegó incluso a mantener a la gente del inquilinato donde vivía. Fue muy generoso siempre. Yo creo que eso fue lo que enamoró a María.

ANARQUÍAS: Con que un Robín Hood que regresa. *(Se acerca a verle el rostro también)* Por eso siempre confié más en los ladrones de barrio que en los políticos.

LEÓN: Aunque no todo el tiempo fue así. Al principio solo se dedicaba a robos pequeños, luego la ambición lo trastornó y pasó de ser carterista a ladrón profesional. *(Empujando suavemente el carro a una esquina de escenario)* Así que cada truco se iba volviendo más grande y peligroso que el anterior: usó llaves maestras para violar puertas de almacenes, engañó las cámaras de seguridad de un supermercado haciendo un truco de espejos, aprendió a hipnotizar solo para que la gente le entregara todo sin darse cuenta... y su último plan fue secuestrar a un oso del zoológico para meterlo dentro de un banco mientras lo robaba. Todo se movía en el límite entre la imaginación y la locura... por eso te digo que robó hasta la magia. Ahí la historia se volvió otro cuento.

ANARQUÍAS: ¿Y por qué dejaron de trabajar juntos?

LEÓN: Porque él corrompió mis ganas de seguir escribiendo. Además que cuando María decidió irse, Mandraque cortó todo vínculo con nuestra familia. Después de eso le perdí el rastro... hasta ahora.

ANARQUÍAS: Ya entiendo. Yo nunca imaginé que las historias que le contaba a María la fueran a seducir tanto como para irse. Cada vez que ella venía a visitarlo a usted, me traía miles de preguntas... quería saberlo todo. María no quiso oír mis razones, mis advertencias, mi desencanto. Lamento mucho que las cosas terminaran así.

LEÓN: No, eso no fue culpa tuya. Ella ya traía su semilla rebelde desde antes. Además, eso hace parte del pasado... ya no importa.

ANARQUÍAS: ¿Quiere que despertemos a Mandraque para que camine por su libertad?

LEÓN: No, no debemos remover ese odio. Ahora no nos caería bien tener una confrontación.

(Silencio. Anarquías y León empiezan a cerrar los ojos y a cabecear. Disminuye gradualmente la iluminación)

(Luces. Anarquías estira los brazos para desperezarse. Se dirige al carrito de supermercado y lo ubica en el centro del escenario)

ANARQUÍAS: Con que Mandraque... qué simpleza, qué ramplona es la gente. A usted le dicen León por la melena, a mi Anarquías porque me llamo Ananías y mi pasado es rojo como la sangre, y a este otro solo por ser mago le clavan semejante frivolidad ¡Qué poca imaginación!

LEÓN: Pero debes aceptar que el tuyo es el mejor apodo. *(Poniéndose de pie)* Cuando hablo de ti en los demás pabellones siempre tengo que explicarles que la Anarquía no es una enfermedad ni una marca de camisetas.

ANARQUÍAS: Se equivoca, en este país sí es una enfermedad que han buscado erradicar desde siempre.

LEÓN: ¿Y quién te puso ese sobrenombre?

ANARQUÍAS: Un paramilitar. Eso fue cuando el penal no tenía reglas y todos estábamos revueltos con todos. Un verdadero amasijo, una bomba a punto de reventar. Como yo era el único profesional con antigüedad en el penal, me eligieron para coordinar la biblioteca. Al paramilitar lo conocí un día mientras iba a entregar los libros del préstamo semanal. Me hieló la sangre.

LEÓN: ¿Por qué *(Mirando hacia los lados)* él y sus banderas de miedo todavía siguen por acá?

ANARQUÍAS: No, ya salió libre. Me congela la sangre recordar que en ese tiempo los que imponían ley eran esos cafres. Yo llegué nuevo con mi oficio de bibliotecario y en

el Pabellón Ocho todo era terror y represión. Hervía. Semanalmente mataban a diez, quince internos. Ellos hacían sus limpiezas. No solo borraban a los ladrones y a los viciosos, también se mataban entre narcos, guerrilleros y paramilitares. Aunque también a veces se aliaban para sus guerras contra el sistema del penal. El Ocho era una réplica en miniatura del país. Un país tan grande solo para dos colores.

LEÓN: Siempre para dos colores. Nos han hecho pobres hasta en escala cromática. Yo creo que si nos matamos es porque nos educaron para pensar solo en dos tonos.

ANARQUÍAS: Es cierto. Ese día me quedé encerrado en el Pabellón Ocho porque estaban haciendo traslados y no podían abrir la puerta. La guardia estaba ocupada recibiendo un bus lleno de gente que venía del mar pacífico. Ahí se apareció él, todo azul. Llegó como un temblor hasta el pasillo donde yo estaba. Cabeza rapada al estilo militar. Barba delatora. *(Pausa)* Y no vino solo, usted sabe que ellos nunca vienen solos. Le dijo a uno de sus lavaperros que le encendiera un cigarrillo. Se acercó con su movimiento de pantera y me dijo “¿Qué pasa profe, cómo le fue con los libros?” Su mirada me desbarató. Durante los cinco segundos que me miró de arriba abajo yo creí que lo sabía todo de mí.

LEÓN: ¿Crees que ya sabía que tomabas la sopa con la izquierda y solo con la izquierda?

ANARQUÍAS: Es posible porque caminaba frente a mí moviéndose con odio, de un lado a otro, como una fiera enjaulada. Fumaba profundo y nunca soltaba el humo... no dejaba de mirarme como a un sospechoso. Sin dejar sus gestos intimidantes me preguntó sobre mi oficio con los libros... y luego soltó un desconcertante “¿Profe, sabe cuál es la madre la literatura?”

LEÓN: ¿Y qué le respondiste?

ANARQUÍAS: Pensé un momento en la profundidad de la pregunta... pero solo me atreví a decirle “Si no es la imaginación, tiene que ser el deseo”

LEÓN: ¡Maestro! Mejor le hubieras dicho que podría ser cualquiera, menos la madre de él. Pero estuvo bien, sin embargo le respondiste más como un poeta que como un sindicalista.

ANARQUÍAS: Sí, creo que eso me salvó el pellejo. Esa pregunta traía demasiado veneno. Luego se soltó un discurso larguísimo sobre lo que estaba leyendo de un filósofo griego que decía que la madre siempre era el pensamiento, la fuente de las ideas.

LEÓN: ¡Increíble! Y sin embargo tanta muerte. Eso que dices no parece venido de un paramilitar. ¿Y qué pasó después?

ANARQUÍAS: Sí que era paraco, se le notaba en el andar. Luego del interrogatorio, afortunadamente, llegó otro interno que se acercó por detrás y lo tomó del cuello solo para bromear. Entonces el paramilitar, también en tono de broma, le dijo “Tenga cuidado, yo estoy aquí por quinientos dos, usted pude ser el quinientos tres”. Ahí se olvidó de mí y comenzaron a hablar sobre un documento que debían firmar para que no les cobraran las masacres. Toda esa mierda burocrática de la ley de justicia y paz. Después me dijo “A mí me dieron cuarentaitrés años por eso” como si contara lo que había desayunado esa mañana. Quinientas dos víctimas reconocidas, cuarentaitrés años de condena con beneficios. *(Mirando el suelo)* Al final le dieron diez años y ahora anda libre. ¿Puede imaginarse eso? Todos estos años de encierro y solo porque me encontraron en la mochila unos papelitos rojos. Le juro que yo nunca disparé un arma.

LEÓN: La justicia no es para los justos. *(Silencio. Rostro de desesperanza)* ¿Y cómo saliste de ahí? *(Lo invita a sentarse sobre los libros)*

ANARQUÍAS: Un poco muerto. *(Se acomoda el pantalón para sentarse)* Yo solo me preguntaba si una idea vale tantas vidas, si el dinero y la tierra justifican tanta humanidad borrada, si la literatura lo distraía de ver su rostro genocida. Ese tipo merecía más que el encierro, más que la muerte.

LEÓN: ¿Y entonces dónde queda eso que aprendiste de Cervantes?

ANARQUÍAS: Alguien que asesina a más de quinientas personas es una bestia, nunca un hombre.

LEÓN: Entonces tenemos un Estado y una historia poblada de bestias. *(Recostándose en el suelo y tomando los libros como almohada)* Pero si él odiaba tanto a los rojos. ¿Por qué crees que nunca te mató?

ANARQUÍAS: *(Tomando uno de los libros del suelo)* Porque los dos nos redimíamos a través de la literatura.

(Silencio. Canto de grillos. El sueño otra vez. Disminuye la iluminación)

(Luces. León juega con el carrito de supermercado por todo el escenario)

ANARQUÍAS: Y cuando Mandraque despierte ¿Qué le va a decir?

LEÓN: Que nunca estuvo aquí, que de pronto la vida es sueño, como decía Calderón de la Barca. *(Se impulsa y sube al carrito)* Por lo menos Mandraque tuvo la fortuna de tener los sentidos alterados para no vivir el encierro. Así que le contaré todo sobre la cárcel para que solo imagine la experiencia, como si esta vida fuera un cuento.

ANARQUÍAS: ¿Y en ese cuento suyo cómo es la cárcel?

LEÓN: Es la pared de la mente, el no-lugar de los exiliados. Le diré, como si le contara a mi nieto “Mira Mandraque, la cárcel huele a cabello, a gente, a dientes, a vinagre de frutas, a humanidad abandonada.”

ANARQUÍAS: Entonces le dirá que en la cárcel no podemos negar nuestra naturaleza, que aquí se acentúa todo lo que en libertad queremos esconder. ¿Le dirá que la cárcel está atiborrada de humanos demasiado humanos? *(Recogiendo los libros del suelo)*

LEÓN: Sí, aunque distinto. Recuerda que es como un niño despertando. Le diré que aquí no duermen las palabras y que las ratas escriben monólogos sobre el deseo y el vuelo, que el encierro jamás domará ni la mente ni el cuerpo.

ANARQUÍAS: ¿Le dirá que aquí la palabra es el único documento válido, que logra ser multiforme aun estando vacía, que una palabra puede designar, nombrar todas las cosas, y sin embargo, que aquí el lenguaje pierde todo sentido porque es monótono?

LEÓN: No, me bastará con decirle que la muerte nos mastica lento aunque a veces también aparecen visitantes para regalar un adiós o recordar el significado de nuestro nombre.

ANARQUÍAS: Debería dejarse de juegos y explicarle que aquí la palabra, en el concepto más general, es un artificio que designa la entereza, la capacidad de asumir las consecuencias por aquello que usted asegura o cree con ansia. Solo con ese tipo de palabra se puede vivir el encierro. Así es más fácil entender cómo llevar al límite la agresión, *(susurrando al público)* la única ley posible aquí.

LEÓN: Cuando despierte prefiero decirle que la cárcel es una máquina de olvido donde solo se oyen suspiros. *(Pausa)* Aunque nuestro mago en la crisálida no se despertará pronto. Mejor ni lo molestemos.... Pronto volará.

ANARQUÍAS: Pronto volaremos. Ahora, silencio. Ya es nuestro tiempo.

LEÓN: *(Susurrando)* Y después de todos estos años de encierro ¿Qué vamos a hacer con tanta libertad?

ANARQUÍAS: No sé, supongo que disfrutar la muerte.

(León y Anarquías salen empujando el carrito. Cantan los pájaros. Telón)



BRICOLAJE Y VECINDAD

Con el paso del tiempo es frecuente que se deteriore el exterior de las casas que habitamos, especialmente si éstas permanecen arrendadas. Las cuarteaduras y la exposición a los cambios de clima se encuentran dentro de los daños más comunes en las viviendas. Este tipo de averías, por pequeñas que parezcan, nos conciernen como vecindad y exigen nuestra atención para prevenir problemas tanto en la estructura como el aspecto de la casa. Para evitar posteriores gastos, es recomendable buscar ayuda calificada entre nosotros e iniciar el mantenimiento del exterior de la propiedad.

El primer paso -el más básico en el procedimiento-: buscar al inquilino con el mayor retraso en los pagos del arriendo. Como sabemos que Manuel es siempre quien no tiene dinero, trabajo, ni mucho menos ahorros, debemos exigirle que realice los arreglos de la fachada.

El segundo paso es más tedioso que fácil, ya que debemos ir a la despensa y traer un pan para que Eliseo deje de llorar de hambre y así Manuel pueda iniciar el mantenimiento.

Una vez estos dos pasos se hayan ejecutado, el tercero es el más sencillo: le entregamos a Manuel un cincel plano y ancho, para que trabaje sobre la grieta, expandiendo un poco sus dimensiones y expulsando los residuos que se encuentren al interior. Si la grieta está demasiado seca, recomendamos ordenarle a Manuel que humedezca la pared, así será mucho más fácil la extracción de residuos.

Luego de haber visto cómo Manuel ha quitado todos los restos de material de la cuarteadura, el paso posterior es aplicar dentro de la grieta un material impermeabilizante, preferiblemente comprado por él y con su propio dinero. Entre las variedades de material impermeabilizante existen diferentes tipos: aconsejamos no utilizar silicona ordinaria, ya que esta se caracteriza por no permitir que la pintura se fije correctamente; es mejor utilizar impermeabilizantes especiales para exteriores, fabricados con acrílico. Durante este paso, podemos ir por una silla para sentar al niño mientras ve cómo se las arregla su padre al introducir la mezcla en el agujero, primero con una brocha reutilizada y luego con una espátula.

Ya cerca del final del proceso, debemos decirle a Manuel que quite el material sobrante de las grietas y empareje la superficie con agua, dejando todo nivelado y liso. Luego de esto, estando la superficie totalmente seca, podemos proceder con la aplicación de la pintura (leer el artículo *Pintura de exteriores y otros morosos*). En esta parte debemos tener en cuenta las dimensiones del frente de la casa: si es demasiado grande, tendremos buscar a otro inquilino en la misma situación de pago atrasado, o darle una brocha extra al niño de seis años que aún sigue llorando de hambre.

El último y quizás el paso más importante en todo el proceso: recordarle a Manuel que no toda la vida tendrá una vecindad que lo defienda ante los propietarios; el próximo mes ellos esperan el pago del arriendo en efectivo y no con arreglos locativos.



(2001)

CAFÉ

La noche de viernes se hizo silencio. El inquilinato cobró una tranquilidad parecida a los sepulcros. Eliseo no pudo conciliar el sueño mientras esperaba que su padre regresara a casa. Acostado en una esquina del catre y hecho una bolita temblorosa envuelta entre cobijas, asomaba la cabeza cada vez que oía uno de esos sonidos que venían del exterior. Se imaginó lo que podían traducir los ruidos de la noche, pero sobre todo, se inquietó por los murmullos que venían del cuarto contiguo.

Eliseo no resistió la curiosidad, se levantó del catre, abrió la puerta de la habitación y caminó por el pasillo oscuro hasta llegar a la habitación de los murmullos. No recordaba quién vivía allí. Sin embargo, muy sigilosamente puso la oreja sobre la puerta de madera y esperó. Una voz llegó a los oídos de Eliseo: “Ya estaba acostumbrada, ya no seré para nadie” Era el canto de una mujer ronca, fatigada y melancólica. Su voz hacía vibrar la madera: “Mi corazón se volvió piedra con el tiempo, y ya no resiste la presencia del recuerdo”. Era una canción triste, llena de intervalos y quebraduras. Al final de la tonada solo escuchó los sollozos. Eliseo sacó la punta de la lengua, acercó más su oreja a la puerta y frunció el ceño, como si esa secuencia de movimientos sirviera de conjuro para entender lo que pasaba del otro lado.

Él sabe que la casa está desierta a esa hora porque todos los inquilinos están en la calle, viviendo su vida, trabajando o haciendo cualquier tontería para huir de la rutina. Sabe que la noche de viernes es siempre la noche de los hijos solos.

Un poco asustado por los movimientos al interior del cuarto, Eliseo decidió golpear la puerta con los nudillos, muy tímidamente.

—Señora ¿Todo está bien?—Los sonidos se pausaron por un instante, lentamente, otros sonidos se acercaron a la puerta y la voz se reveló por completo como si estuviera frente a él en el pasillo.

— ¿Eres tú? ¿Rosario?

—No. Soy el hijo de Don Manuel.

—No recuerdo. No sé quién eres.

—Creo que yo tampoco la conozco. Yo me llamo Eliseo— tras una pausa, agregó— ¿Y usted?

—Emilia. Emilia a secas. No sé si aún me quede apellido —dijo soltando un largo suspiro.

— ¿Doña Emilia, se siente bien?

—Ese es mi problema, que no sé si me siento.

— ¿Cómo así, no entiendo?

—Pues eso, niño, que no me siento. No estoy para nadie.

Frente a la respuesta, Eliseo sintió ganas de regresar a la habitación y no molestar más a la señora. De pronto, cuando ya había dado algunos pasos hacia su puerta, escuchó el crujido de una mecedora y las palabras que regresaban invitándolo a la conversación.

—Todos ellos están aquí, dispersos en las habitaciones de la casa, por la sala, el comedor, los baños...

— ¿Quiénes? ¿Los vecinos?— dijo Eliseo con curiosidad, mientras regresaba frente a la puerta.

—No. Ellos, mi sangre. Son lívidos e implacables, esperan su turno para susurrarme los rencores del pasado, los placeres olvidados y los recuerdos que el tiempo se había encargado de sepultar. Sé que por hoy y por el resto de los días se encargarán de jalarme hacia la tierra.

Eliseo se preguntó qué querría decir ella con toda esa arenga y cómo sería el aspecto de la voz que movía los objetos detrás de la puerta, detrás de todo el encierro y la oscuridad. Se dio cuenta que entre el suelo y la base de la puerta había un espacio de casi tres centímetros, y dejándose llevar por el impulso, se agachó para ver por debajo de la puerta; la oscuridad ocultaba todo, sin embargo, aun podía reconocer el movimiento de la mecedora, aunque no podía ver bien los pies de Doña Emilia. Se reincorporó y permaneció en silencio, tratando de respirar lo menos posible, acallando un poco su ansiedad para escuchar mejor.

— ¿Pero quiénes son ellos?— preguntó Eliseo.

—Mis hermanos. O las ánimas de ellos. Murieron ya hace tiempo ¿Sabías que a los fantasmas les gusta tomar café? El problema es que ninguno de ellos quiere tomar del mío, que es descafeinado.

—Doña Emilia, si va a hablar de fantasmas mejor ábrame la puerta. Eso me da mucho miedo.

Eliseo, con las manos temblorosas, se acercó y golpeó la puerta de nuevo. Tras unos segundos de silencio, del cuarto salieron ruidos de movimiento, tablas crujientes y de nuevo, la voz de ella.

—No puedo niño. Ya te dije que no me siento, ni sé dónde estoy. Pero quédate, te seguiré contando la historia: La situación se está poniendo inaguantable, ellos

deambulan por cada rincón, mueven todo a su paso, me persiguen el día entero.... y yo no puedo huir, quisiera salir corriendo, pero...

—Ábrame la puerta, porfa inténtelo.

—No puedo hijo, no sé ni dónde tengo mis piernas, no me va a alcanzar el impulso. Pero no te asustes, que ni siquiera yo me preocupo por eso. Este espacio es apenas el necesario para todos. Creo que ya me acostumbré por completo a la situación y no por resignación, sino porque uno termina viendo la muerte con ojos de viejo, ojos aguados y discretos que solo esperan que algo pase.

— ¿Y no le da miedo vivir con esos fantasmas?

—Pues ya ves, los viejos como yo ni el miedo lo alcanzamos a sentir. Aunque ayer en la tarde que llegó mi hermana Rosario, sentí que todo se detuvo. Ella era la última que faltaba en la reunión familiar. Después de que me desperté de la siesta vi a mi hermana aquí sentada, haciendo chirriar la mecedora de mamá, mientras los demás se apiñaban a su alrededor, pero más tranquilos y serenos que en otras épocas.

— ¿Y ahora mismo están ahí con usted?

—No. Parece que han salido y por ahora no me molestan, pero cuando regresen seguirán deambulando de un lado para otro, atropellándose entre ellos.

— ¿Y su hermana Rosario también está muerta?

—Esa es la gran pregunta. Si es así, nos queda poco tiempo para la hora inevitable, para ver borrado de la tierra nuestro apellido.

— ¿Y dónde cree que están todos ellos ahora?

—No sé, supongo que buscando café.

Eliseo sacudió la cabeza, se quedó pensando en la imagen de unos fantasmas deambulando por las cafeterías que abren las 24 horas, o golpeando de casa en casa

preguntando si tenían café verdadero, no del descafeinado. Después de un momento de imágenes de fantasmas desvelados, tomó fuerza para preguntar.

—Bueno, pero...—dudó Eliseo en formular la pregunta— ¿Cómo puede estar segura de que usted misma no es un fantasma?

—No sé —El sonido de la mecedora se detuvo— ¿Cómo podría yo saber eso? ¿Cómo descubrirías tú si eres o no un fantasma?

—No estoy seguro —Eliseo se llevó la mano a la mandíbula mientras se le ocurría alguna idea o respuesta— ¿Está vestida con una sábana blanca?

—Niño, acá todo está muy oscuro y mis ojos ya casi ni funcionan.

—Está bien, déjeme pensar en otra idea —Trata de recordar otra manera de reconocer a los fantasmas según lo que había visto en la televisión y las películas— ¿Puede atravesar las paredes? ¿Puede flotar en el aire? ¿Puede desaparecerse y aparecer en otro lugar?

—Niño, pero si te he dicho que ni siquiera siento mis piernas. Ni pude abrirte la puerta.

—Entonces pruebe si puede volar— concluyó Eliseo con alegría.

—Hijo, ya estuvo suficiente, no estés diciendo más tonterías.

Eliseo bajó los hombros, exhaló con desilusión por no ser útil en un asunto, que a su parecer, era muy importante. Tomó impulso para encontrar una manera de despedirse de Doña Emilia, y cuando trató de decir algo, escuchó que ella continuaba hablando, aunque su voz se oía un poco más lejos. De todo lo que decía a Eliseo solo le llegaban frases sueltas “Aunque ayer me confundí” “Servimos el café a las dos y treinta” “un lapso en el que” “pero por más... a la cocina” “no pude cruzar el zaguán” “No sé si

estoy. Preparemos café”. Sorprendido por una idea, Eliseo recordó lo que ella misma le había dicho sobre los hábitos de los fantasmas.

—Doña Emilia ¿Y si intentamos con el café?

La voz de ella se demoró unos minutos en aparecer con claridad, en reincorporarse. Mientras tanto, Eliseo trazaba en su mente un plan para preparar el café y entregárselo a Doña Emilia sin que tuviera que moverse de la mecedora.

—Explícate, porque no te entiendo.

—Pues como usted dijo que a los fantasmas les gusta el café, pero no del descafeinado, entonces podemos intentar... mejor dicho, yo voy a mi habitación y preparo del café que compra mi papá, lo traigo hasta aquí en un plato y lo meto por debajo de la puerta para que le quede más cerca. ¿Qué le parece mi plan?

—Muy tonto ¿De qué me va a servir tomar café normal, si yo siempre prefiero el descafeinado? Lo único que puedes lograr con eso, es tener a una anciana desvelada contando historias hasta la madrugada.

— ¿Tiene miedo de saber la verdad?— dijo Eliseo con picardía y como queriendo retarla.

—No, para nada. Ya te dije que los viejos no sentimos miedo. Ve entonces por el café y de paso ten cuidado con el tonito que me hablas, deja de ser tan insolente.

—Perdón doña Emilia. No me demoro, ya mismo regreso.

Eliseo corrió hacia su habitación como si el pasillo estuviera iluminado, como si se supiera el camino de memoria. Entró rápidamente, encendió todas las luces y buscó en el cajón de madera donde estaba la comida. Allí estaba el café que tomaba su papá. Llenó un pocillo de agua, lo puso en la olla y la llevó a la diminuta estufa eléctrica que tenían escondidas dentro de la habitación; esperó a que hirviera el agua, apagó el

fogón, agregó una cucharada grande de café y buscó un plato limpio. Cuando todo estuvo todo listo, sirvió el café y apagó las luces de la habitación. Regresó despacito, caminando lentamente, tratando de no regar ni una gota.

Eliseo llegó frente a la puerta de la habitación de Doña Emilia, quiso avisar su llegada, apoyó la mano sobre la puerta y ésta se abrió lentamente, haciendo un sonido que retumbó por todo el pasillo. La puerta quedó abierta por completo. La mecedora se vaivenía sola, como estimulada por el aroma del café.



(1999)

MARÍA SOÑANDO III

Eliseo, anoche soñé que yo era vos y que estábamos en una ciudad muy rara, aunque parecida a Bogotá.

Yo te buscaba, sabía que por ahí estabas vos, o sea yo, perdida entre el comercio y el calor de la tarde. Y yo, o sea vos, andaba vestido con el uniforme del jardín y hablaba a media lengua con todo el mundo, preguntando y buscando información sobre una tal María que era mi madre.

Un señor gordo se puso a hablarme de que los niños pequeñitos no debían andar por ahí solos sin la mamá porque se los podían robar o pasarles algo terrible. Yo le contaba que por eso mismo estaba ahí hablando con él, porque necesitaba encontrar a mi mamá. El viejo ni me miraba. Discutió solo hasta que se cansó y siguió caminando.

Más al rato, una señora me tocó la cabeza y me señaló el semáforo donde estaba un mago mendigo. Era tu papá. Yo me acercaba a Manuel, pero andaba ocupado haciendo un truco mientras aspiraba de un frasco de pegante amarillo. Él se veía en completa indigencia, golpeado, con los ojos morados y los labios rotos. Cuando cambió el semáforo salió a pedir agua en una droguería, pasó por mi lado, es decir, tú lado, y no nos reconoció. A mí la garganta me traicionó, no pude decirle *¡Papá, ayúdame a buscar a Mamá!* Después se fue a acomodar periódicos para dormir en el suelo. Todo se volvió silencio.

Seguí caminando entre la multitud hasta que llegué a un parque donde estaban unas señoras chismeando sobre alguien que vivía bajo las bancas de ese parque. De

repente salió de los arbustos una mujer que también estaba viviendo en la indigencia... muy demacrada, vestida de pantalón rosado y camisa azul. Y las chismosas hablaban de ella

Pobrecita...

Lo peor es que ella tiene tremendo cuerpazo

... y unos ojos bellísimos...

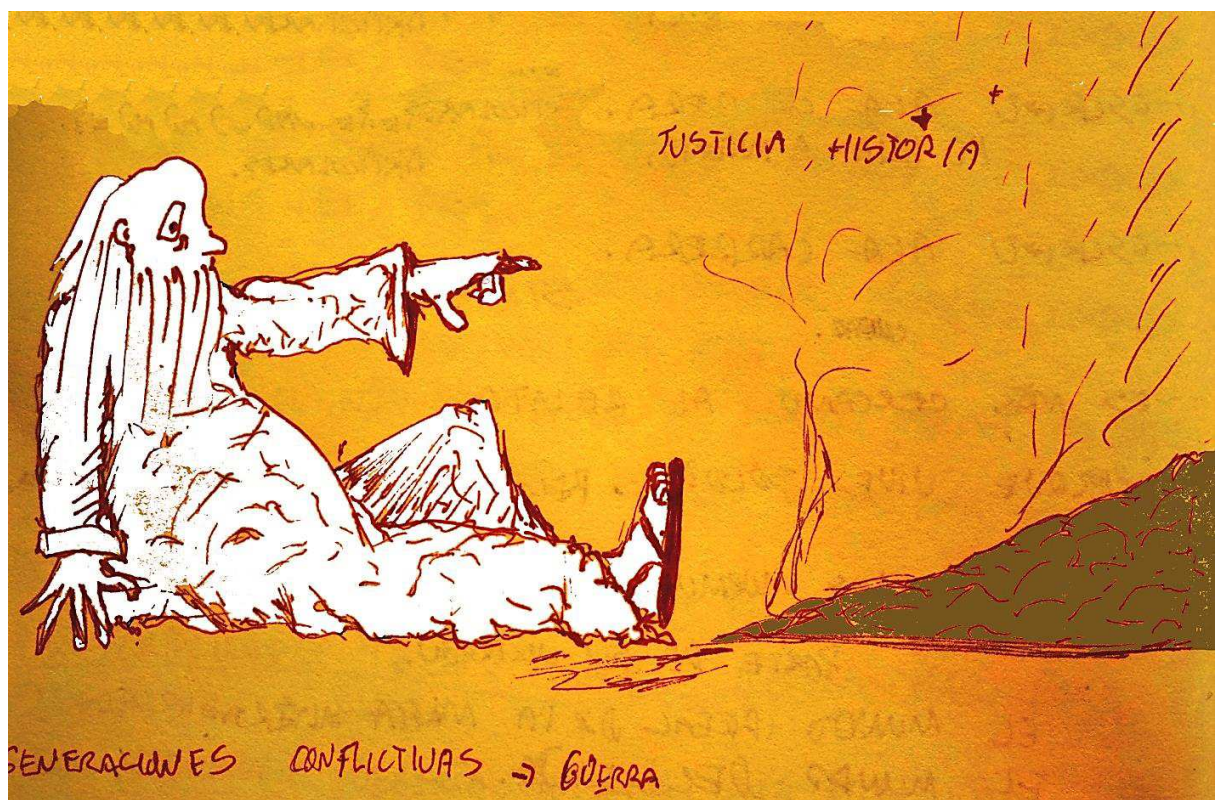
Pero mírela ahora, así de degenerada...

Dicen por ahí que fue por idealista que lo perdió todo...

Sí, pobrecita.

Todo me tembló cuando vi bien la cara de esa mujer. Era yo misma acercándome a las viejas para pedirles unas monedas. Cuando ella se acercó, te vio, o me vio... mejor dicho, nos miramos, pero yo no pude reconocerme en vos. Es decir, vos niño sabías que era yo, o sea tu mamá, pero la mamá del sueño no te reconocía porque ya estabas más grande, casi dos años después de que me fui de casa.

Y cuando yo, o vos niño, traté de llamarme a gritos, ella siguió derecho para encontrarse con otro mendigo con quien me iba caminando abrazada hasta perderme en la profundidad del barrio bajo, sin posibilidad del regreso. Mientras tanto yo, o sea vos, mirabas cómo me iba y seguías escuchando boquiabierto los chismes de las comadronas.



(1958)

NUEVA SIEMBRA

Entonces, el dios del comunismo descendió del cielo convertido en una hoz abrazada a un martillo. Ananías, el joven campesino, fue el único que atestiguó aquel prodigioso día. Durante varios meses recibió instrucción del dios y le ayudó a redactar los mandamientos. El todopoderoso le dio la doble misión de vengarse y difundir la nueva fe. Al regresar a la finca, su patrón lo recibió con insultos y agregó:

—Ahora, por desobediente, sus papás tendrán que pagarme las vacas que murieron en los meses que usted se largó a quién sabe dónde diablos.

Ananías sacó los brazos de debajo de su ruana y mostró que en cada mano llevaba las herramientas de su dios. Y contestó:

—El capital es su pastor, el mío, esta invencible guadaña con la que reconquistaremos nuestra tierra. Cierre los ojos y comience a orar a su dios el capital.

Tras el final resuello, la sangre del patrón tiñó una larga línea en la tierra húmeda. Sobre ella, tal y como decían las escrituras, se haría el primer trazo para poner el buey en el arado, para la primera nueva siembra.

A PR \Rightarrow FICTION = NOVELA.

WRITER DU LIS A



(2003)

GUSANOS Y CARTAS

Era viernes. Viernes otra vez y Eliseo solo podía pensar en que todo ese asunto se estaba complicando desde que comenzó a vivir solo. Manuel ya llevaba un mes de estar en la cárcel y de nuevo los murmullos comenzaron a estallar dentro de la casa.

Viernes al fin. Cansado de pelear contra el sueño y los ruidos, decidió salir de su habitación y caminó lentamente por el pasillo hacia la puerta del fondo, de dónde provenían los sonidos. Allí vivía un señor muy viejo que permanecía encerrado en su cuarto, según contaban los otros inquilinos, desde que se había pensionado. El viejo mantenía la mirada perdida, detenida en un punto indefinido, mientras quitaba con dedos ágiles las motas de su saco de lana, que olía a polvo y grasa acumulada. Pero hacía tiempo que Eliseo no veía la silueta del viejo recortada en la ventana que daba a la parte de atrás del inquilinato, ni sentado en la silla descascarada de metal verde que ponía frente a su puerta hasta entrada la noche.

Los murmullos dentro de la casa le sugirieron a Eliseo un presentimiento. De qué manera, desde cuándo o cómo había ocurrido todo, eran preguntas que a Eliseo no le interesaban. Él solo quería oír una historia. Era viernes: La noche de los niños solos. En el mundo de Eliseo los viernes siempre eran el mejor día para escuchar las historias de los fantasmas.

Esa noche Eliseo se imaginó que el viejo había muerto desde hacía tiempo y que nadie quería meterse en problemas o arruinar el viernes con la noticia de un cadáver anciano en el inquilinato. Parado frente a la puerta, Eliseo sintió el impulso de abrir

para espantar los sonidos de la noche. Esta vez no quería golpear a la puerta. Las anteriores experiencias le habían enseñado que a veces era mejor ir directamente al grano, como cuando perdió la oportunidad de retirar el pañuelo de la mano de Manuel para ver el secreto de su máspreciado truco. Así que giró la perilla de la puerta y entró.

El viejo estaba sentado frente a la mesa del comedor y se miraba las manos. Eliseo le habló titubeando y le pidió que si podía, por favor, apagar esos murmullos que lo estaban volviendo loco, advirtiéndole de antemano, que no tenía mucho tiempo para conversar. El viejo lo saludo tímidamente. Le dijo que lo disculpara, que estaba muy emocionado y aún no sabía cómo controlar los murmullos, que le diera tiempo porque hasta ahora estaba aprendiendo. Eliseo lo disculpó con una sonrisa. El viejo se quedó mirando su mano y se la enseñó al niño. Estaba toda cubierta de gusanos blancos. Le dijo a Eliseo que ahora, después de la desilusión de haberse retirado, por fin tendría tiempo para hacer lo que tanto le hacía falta: volver a un trabajo lleno de monotonía. Hizo una pausa y luego agregó, mira niño, ahora, ahora sí puedo dedicarme a algo importante. Decía todo esto mientras amontonaba los gusanitos blancos que iba esparciendo a cada paso que daba. El anciano se recogía a sí mismo como un vestigio circular y eterno.

Eliseo curioseó, ¿Vas a estar bien con esa nueva vida de fantasma? Él respondió que sí, que tenía tiempo de sobra para aprender. Ahora lo más importante era el oficio de mirar a sus gusanitos blancos, reconocer a cada uno como si se tratara del rostro de un hijo.

Le contó a Eliseo que estuvo pensando en el proyecto que había postergado en su antiguo trabajo en la oficina de correos donde, en tiempos mejores, se dedicaba a clasificar cartas. Cada vez el viejo hablaba con más soltura, mientras iba desperdigando

gusanitos por toda la habitación. Le confesó que al inicio de su trabajo le gustaba husmear las cartas y que le daba tristeza... anhelaba que alguna tuviera escrito su nombre. Fantaseaba con esa carta imaginaria donde él respondería algo así como: Estimado amigo, de todas las cartas que he recibido, esta es la primera. Hasta que un día, llevado por la emoción, decidió tomar toda la correspondencia que no había llegado a su destinatario. Teniendo precaución y ocultando lo que hacía, leyó carta por carta y las empezó a guardar en su mochila rápidamente, para luego archivarlas en casa. Y así todos los días durante una eternidad. Treinta años, hasta que se retiró. Eliseo le preguntó cuál era el objetivo de coleccionarlas. El viejo se alegró un poco al decir que, precisamente, ese era su nuevo proyecto: Ahora que tenía todo el tiempo del mundo, no descansaría hasta contestar cada una de las cartas extraviadas.

A Eliseo le pareció buena idea, aunque no entendía muy bien cómo iba a intercalar el cuidado de los gusanitos con la escritura de las cartas. El viejo dijo que sería feliz solo con acompañarse la soledad con sus gusanos blancos, sus queridos hijos, que él los cuidaría de día y que en la noche escribiría sin parar. Afortunadamente los fantasmas no duermen, añadió. Por lo menos ahora tenía algo concreto para iniciar y no puras ilusiones parafraseadas con sello postal.

El niño quedó satisfecho al ver la tranquilidad del viejo. Casi se alegró. Sería un “buen nuevo fantasma”. Solo le pidió que aprendiera pronto a silenciar los murmullos porque, así fuera viernes, también necesitaba descansar. El viejo, encogiéndose de hombros, pidió disculpas de nuevo.

Eliseo le quiso mostrar al viejo un truco de magia que estaba practicando. Le pidió una moneda y tomó una de las servilletas que estaban en la mesa del comedor. Puso la moneda en la palma de la mano derecha, cerró el puño, lo cubrió con la

servilleta, hizo tres pases mágicos y ¡pum! Quitó la servilleta y abrió la mano: la moneda aún estaba allí. Eliseo tembló, se disculpó titubeando, argumentó que llevaba poco tiempo practicando el truco. El viejo le arrojó media sonrisa tranquilizándolo, le dijo que aún era muy joven y también tendría bastante tiempo para practicar y aprender, que a veces, como a él, a la gente le llegaba un poco tarde el verdadero oficio.

Antes de irse Eliseo extendió la mano para entregarle la moneda al viejo y aprovechó para preguntarle cómo se llamaba. Él le respondió que podía quedarse con la moneda porque afortunadamente los muertos no necesitaban dinero, así como tampoco necesitaban un nombre. A Eliseo le causó gracia la respuesta, se despidió, dio media vuelta y cerrando la puerta, le deseó al viejo que disfrutara mucho su nuevo oficio. Regresó nuevamente por el pasillo hasta su puerta, mucho más tranquilo, y se metió a la cama.



(2002)

GATOCIEGO

En la madrugada silenciosa de las celdas, el maullido de un gato te trae el recuerdo del día en que tu hijo dejó de mirarte como a un héroe. Piensas hasta dónde habías llevado todo, hasta dónde arrastraste la infancia de Eliseo. En la soledad del encierro recuerdas cuando tuvieron que esconderse desde que robaste ese carro engañando a un viejo con el truco del Valet parking. Vuelves al momento en que te disfrazaste con el uniforme con el logo del hotel, aprovechaste los cinco minutos ciegos mientras la gente de seguridad cambiaba de turno y esperaste a que cayera la víctima perfecta que te diera las llaves del carro sin preguntar nada.

Para ti el robo terminó en una huida peligrosa y días de encierro en casa. No sabías cómo sacar del garaje ese carro tan lujoso y recorrer el barrio miserable para ir directo al desguiesadero sin levantar sospechas. Te movías de un lado a otro del cuarto vociferando por teléfono “Habla Mandraque.... Sí, ya sé que se calentó esta vuelta... es mejor quedarnos quieticos”. Eliseo solo parecía preguntarse por qué no salían a darse una vuelta ahora que tenían carro.

Sabías que la policía había sido alertada de movimientos sospechosos en esa zona porque las patrullas estaban pasando por ahí al menos dos veces al día. De modo que decidiste permanecer escondido, con las luces de la casa apagadas y las cortinas cerradas. Solo quedó la espera. Por ahí fue donde empezaste a desvanecerte de la infancia de Eliseo: tú estabas muerto de miedo y no pensabas en el niño que aulló de hambre los cuatro días que duraron escondidos.

Hasta que llegó el décimo cumpleaños de Eliseo. Tú le preguntaste qué quería de regalo y él solo te pidió salir a pasear en ese carro tan bonito. No pudiste evadir esa mirada de antojo y alegría, así que llamaste a los compradores y les dijiste “Estén pendientes, mañana sacó este coroto de la casa”. Decidiste que debían arreglarse el cabello y vestirse con los trajes que ambos usaban en los shows de magia, solo que esta vez con camisas coloridas, sin la molesta capa roja de satín y el corbatín oscuro. Le pediste a Eliseo que empacara ropa de cambio en la maleta de la escuela. La estrategia fue salir de madrugada, justo quince minutos después de que pasara la patrulla de policía. No hubo momento para la paranoia. Decidiste que saldrían a celebrar el cumpleaños de Eliseo a costa de todo, aunque para ti era más importante salir del problema del carro.

Ya bien lejos del barrio, le preguntaste a Eliseo qué quería comer. El niño pidió que lo llevaras al restaurante nuevo donde vendían las hamburguesas gigantes con esas salsas raras de todos los sabores. Era muy costoso el lugar, pero tu mente nunca se detenía en esos detalles. En el camino elaboraste otra manera de engaño. Tus bolsillos estaban vacíos, pero tu mente siempre permanecía encendida. Detuviste el carro en una calle atestada de basura y desocupaste la maleta de Eliseo, que aún permanecía soñoliento en la silla trasera del coche. Te bajaste del carro cargando la maleta e iniciaste una larga batalla hasta encontrar al gato callejero más dócil. Era un cachorrito gris, pulgoso, flaco y que no se movió cuando los otros salieron corriendo. Moviste la mano frente a su cara y luego dijiste “Bendito mi dios por dejar uno que otro gato ciego”, lo metiste cuidadosamente en la maleta, regresaste al carro y partieron hacia el restaurante. Dentro, viste que Eliseo saltaba de alegría y miraba las fotografías de los combos especiales, pero tú estabas pensando en otras cosas, buscando con la mirada un

teléfono público para contactar a los compradores, pedirles que llevaran el dinero y recogieran ellos mismos el coche. Así no tendrías que arriesgarte yendo a los desgüesaderos. Antes de dejar al niño solo, pediste para él todo lo que se le antojó, incluyendo un pastel de cumpleaños con diez velas, globos y el coro ridículo de las meseras cantando Japiverdi tu yu japiverdi tu yu.

Llamaste a tus muchachos. Ninguno cumplió su palabra porque no querían meterse en ese negocio tan complicado y más ahora que los policías andaban como perros sabuesos detrás de la banda de ladrones de carros. Maldijiste y saliste al estacionamiento para sacar de la cajuela la maleta donde estaba el gato. Cuando abriste el cierre te arañó el dorso de la mano y lo calmaste diciendo “¡Este gatociego tan arisco! Tranquilo, llegó la hora de la comida”. Antes de entrar al restaurante cerraste un poco la maleta, lo tranquilizaste y procuraste que no se pusiera violento de nuevo. Eliseo estaba dichoso, aunque tú no compartías ese sentimiento, tan preocupado como andabas buscando dar un paso adelante para salirte con la tuya en la venta del carro. Te sentaste un momento y viste cómo tu pequeño metía los dedos en crema del pastel, lo miraste fijo y comenzaste con ese tono dulce que él ya reconocía cuando tú le ibas a pedir ser cómplice de algún timo. Él te puso mucha atención y asintió con picardía cuando le pediste que saliera primero, tratando de esconderse todo lo que pudiera del personal del restaurante hasta llegar al carro. Le diste las llaves para que te esperara dentro y le dijiste que de lo demás te encargarías tú.

Desde el encierro recuerdas cuando Eliseo te dijo que había sido el mejor cumpleaños de toda su vida, y luego te dio la espalda para continuar lo que él siempre veía como un juego lleno de emoción, el juego de ser pícaro y ayudar en el trabajo a su padre.

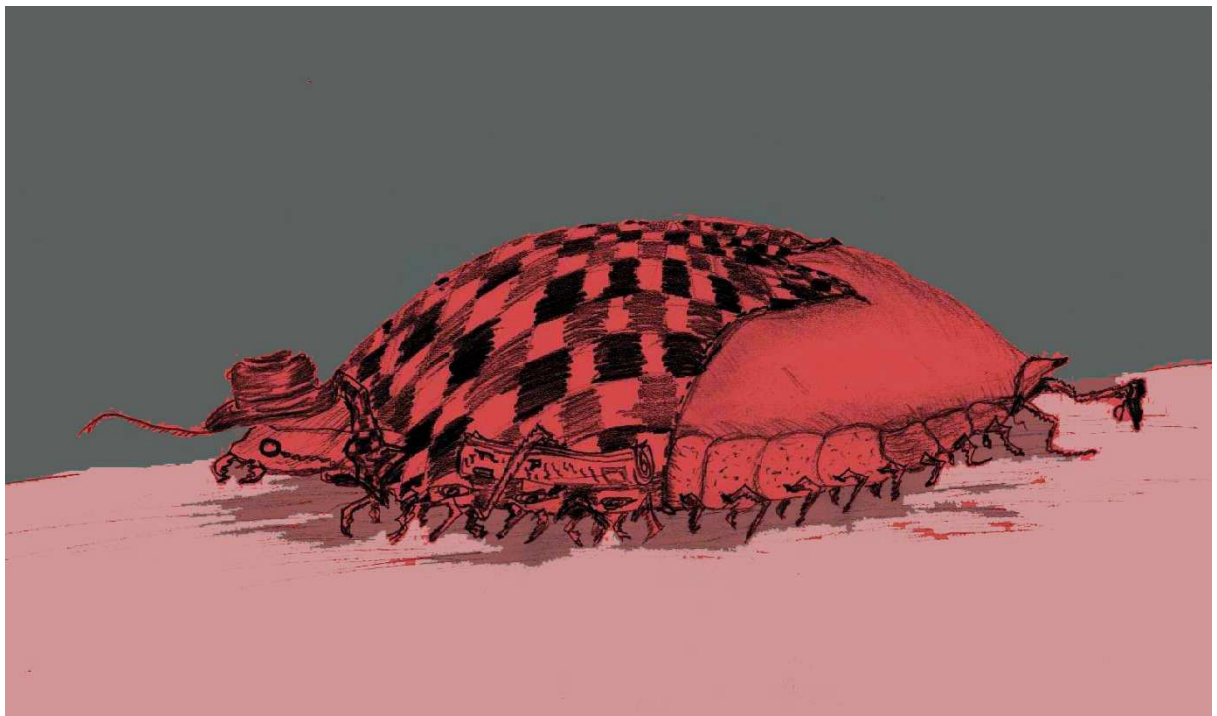
Pasaron unos minutos antes de que abrieras con cuidado la maleta que estaba en el piso y sacaras despacito al gato. Respiraste hondo antes de pellizcar al gato porque sabías que desde ese momento todo el restaurante se convertiría en una locura. Y así fue, el gato brincó dando maullidos perturbadores y comenzó a correr por todo el restaurante saltando sobre personas y mesas, aterrorizando y rasguñando a toda la gente que encontraba a su paso.

Para ti fue un truco fácil, sabías que aplicar un poco de ilusión y desconcierto era lo que más funcionaba para desviar la atención de aquello que en verdad estaba sucediendo. Así, en medio de los alaridos, la histeria y los meseros corriendo a atrapar el gato, lograste salir del restaurante sin tener que pagar un solo centavo de la cuenta. Cuando por fin llegaste al estacionamiento te diste cuenta que debías correr de nuevo, pero en la dirección opuesta. Los policías estaban frente al carro y ya tenían a Eliseo dentro de la patrulla. Para ti la única solución posible era huir. Corriste hasta que el sonido de una bala te detuvo. Aterrizaste sobre el pavimento y comenzaste a revisarte. Descubriste que no estabas herido mientras los policías te ponían las esposas.

Ese fue el final de la celebración del cumpleaños número diez de tu hijo y el comienzo de tu estadía en la cárcel. Recuerdas todo esto con tristeza. Tú sabes lo que sabes, pero lo que nunca podrás saber es la sensación confusa del amor que le dejaste a Eliseo; no sabrás nunca la manera cómo él evocará esos recuerdos de infancia, esa contradictoria imagen de héroe y padre que iba dejando por el mundo ofrendas, confusión y espectáculo.

El gato que aún maúlla cerca de tu celda, te trae la última imagen de ese día: mientras mirabas la patrulla desde el piso, Eliseo, creyendo que todo era parte del juego, se entretenía muerto de risa con ese gatico gris que se estrellaba contra todas las canecas

de basura, sin sospechar que desde ese día tú, Mandraque, desaparecerías como héroe.



(2005)

LAS CUCARACHAS CANTORAS

Miro mi mano contra la luz del bombillo de mi cuarto. Busco las marcas de los bichos que maté con la mano. Sonaban crack crack, como cuando apachurras una cáscara de huevo. Sus patas me marcaron más líneas en la palma. Espero que no hayan comido del veneno que les ponen las vecinas.

Esta noche me tiene los nervios de punta. No quiero dormir. Golpeo suavemente mi cabeza contra la pared para sacudirme el sueño.

Ayer llamó mi papá y me dijo que según el abogado, pronto le darían libertad. Me pregunto para qué servirá la libertad. Yo creo que todos deberíamos permanecer encerrados hasta que salga mi papá. Así como yo. Desde que papá está en la cárcel no hago más que buscar estar a solas aquí en mi cuarto, sin nadie que me moleste. Además siempre que salgo me pasa algo feo. Ya no quiero ni volver al colegio. Les he escuchado a las vecinas que ya están aburridas de llevarme a estudiar y darme de comer. Y en la noche dale que dale, aparecen los ruidos de los fantasmas, que no me dejan en paz.

No quiero verme con nadie. La libertad es aburrida cuando no está papá.

Miro mi mano y me da un poco de asco pensar que tengo las tripas de los bichos estampadas en los dedos. Acerco la mano a mi cara, la huelo ¡guácala! qué asco, debería lavarme las manos, pero tampoco tengo ganas de pararme de la cama. Mejor me quedo acostado, mirando mi mano y escuchando la voz que viene de mi cabeza. Me gusta porque no es la voz mía. Tampoco la de papá. Es una voz distinta a la de cualquiera que hubiera escuchado antes. ¿Estaré loco? Ni idea, pero es divertido. Me hace recordar los

programas de animales que veo en la tele, donde la voz de un señor que no se ve, te va contando cosas sobre los perros salvajes, los zorros y todos esos bichos raros de un lugar por allá en el desierto de un país que se llama Ustrania, o algo así. Y la voz te va llevando a por ese cuento donde un perro amarillo persigue lagartijas que corren todo el día y mueven las patitas como si estuvieran bailando: pata derecha y mano izquierda arriba, mientras se quedan paradas con la pata izquierda y la mano derecha, y luego cambian rapidísimo. Parece que el perro las busca sólo para divertirse y jugar porque nunca muestran si se las come. En uno de los programas el señor decía que la gente odiaba a casi todos los insectos, menos a los que tenían alguna belleza. Por ejemplo, a la gente le gustan las mariposas porque tienen colores bonitos y vuelan. También les gustan los grillos porque son los bichos que mejor saben cantar. Yo me quedé pensando un rato en eso, y me pareció que era cierto. Injusto, pero cierto.

Me gusta ver mi mano a contraluz porque veo la transparencia de piel y la carne bien roja. Parece que a veces alcanzo a ver la forma de mis huesos y de mis venas. Yo creo que la libertad es sólo para la gente que puede sonreír, para los felices que pueden salir a caminar por ahí sin nada por qué preocuparse. No ver a mi papá me pone triste.

No quiero volver a salir de mi cuarto. Prefiero quedarme a jugar con las cucarachas. Y si no hay nadie que pueda contarme una historia antes de dormir, me la contaré yo mismo antes de que comiencen los ruidos de los fantasmas que me andan llamando todo el tiempo. Acá cerca no hay zorros de esos, lagartijas bailadoras, mariposas o grillos, de modo que mi programa tendrá que ser sobre las cucarachas. Y la voz que rebota en mi cabeza contará la historia. La voz diría *Bienvenidos al Mundo Salvaje de Eliseo. Hoy presentamos a Las Cucarachas Cantoras. Ellas han recorrido un largo camino, llevadas por la curiosidad y el hambre. Las Cucarachas Cantoras*

llegaron a zonas urbanas buscando una oportunidad para ganarse la vida haciendo presentaciones en las calles, por eso ellas no cantan por dinero, sino por pedacitos de comida. Los investigadores dicen que las cucarachas decidieron comenzar a cantar porque querían ser aceptadas y que las quisieran tanto como a los grillos. También dicen que las cucarachas son los bichos más chismosos de la naturaleza. Incluso más chismosas que las mamás de mis compañeros del colegio, que no hacen sino murmurar que pobrecito Eliseo por tener un papá tan sinvergüenza y una mamá perdida. Los investigadores dicen que las cucarachas son chismosas porque nunca fueron criadas por sus madres.

Una vez, cuando yo era pequeñito, fuimos con mi papá a un supermercado y yo veía que se podía comprar de todo allá. Ese día le pedí a él que compráramos una mamá porque yo ya estaba cansado de no tener una y que se burlaran de mí en la escuela. Papá se rio mucho. Yo lo miré raro porque para mí no era un chiste, lo estaba diciendo muy en serio. Cuando paró de reírse me dijo que no llevaba suficiente plata y espacio para llevarnos una mamá. Me emocioné pensando que tal vez podríamos tener una para el final de mes, pero mi papá dejó de sonreír y muy serio me explicó que las mamás no se compraban, que ellas venían con los hijos desde antes. Siguió caminando, me tomó duro de la mano y comenzó a hacer las compras rapidísimo. Yo lo miraba un poco asustado, él trataba de esconder la cara, pero yo me di cuenta de que papá estaba llorando.

En el capítulo de hoy contaremos la historia de Martina, víctima de un chisme de sus compañeras, quienes aseguran que ella es la más desafinada de todas las cucarachas de la casa. Martina ha sido entregada para ser juzgada por la ley. Encuentro una cucaracha pequeña y larga, debe ser Martina. Tiene cara de no saber cantar. La agarro de las patitas, está nerviosa, patatea, se retuerce. La tiro encima de mi

cama. Martina sale caminando, casi corriendo y le interrumpo el paso con el dedo, lo esquiva, se devuelve, toca todo con sus antenas, está muerta de miedo. Sólo espero que no se haga pipí en la cama. Sigue alerta, caminando muy rápido. *Ella sabe que la van a encerrar*. Le pongo un vaso encima, la tapo para que no se escape. Corre por todo el borde del vaso buscando salida. *Martina decide subirse al techo de la cárcel de vidrio para esperar*. Veo su barriga temblando, está desesperada, seguro que anda sudando. Respira asustadísima.

Martina está encerrada en la cárcel de máxima seguridad y pronto llegará el juez cucaracha. Los testigos vienen en camino en un carro hecho con una caja de fósforos y ruedas de botones que se cayeron algún día de alguna camisa. Las cucarachas reutilizan todo lo que se nos pierde en la casa. Ciento cincuenta cucarachas más esperan gritando, ansiosas por el juicio y porque quieren saber pronto cuál será el castigo para Martina. Ciento cincuenta cucarachas que se miran con rabia y sonríen desconfiadas.

Otra cucaracha más grande pasa cerca de mi almohada. La atrapo por un rato y luego se me escapa de las manos. Dejo que camine por mi brazo, la dejo libre, tranquila. La libertad está controlada en todas partes, menos en mi cuarto, donde yo controlo la libertad de mis cucarachas. Cuando llega cerca de mi cuello la agarro fuerte y la mantengo con la mano cerrada mientras siento sus paticas. Su espalda es resbalosa. Esta será la cucaracha juez. Cierro el puño duro porque tiene fuerza y se quiere salir. Si la aprieto más se me estallará en las líneas de la mano. Si la apachurro más va a pasar lo mismo que con las otras, que hacen ese sonidito crack crack y no quiero triturarla porque todos sabemos que para hacer un juicio se necesita un juez, o por lo menos eso es lo que me ha explicado mi papá. Guardo a la cucaracha juez en una caja de fósforos.

El juez cucaracha llega al lugar del juicio. Lo reciben con carteles y canciones que piden justicia por la comunidad de cucarachas cantoras. Pero el juez solo viene a decirles que no tiene pruebas suficientes para condenarla. Entonces envía a quince cucarachas policías para que investiguen y encuentren otros testigos con mejores historias sobre lo mal que canta Martina. Mientras tanto, tendrán que aplazar el juicio hasta que lleguen los investigadores.

Martina no quiere comer. Aunque los guardias le han dejado una pepita de azúcar y algunas migajas de pan viejo, Martina permanece orgullosa, no recibe nada y desvía la mirada como regañándolos, como dejando claro que va a iniciar una huelga de hambre. Ella solo se frota las patas hasta quedarse muy quietecita. Pasan las horas. Martina no se mueve. Está tan quieta como la vez que encontré a Tito flotando bocarriba en la pecera. Le pregunté a papá por qué no se movía y él me contestó que estaba muerto. Yo le dije a mi papá, sin pensarlo dos veces ¿Nos lo podemos comer? No, lo vamos a tirar al inodoro, me dijo. A mí eso de botar al pescadito me pareció de lo más tonto, pero mi papá trató de darme una buena explicación. Me dijo que uno no se podía comer a las mascotas porque tenían un nombre. También me dijo que ese pez era tan chiquito que yo tendría que comerme unos diez de esos para quedar con la barriga llena. Y eso es verdad, porque yo como un montón. Pero la explicación de mi papá me convenció. El pobre tuvo suerte de que lo llamáramos Tito y de ser tan pequeño.

Mientras llegan los investigadores el resto de las cucarachas se desesperan. Han comenzado a caminar unas sobre otras formando una bola gigante que se mueve como monstruo. Van cantando sobre la justicia. Hacen un ruido tan fuerte que atrae a cientos de cucarachas de la ciudad entera. En medio del escándalo todas exigen un

plazo para saber la condena: El juez debe decidir antes de medianoche. Y la situación de Martina no cambia, sigue encerrada hasta nueva orden.

Ver a Martina me hace recordar un día cuando la profe nos estaba dando la clase de ciencias naturales y nos contó que algunos animales cambiaban, se transformaban, y ese proceso tenía un nombre que nunca pude decir bien. Por ejemplo, las mariposas cuando bebés son gusanos raros, y luego de un tiempo se transforman en mariposas de colores con alas grandotas. Esa historia me gustó. Cuando quise saber más sobre ese cambio de los animales, le pregunté a la profe cómo era la palabra esa y ella escribió en el cuaderno: Metamorfosis, y subrayó. Me dijo que en la biblioteca del barrio había libros sobre ese tema. Entonces me fui para allá un día que mi papá tenía que trabajar mucho en su nueva presentación de magia. Llegué a la sala más grande de la biblioteca y como había señales de “Silencio” por todas partes, le enseñé el cuaderno abierto a un señor muy serio que atendía. Él me miró con curiosidad y me preguntó si en verdad yo quería leer un libro así. Le dije que sí, que me gustaban los bichos. Me explicó que fuera al fondo, en la sección de rótulo azul, que buscara por la letra K, de Kilo, y luego el nombre que estaba escribiendo justo debajo de la nota de la profe: Kafka. También subrayó. Parece que cuando te vuelves grande tienes que andar subrayando todas las cosas.

Los testigos han dado sus declaraciones y el juez subraya en un papel: Culpable. Martina ha sido condenada sin pruebas suficientes. Las cucarachas celebran su triunfo enloquecidas. Pero las cucarachas son muy chismosas, les gustan los problemas y las peleas. Entonces aparece de improviso una cucaracha defensora, pidiendo que le den una oportunidad a Martina. Dice que si van a juzgarla, al menos deberían permitirle la defensa. De modo que ella propone una prueba de canto frente a todas las

cucarachas de la ciudad, con una condición: si desafina o no convence al público, tendrá que ser castigada.

Saco a Martina del vaso, la pongo en medio de la cama patasarriba, la retengo con un dedo sobre la barriga para que no se escape. Parece dormida. Le estiro un poco las antenas, trato de hacerle cosquillas para que se despierte. Debe estar lista para la prueba de canto. *Todas las cucarachas se han reunido para oír la presentación de Martina. Poco a poco van desbaratando la gigante y monstruosa bola de cucarachas.* Es como una metamorfosis, pero al revés. *El monstruo reduce su tamaño hasta quedar como una pelota de futbol.* Y Martina no se mueve.

Ese cuento de la metamorfosis no fue lo que yo esperaba. No tenía dibujos de mariposas, ni gusanos, ni nada. Sin embargo lo pedí prestado y lo guardé en mi maleta de la escuela para leerlo en casa más tarde. Yo me preguntaba muchas cosas sobre las cucarachas: ¿Entonces quién cría a las cucarachitas? ¿Será que pueden cantar mejor que los grillos? ¿Se podrán transformar en otra cosa, como los gusanos-mariposa esos? Según lo que leí en el libro, parece que las cucarachas no se convierten en nada. Pero la gente sí se puede convertir en cucaracha. No me gusta la idea. Y ahora que son los personajes de mi *Mundo Salvaje*, me da por imaginarme que las cucarachas eran personas y no puedo estar viéndolas mucho tiempo porque me asusta pensar que tendrán una metamorfosis al revés y me agarrarán a golpes.

Martina está sentenciada. Debe demostrar su talento. Si no logra cantar, necesitará una distracción más grande que el olor de mil latas de atún para quitarse de encima a la ciudad de cucarachas que está en el juicio.

Por fin mueve una antena. Si quería hacerse la muerta, no le funcionó. Es malísima actriz. Ojalá no sea igual de mala cantante. *Ella parece debilitada por la*

huelga de hambre, pero el público continúa gritando desesperado. Esperan que regrese pronto para empezar. Mueve las antenas como si supiera que no hay vuelta de hoja. Ya es hora. La tomo con cuidado entre los dedos, haciendo una pinza. Me gustaría darle un abrazo antes de regresarla a la cárcel, pero es muy chiquita, así que solo le doy un apretón suave con los dedos y le deseo suerte antes volverla a encerrar dentro del vaso. Martina solo tiene dos opciones: canta o acepta el castigo. Su vida depende de una canción. Al fin ha decidido presentarse: Lo hará sobre el techo de la cárcel y cantará a capela.

La verdad es que no está tan mal vivir encerrado. Me gusta pensar que estaré así como Martina, en su cuarto de vidrio, lejos de todos. No me importa, no volveré a salir. Para qué quiero yo la libertad, si igual siempre estoy solo. Si yo pudiera manejar la ley en el mundo, como manejo la ley de mis cucarachas, diría: Si mi papá no está libre, nadie puede estar libre. Parece que la gente se inventó la cárcel para que todos estuviéramos solos. Y la gente también es como una cárcel: te retienen, crees que hay muchos cerca de ti, pero igual te viven dejando solo. Te dejan para que te críes como una cucaracha.

Ha llegado el momento de la prueba. Las cucarachas están fuera de control, como si se tratara de un concierto y no de un juicio. Martina sale un poco asustada, encorvada. Respira hondo. Abre los brazos. El público hace silencio y centran la mirada en las antenas temblorosas de Martina. El juez da la señal para que inicie. Ella comienza a cantar sobre los árboles, sobre lo bonito que es respirar, sobre la leyenda de la cucaracha que sobrevivió a un ataque radioactivo y perdió sus antenas, pero aun estando ciega pudo regresar a casa para traer noticias de cómo era el mundo después del apocalipsis. Martina observa a los espectadores mientras suelta todo el aire de sus

pequeños pulmones. La voz se le quiebra un poco y desafina en el verso donde los árboles mueren extrañando a las cucarachas huérfanas. Aunque Martina recuerda la condición de la prueba, sigue cantando hasta el final, sin ponerle atención a los gritos del público pidiendo justicia. Quieren que se baje del escenario, pero a ella nada le importa ahora. Cierra sus antenas-ojos y continúa la tonada con más fuerza, como si fuera su última canción antes del fin. Ya nada importa.

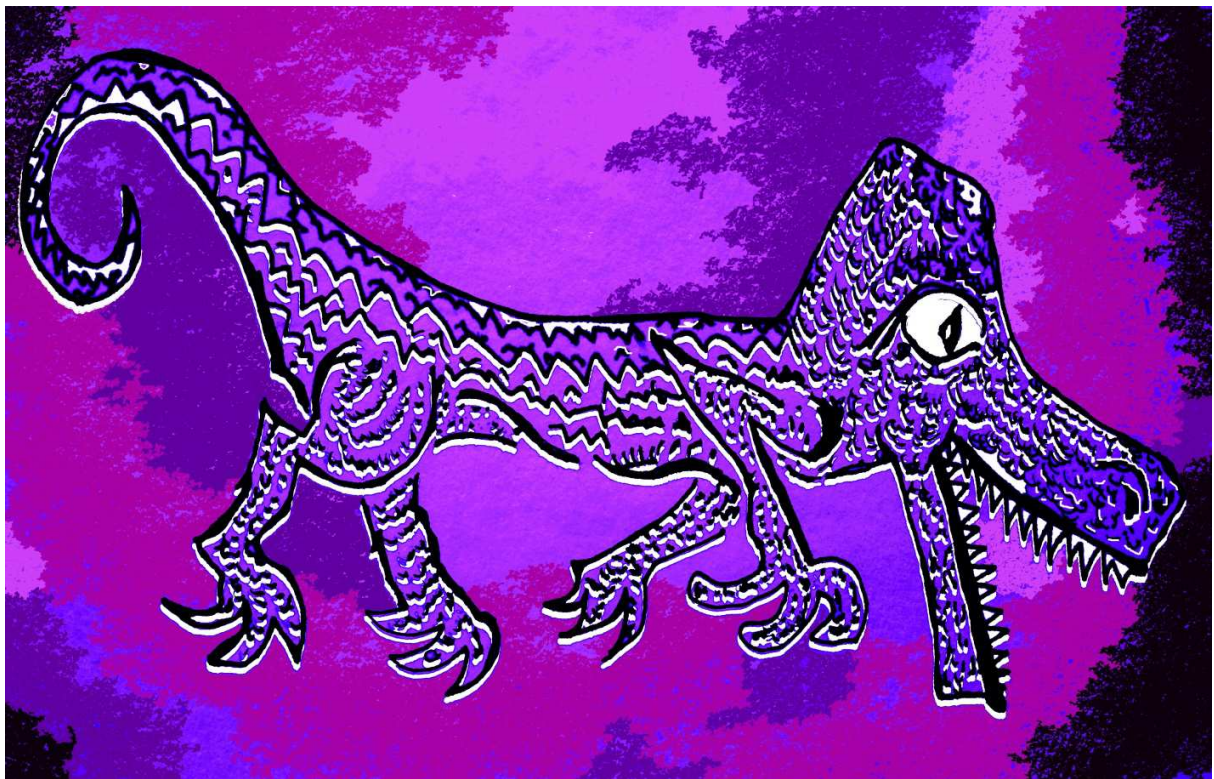
Vuelvo a mirar mi mano contra la luz. Ya casi no reconozco nada. Mis ojos se están cerrando del sueño. *Las demás cucarachas quedan asombradas con la letra de la canción. Una que otra llora. Aunque el orgullo de las cucarachas no les permite aplaudir, la presentación de Martina lo merecía. Termina su canción con la nota más aguda que da su voz. Luego baja los brazos, dándose por vencida. Mañana tengo que regresar al colegio temprano, pero no quiero ir. Voy a hacer una huelga como Martina.*

A ella no le importa el castigo, ya pronto sabrá del desenlace. Así que se cruza de brazos y no dice una sola palabra. El juez reúne a la defensa y a los testigos. Tratan de llegar a un acuerdo. Deciden que Martina es terrible cantante porque desafina, pero a su favor encuentran que sabe componer buenas canciones. De modo que el Juez subraya en un papel: Inocente. Martina ha sido exonerada. Queda en libertad, aunque debe inscribirse en cursos de canto y debe compartir las letras de sus canciones con las demás cucarachas.

Los ojos se me quieren cerrar solitos. Bostezo, estiro los brazos y miro la cárcel de vidrio de Martina. Estar solo no está tan mal. Si mi papá anda haciendo lo mismo que yo, me imagino que la debe estar pasando bien. Aunque me gustaría que la libertad de mi papá dependiera de una canción. Él es buenísimo cantando. *Las demás cucarachas se van a dormir, felices con la sentencia y pensado en qué chismerío armar para el día*

siguiente. Parece que ya no quieren jugar más, solo yo tengo ganas de estar despierto, pero aprendí que las cucarachas también duermen. Se cierran mis ojos. Quito el vaso de la cama y dejo que se vaya.

Buenas noches Martina, ganaste tú libertad.



(2002)

MARÍA SOÑANDO VI

Soñé que estábamos juntos de nuevo. Manuel nos llevaba a conocer el mar del Pacífico, donde tu papá creció. Yo estaba muy emocionada por el paseo... era como si con el perdón llegaría también el anhelo de vivir allí, por fin en una casa nuestra, lejos de los tormentos de la gran ciudad.

Manuel seguía siendo un mago melancólico. Vos también seguías siendo un niño pequeño. Me decías que querías conversar con una ballena jorobada o un cocodrilo.

Tu papá nos llevaba a conocer el mar porque estaba muy triste. Decía que ya era hora de ir recogiendo los pasos en esta vida. Era como una especie de ritual que debían hacer todos los ilusionistas. Me hacía entender que necesitaba regresar a su vieja casa para arrojar al mar todo el fracaso de la vida.

Así que tomábamos un bus hacia el puerto de Buenaventura. La carretera que nos llevaba al mar comenzó a desaparecer conforme avanzábamos. Todo el horizonte era una línea misteriosa de donde venía la desolación. Vos te asustabas por el bullicio de las olas que venían con la fiereza de un animal nocturno y ebrio. Nos bajábamos del bus y seguíamos caminando de la mano vos y yo. Manuel permanecía frente a nosotros mostrándonos el camino.

El horizonte azul oscuro nos cegó en plena mañana y vimos cientos de casas flotantes de madera vieja, de donde salían unos niños sonrientes con las rodillas raspadas. El mar comenzó a aparecer frente a nosotros con más detalle. Uno de los niños dibujó una gaviota con una rama sobre la arena y después siguió su camino. Cerca

de las casas había miles de contenedores amontonados, las dragas se movían rápido y otras máquinas cargaban las embarcaciones de gente que iban a vender como esclavos. Todo lo que veíamos era un puerto lleno de industrias, un mar metálico rodeado de pobreza. Vos me apretabas la mano y me decías que no querías estar en ese puerto, que mejor te ibas a jugar con los niños en las casitas flotantes.

Fue tanta la oscuridad y la desolación del panorama, que Manuel se puso a llorar. Decía que habían dañado su casa, que las máquinas se habían robado su mar, su infancia. Después de un rato de estar adormilados, decidíamos irnos a jugar en una playa más lejana. Manuel miró al cielo tratando de desbaratar la tristeza de su rostro y caminamos hasta encontrar el malecón. Desde ahí todo el paisaje se veía más claro, sin tantos barcos y maquinarias.

Manuel sacaba un papel de su bolsillo y lo doblaba para hacer un barco pequeño. Luego lo ponía sobre su palma y soplabla hasta convertirlo en uno más grande. Vos te sorprendías mucho con el truco. Arrastramos el barquito hasta el puerto, subimos a la embarcación y nos fuimos remando mar a dentro. Manuel se levantaba para mirar las gaviotas. Caminaba un poco hacia el frente, equilibrándose, y vos hiciste lo mismo, lo seguiste con miedo pero balanceabas bien tu pequeño cuerpo. Cuando ya estábamos lejos de la playa, tu papá dijo que había llegado el momento. Vos te pusiste una mano sobre la cadera y la otra haciendo una visera sobre las cejas. Mirabas de extremo a extremo, midiendo el mar. Suspiraste, dijiste que ese mar no se parecía nada al que te habían contado. Yo pensé que tenías razón: de repente no parecía tan grande. Aunque esas olas nos podían arrastrar a la muerte.

Entonces Manuel se lanzaba al mar y te llevaba con él. Ambos se iban nadando hasta una isla pequeñita de arena blanca. Cuando llegaban a la orilla, me decían que

estaban listos para enseñarme el gran truco en el que habían trabajado durante el tiempo que yo estuve ausente. Yo me alegraba, aunque sentía miedo de quedarme ahí sola, en el vaivén de la embarcación. Vos gritabas desde la playa que pusiera mucha atención.

Manuel te hizo una señal y vos levantaste el brazo. Luego te agachabas a tomar un puñado de arena y lo comenzabas a masticar. Tu papá se arrancaba el rostro, como si fuera una máscara y lo lanzaba al mar. Ambos hacían los pases mágicos y gritaban ¡Adiós María!

Lentamente el mar comenzaba a reducirse, a desaparecer. Vos llamabas a una ballena jorobada para irte a jugar con ella. La isla se iba alejando hasta que no oía a ninguno de los dos.

Yo me quedaba allí, peleando con las gaviotas que habían llegado para comerse el barquito de papel.

El mar se evaporaba y yo me moría un poco en él.



LA

(2007)

PERROPIRAÑA

Ese día estuviste pensado cómo sería ver el mundo con ojos de perro. Te levantaste de la cama a las diez de la mañana y no terminaste las tareas. Abriste la gaveta de la alacena. Solo quedaba una naranja. Saliste al patio del inquilinato y te pusiste a mirar el cielo buscando formas en las nubes. Lo único que necesitabas era evadirte. No querías pensar en tu familia, en la lejanía de todos los tuyos, en la soledad y el encierro. Te dieron las once y cuarenta imaginando nubes con formas de manzanas, filetes de carne, papas y pollos asados que se desvanecían con el viento. Te quedó el tiempo exacto para darte un baño rápido y salir corriendo hacia el colegio. No almorzaste. Durante el camino te detuviste para ver a un perro que respiraba agitado y estaba tendido a pleno rayo de sol en la mitad de la calle. Agonizaba.

Caminaste media hora hasta llegar al colegio. Un profesor gordo, que nunca te había dado clases, estaba frente al portón. Vestía traje de paño y corbata roja. Sabías que él se encargaba de vigilar que todos los estudiantes llevaran correctamente sus uniformes. Viste que tenía un diario entre las manos y una lista donde escribía los nombres de quienes no cumplían con llevar puestas las correspondientes camisas blancas, sacos azules de lana y zapatos negros. No te dijo nada por llevar el saco roto en los codos y unos zapatos cafés que se camuflaban si caminabas rápido.

Llegaste al salón con más prisa que entusiasmo. Era miércoles. La primera clase comenzaba a las doce y cuarenta. Tu profesora de biología insistió siempre en mantener la puerta cerrada, aun sabiendo que ese salón se convertía en un sauna porque las tejas

de plástico multiplicaban el calor de la tarde. Todos estaban muriendo un poco, especialmente tú. Por más que todos rogaron para que abriera la puerta, la profesora continuó la clase hablando de tubos de ensayo que no existían en el colegio y experimentos químicos que nunca realizarían. El único consuelo que tenías era abanicarte con el cuaderno extendido cada vez que la profesora daba la espalda para escribir monótonamente con la tiza sobre el tablero verde. Una hora y cuarenta y cinco minutos de lo mismo, de olor a transpiración agria y rayos de sol que te hacían entornar la mirada. Al terminar la clase todos salieron despavoridos a la puerta del salón para buscar un poco de aire fresco, pero tú estabas demasiado atolondrado por el calor como para ponerte en pie. La felicidad de la corriente de aire no duró mucho porque a los cinco minutos llegó la profesora de Español y Literatura.

Y cerraron la puerta otra vez.

Sobre tus ojos cae un telón pardo lentamente Tus parpados

Se apaga tu mirada

Un sonido grave parecido al tamborileo de un corazón agitado cierra las
puertas al mundo acústico que te rodea Tu cerebro se va escapando de a pocos se
desconectan tus reflejos

Todo se apaga

Mil minutos de ansiedad El infierno abre la boca y te engulle Tu cabeza grita
pero todo tu ser permanece estático Como un poseído O un muerto solo que un
muerto que mira a un punto fijo en el tablero donde supone que debe estar la profesora
Patricia hablando sobre la poesía modernista

Te sabes perdido

Desde que los músculos de los brazos y las piernas te dejaron de responder
entiendes que no podrás defenderte o expresarte Ni siquiera tienes la oportunidad
avisarle a tu compañera de pupitre Intentas recordar su nombre pero para ese
momento

Diana

Chechal

Camilo

Bibi

David

Los tobillos

Geometría en el tercer bloque

las piernas de la muerte

Asunción

Silva

Darío

Rubén

DaríoIsósceles

Geometría modernista

Quieres salir corriendo pedir ayuda o moverte para que alguien te de una mano
Estás encerrado completamente en ti sin auxilio sin poder comunicarlo

Tampoco trajiste las gráficas que te pidieron de tarea

Diana seguro que la compañera de pupitre se llamaba Diana Pero había por lo
menos seis Dianas en tu curso 804 Tratas de vincular esa información dentro de
alguna lógica Recuerdas que a todas ellas terminaron llamándolas por su apellido
como en los colegios militares Recuerdas eso pero de nada sirve porque ahora el
hambre te hizo una mala jugada y tu cabeza ha empezado a suprimir los rostros de
personas remplazándolos con frutas

¿Diana Mandarina?

Diana Feijoa

Dianaranja

Sudor Estás perdido Plumas

Aislado Asado Ansiedad

Comienzas a respirar más y más rápido Sientes un escalofrío que te sube desde
las nalgas y te sacude la punta del cabello Transpiras Se te eriza la piel Piensas que
todo eso es como si cada vello se fuera convirtiendo en una pluma de cuervo.

Tu largo suplicio

Un círculo rojo aparece sobre el telón pardo de tus nuevas pupilas, se va
deslizando despacito desde lo que debería ser el lado izquierdo de tu campo visual y se

mueve con pequeños saltos hacia la mitad de tu mirada perdida. El círculo va cambiando de color progresivamente

Rojo que se funde

Amarillo

Blanco

Azul celeste

Estallido

Rojo otra vez

No puedes dejar de ver la transición de los colores en el movimiento aleatorio del círculo

Hasta que aparece un triángulo verde

Baja desde el otro horizonte de la mirada Se desprende cae como la cera derretida en las velas de la iglesia como la espuma de la leche cuando acaba de hervir.

Se hunde el triángulo equilátero verde

Hasta pisar las formas vibrantes del círculo

RojoAmarilloBlancoAzulcelesteRojootra vez

Y todo es una desordenada colección de formas y colores que intervienen atraviesan el aburrido telón oscuro de esa mirada que ya no sabes a quién pertenece

Tienes la cabeza clavada entre los brazos Caíste sobre el puesto como si estuvieras dormido Lamentas sentarte siempre en el último puesto de tercera fila de pupitres Lamentas que la profe Patricia a quien tantas veces trataste despectivamente

en ese preciso momento no te pudiera ver Estás perdido entre una masa
uniformada de cuarenta y cinco estudiantes Masa y silencio Nadie puede hacer nada
por ti Nadie sabe

Todo pasa mientras la Asunción de Darío y Rubén Silva

Cada palpitación va metiéndote una puñalada en el cerebro cada respiración es
una explosión en tu cabeza Y las figuras no se van Y los colores se vuelven más
violentos Y los sonidos reales no regresan Y el corazón te ahoga en un TUM TUM
TUM TUM TUM TUM y tú estás clavado de cabeza en el pupitre Nadie te ve nadie
entiende ese dolor que ni siquiera tú entiendes

Más sudor frío

Los colores las figuras el dolor los sonidos el tumtumtum el mareo tus
piernas que por fin reaccionan para salir corriendo

Empujas a Dianaranja y atraviesas la puerta del salón mientras la profe grita
Para dónde vas Eliseo

Se te revuelve el estómago se contraen todos los músculos de tu vientre y
vomitas en la mitad del patio sin saber exactamente dónde estás o quién eres Vomitas

Vomitas

Y sigues vomitando como si tuvieras que expulsar de tus entrañas el universo
entero

Hasta que por fin llega la misericordia sientes los brazos de los muchachos de
tu curso que te cargan desde el patio hasta el baño de hombres Te acompañan un rato
en el suplicio

A las tres y veinte por fin sientes que ya no tienes más lágrimas ni nada en el estómago Te duelen las costillas y aún persisten las punzadas en la cabeza COMO SI FUERAN UN EJERCITO DE PIRAÑAS MORDIÉNTOTE LOS SESOS

Comienzas a ver aunque las imágenes aun te llegan en colores sepia Los muchachos te llevan a la enfermería y te dicen unas cuantas cosas que no logras entender y se regresan a clase Esperas allí solo La enfermera nunca aparece La aseadora del colegio viene a buscarte Te lleva del brazo por el pasillo que conduce a la oficina del coordinador de disciplina y te deja aplanado sobre la silla de la sala de espera

Y todo sigue colores sepia con el estómago vacío

Ese día quisiste ver con los ojos de un perro, es lo único que recuerdas.

Te dejaron otra media hora ahí, tirado a pleno rayo del sol que caía desde la ventana del recibidor. Tu cuerpo, afilado, desnutrido, lleno de nada... tu humanidad reducida a un costal de huesos de quince años. Todo dio tantas vueltas que perdiste el sentido y caíste de la silla.

El vigilante te llevó a empujones hacia el jardín que daba hacia la puerta principal del colegio. Aun te dolían las costillas por las contracciones del vómito y el trato que te daban no hacía sino empeorar la confusión. Te hizo un gesto para señalar que te sentaras en el piso. También tenía cara de estar furioso contigo. Arrastraste los pies y te desplomaste un poco en la sombra. Sentías el rezago del dolor que te había partido el cráneo en diez mil astillas. Las pirañas.

Frente a ti apareció una figura que multiplicaba el destello de la tarde. El coordinador de disciplina, con su bata blanca impecable, las gafas un poco desacomodadas y manteniendo sus manos con los dedos entrelazados. Conservó esa mirada fija, ese gesto de caníbal estudioso que asustaba tanto a los estudiantes. Él mismo te daba la clase de geometría. Además de eso se encargaba de mantener a raya a todos los desordenados del colegio, a rebeldes, marigüanos y pandilleros. El régimen militar que impuso para disminuir el porcentaje de mortandades académicas, embarazos, violencia, robos y venta de drogas.

Se acercó a ti y te sacudió el hombro derecho. Viste como sus labios se movían lentamente y su frente se arrugaba. Te sacudió de nuevo, mientras tú, desde el suelo, no podías más que mantener los ojos abiertos. Te interrogó. Movié las manos sobre tu cara

y tú solo pensabas en los triángulos equiláteros que viste antes por causa de la migraña. Parece que te está dando un sermón sobre las drogas y el alcohol. Sí, era definitivo, todos en el colegio creían que estabas borracho o intoxicado con pegante industrial. En cada regaño había un movimiento exagerado de sus brazos que dejaba una estela blanca en el aire. Esperaba que tú le respondieras algo, pero aun seguías atontado y sin entender nada.

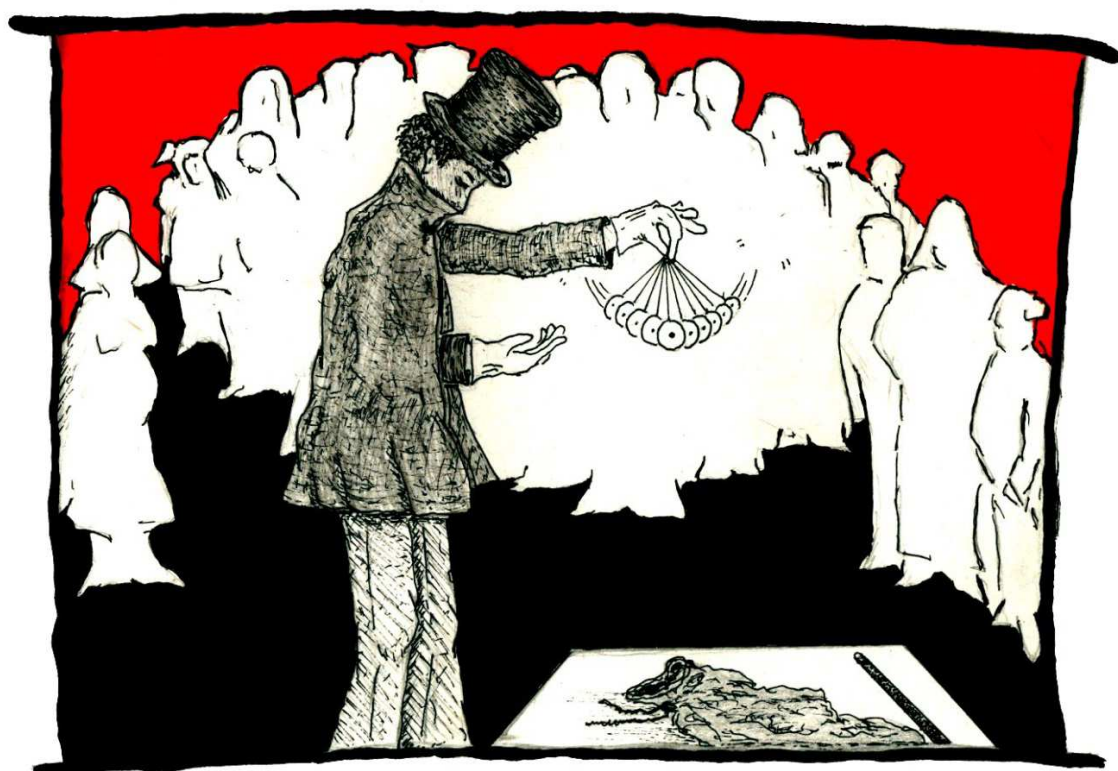
Eran casi las cuatro de la tarde. Él le ordenó al vigilante que abriera la puerta del colegio y extendió toda su mano derecha mostrándote el camino por donde habitualmente desterraban a los viciosos y malportados. Te temblaron las piernas un poco, pero saliste a la calle sin refutar nada. Caminaste un poco hasta que te encontraste con la sombra. Te tumbaste allí y solo pudiste pensar en que así era como los perros deberían ver el mundo.

(1994)

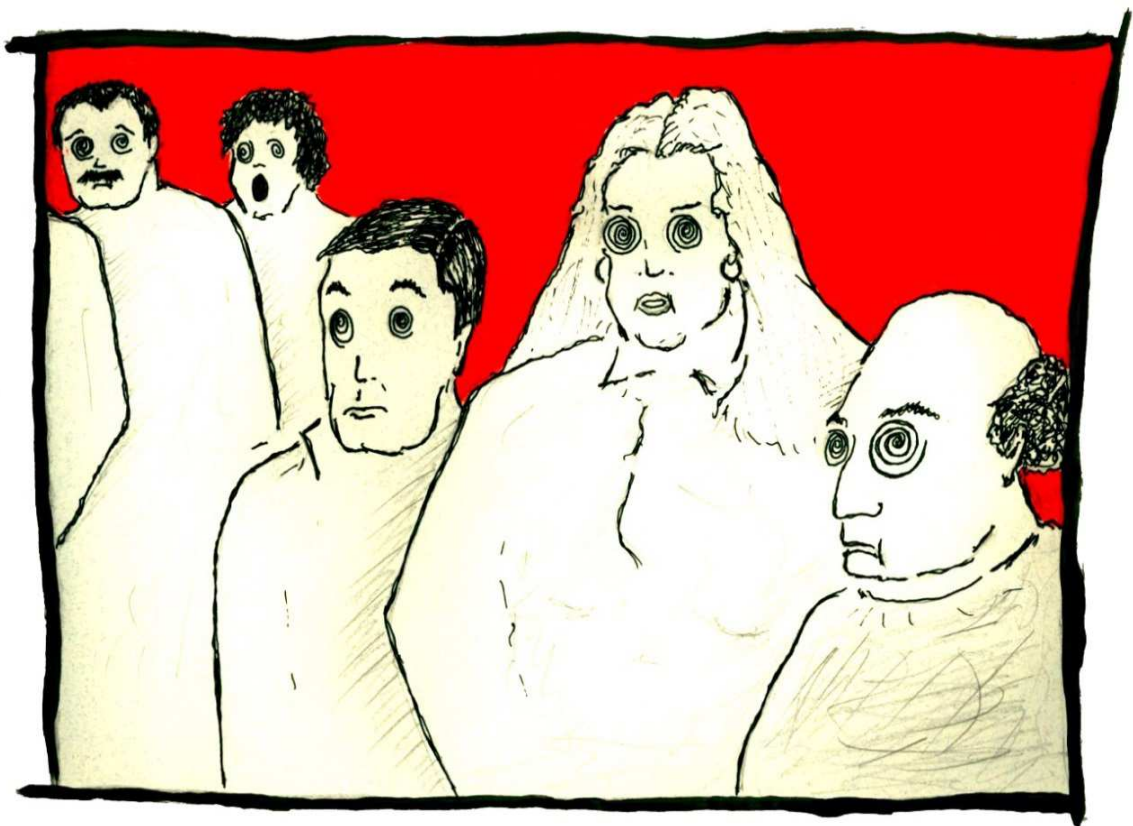
TEATRO **ESQUINA**



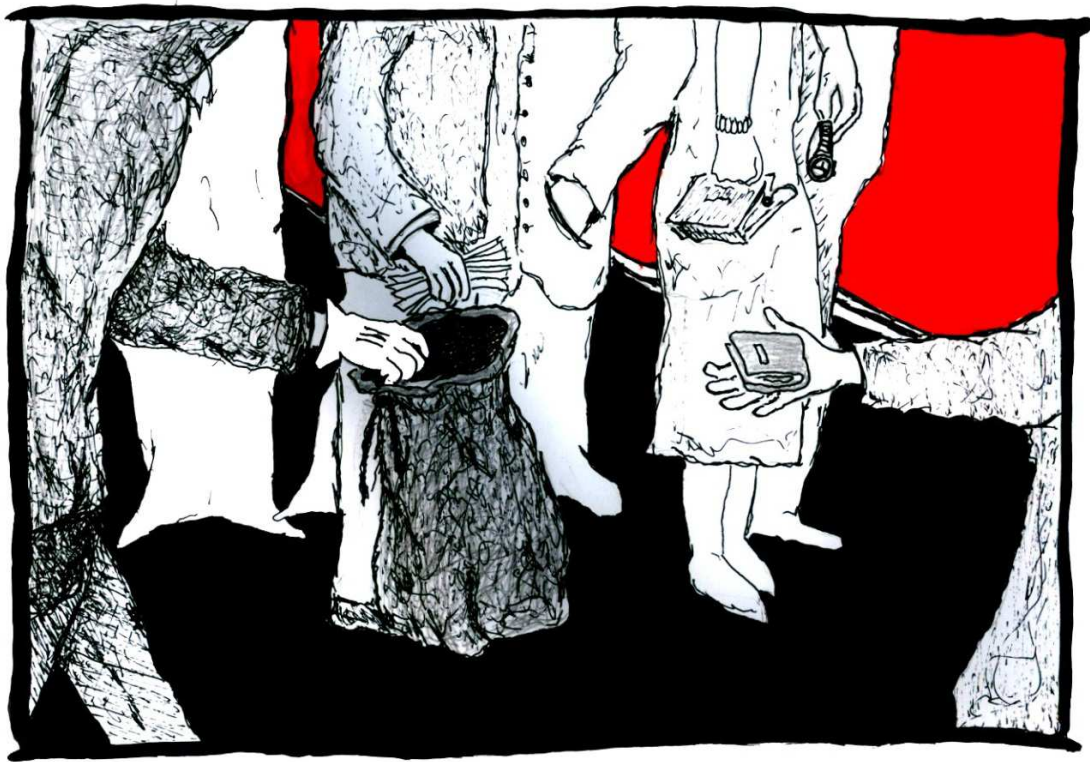
En cada esquina, una parte tuya se desintegra...



... sólo porque aprendiste que la necesidad doma las mentes...



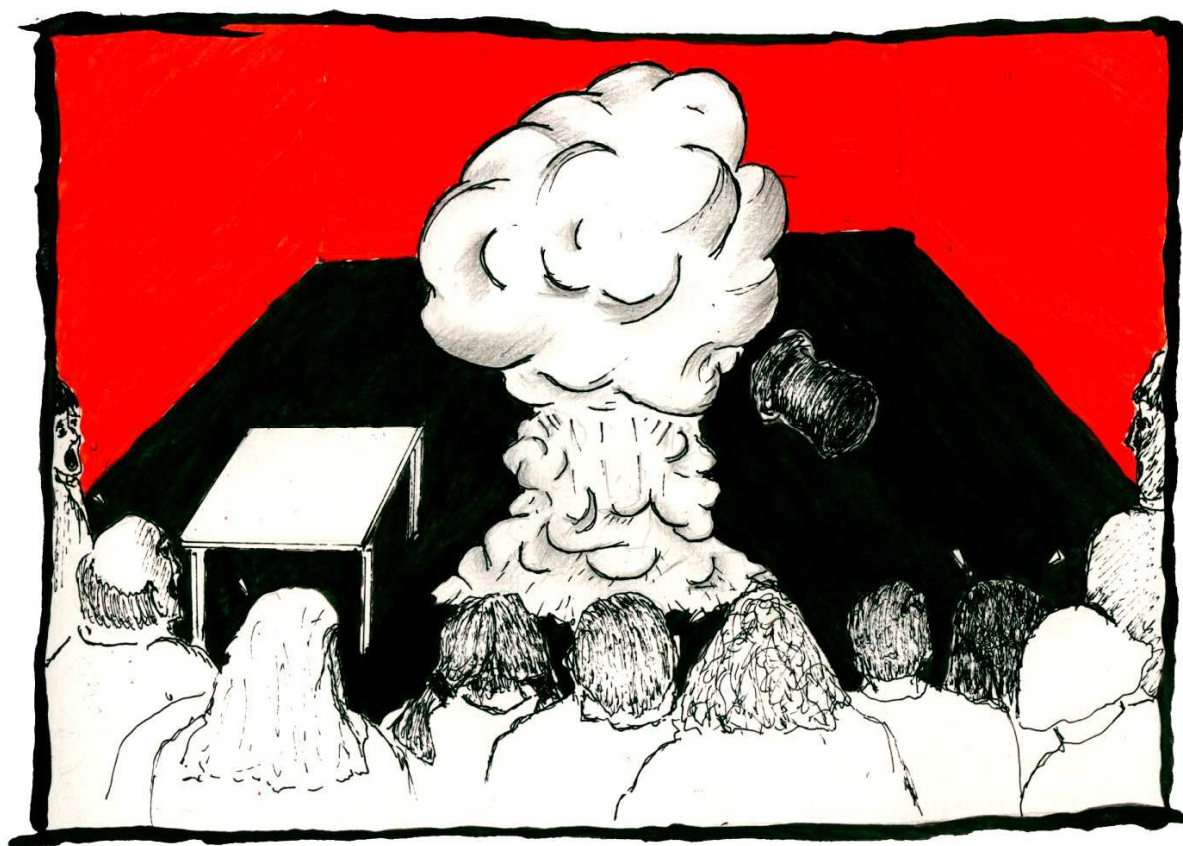
... y que por la vida, hay que andar sin pedir permiso.



En todas las esquinas, tus palabras mágicas: María y Eliseo tienen hambre.



Y hay suficientes esquinas con bolsillos para comprarle días a la vida.

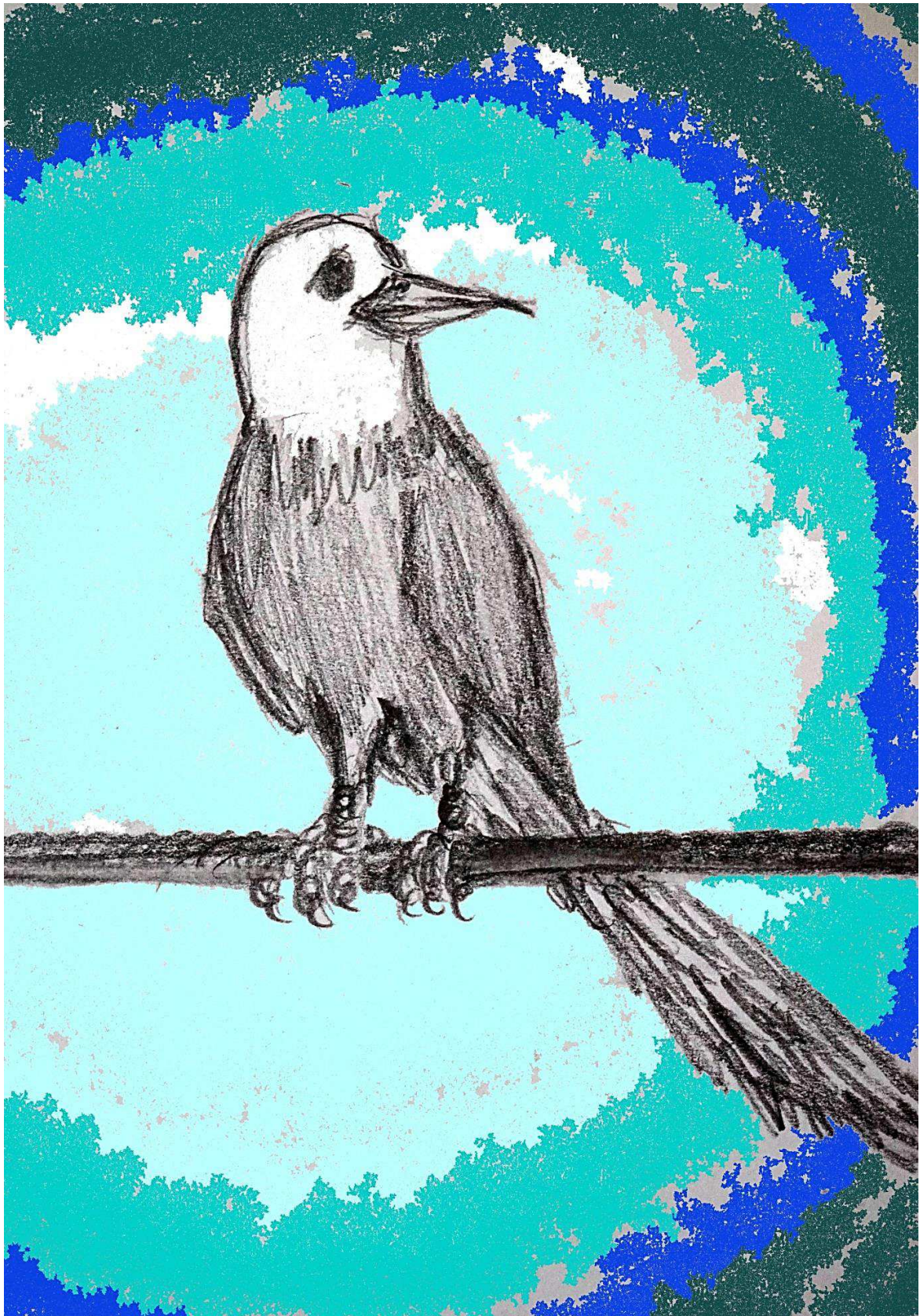


En cada esquina tu ley: Si tomas algo de la vida, le dejas algo a la vida, porque...





... la vida es truco.



(1996)

MARÍA SOÑANDO IV

Mi niño, te soñé convertido en una palomita rastrojera. Vos andabas dando saltos desde la puerta de la casa que teníamos en el pueblo de mis abuelos, donde vine a comenzar la lucha desde que los dejé a ustedes. De cuando en cuando volabas una distancia corta. Una y otra vez vos intentabas levantar el vuelo, pero siempre te caías porque aún no sabías cómo usar tus alas debiluchas. Yo solo te miraba y sentía ese mismo cansancio de aprender a volar.

Lo peor del sueño era que yo no podía recogerte ni darte la mano porque las tenía amarradas.

Te gritaba *Levántate rápido porque si no te atropella la vida*. Pero vos seguías de cara contra el suelo, hasta que llegó una colonia de alacranes y se abalanzó sobre tu cuerpo tierno. Te aguijonearon hasta que tu sangre se volvió amarilla. Yo permanecí gritando todo lo que pude para ahuyentarlos, pero recordé que los alacranes no tienen oídos. Luego de que descargaron su odio, los alacranes se fueron a sus escondites, dejando atrás el esqueleto de una palomita de cristal.



(2008)

PANORÁMICA CON NIDOS

Una bandada de pajarracos se reúne todos los días a la hora del atardecer, justo cuando el sol se pierde en los sonidos de una ciudad ahogada de edificios y montañas. En cofradía, en parche, en parvada, los pajarracos se toman la montaña de escombros de construcción: una gigantesca pila de casas que antes fueron y ya no serán. Así permanecen todo el tiempo, escuchando las estridencias de la tarde, los discursos olvidados y siempre cantando la misma melodía y los mismos acordes. En realidad, y a pesar de cientos de teorías de ornitólogos especialistas en aves-adolescentes, se ha encontrado que los pajarracos no tienen un color definitivo para su plumaje debido a que la luz los ha abandonado y siempre han estado muy tristes.

Cuando la tarde va cayendo y la luz se aminora, el ritual de los pajarracos continúa: hacen un concurso que consiste en ver quién se inventa la máquina más inútil. Mientras cada uno se pone manos a la obra, beben licor barato y fuman cigarrillos de contrabando, tratando de sonreír sin ánimo-depresivo, aferrándose a su único espacio posible en el mundo: la invención innecesaria, el no-lugar que es la montaña. Desde la antigüedad, la montaña de escombros ha sido un lugar mítico-sacro-santo, el espacio ritual adecuado para frenar la rueda del tiempo. En esa montaña se alteraron-los-sentidos de la misma manera todas las generaciones anteriores de pajarracos, solo que cuando pasaron de cierta edad se olvidaron de la iniciación y de la transición. Sin embargo, un mecanismo de sus subconscientes los bloquea automáticamente y les

impide molestar la privacidad y los rituales de las generaciones más jóvenes de pajarracos.

Al concluir la canción de la tarde, los pajarracos quedan inmersos en un silencio oscuro y reconocen que están más ausentes y derrotados que nunca. Hacen una pausa y ven el panorama: frente a la cima de la montaña de escombros se ve un puñado de edificios amenazando el cielo. Existe uno en especial que parece montaña, pero está organizado para el trabajo, es decir, es otro tipo de montaña de escombros-humanos, una montaña-edificio sagrada donde el oficio-sin-sentido no permite escuchar la canción de la tarde. De repente, los pajarracos ven una luz de flash que centellea cada dos segundos y viene desde una de las ventanas de la montaña-edificio. Eso los distrae y los preocupa. Juana, la más pequeña de los pajarracos pregunta:

— ¿Será que desde allá nos están vigilando?

—Sí, alguien nos mira —advierte Cesar a la parvada— Quizá sea dios y nos esté tomando fotografías. Pero mejor continuemos con el concurso de las máquinas inútiles antes de que se vaya el sol y no veamos nada.

—Es cierto. Nos están tomando fotografías— dice Eliseo— pero no importa, sigamos bebiendo hasta que nuestros calcetines destilen alcohol y cuando nos podamos poner en pie, le lanzaremos monedas en la cabeza a las ratas o a las palomas para que vayan por el drenaje o volando a decirle a dios que nos tome unas fotos bien bonitas y ojalá muchas, para que sepa qué nos pasa desde que nos abandonó, para que tenga muchas pruebas para mandarnos a la mierda, o al infierno. Que tome las fotos mientras hacemos cara de nos-duele-hasta-el-aliento y nos duele despertar porque estamos solos y solo podemos reírnos con ánimo-depresivo. ¡Sí, vayan volando o por el drenaje y díganle que!

Eliseo se cae de la borrachera en medio de un pozo de agua-lluvia y continúa manoteando al cielo, en dirección a la ventana del edificio donde está el dios-fotógrafo.

Después de que reincorporan a Eliseo, hacen la premiación a los ganadores del concurso: Una mecedora de concreto para ver pasar las mañanas y una catedral hecha con vidrios rotos, donde deben ir a rezar los padres que abandonan a sus hijos. Los ganadores se hacen acreedores a un vaso extra de licor y una cajetilla de cigarrillos contrabandeados. Luego de la premiación, descienden a oscuras, dando botes por la falda de la montaña y se despiden prometiendo que mañana desde luego a las cuatro en punto.

Mientras tanto, los pajarracos grandes observan la montaña de escombros desde sus nidos contruidos en las copas de los árboles o sobre las torres de la luz. Ellos reconocen que en cada generación hace falta una parvada de pajarracos depresivos porque les recuerdan la canción que aún está grabada en sus memorias. Con nostalgia, sacuden el nido de tantos recuerdos, se ponen las manos-alas en la cintura y de mal humor se dicen a sí mismos: todo-estará-bien, todo-estará-muy-bien.

(1997)

MARÍA SOÑANDO II

Eliseo, soñé que los dos éramos niños y corríamos como locos viajado hacia el sol de la tarde. Tenía un vestido blanco con encajes y flores bordadas. Yo me quitaba los zapatos, vos no traías los tuyos, así que seguíamos descalzos, corriendo al encuentro de la algarabía en la plaza de mercado del pueblo.

De camino pasamos por la carnicería. Vos me llevabas de la mano frente al cuerpo de un cerdo colgado de los tendones. Le hiciste cosquillas en la panza hasta dibujarle una sonrisa. Luego, con ambas manos le arrancabas las tripas para entregármelas. Los riñones y los intestinos eran de un color parecido al violeta. Yo te los recibía con mucha alegría porque pensaba que el color de esa sangre destilada combinaba perfecto con mi vestido blanco. Después yo comenzaba a tragarme las tripas con ansiedad, mientras vos te morías de risa en el suelo.

Y la tarde se apagaba despacito, dejando lirios en las puertas del caserío.



(2006)

DOS DE CORAZONES

I

Cuando Eliseo abrió los ojos, volvió a encontrar su habitación vacía. Habían pasado cuatro años desde que encerraron a Manuel y aún no se acostumbraba a tanto espacio libre en aquel pequeño cuarto. A pesar de que ahora tenía la cama grande para descansar mejor, prefería seguir durmiendo en el catre que reconocía como suyo desde que tenía uso de razón. Después de varias horas de dar vueltas, decidió salir a la calle a buscarse la vida y terminar con ese encierro.

Se puso los zapatos de la escuela a la que no pudo regresar durante ese año porque no había quien pagara los costos. Cerró la puerta de la habitación y salió sin nada en los bolsillos y el estómago. Caminó por el pasillo del inquilinato con una pregunta recurrente ¿Por qué su padre le había dicho siempre que María se había marchado persiguiendo otro amor? Recordó las palabras de Manuel: *Yo pude haber sido el mejor mago del mundo, pero conocí a su mamá y ahí se me desgracia la vida*. Así de fuerte, incisivo, doloroso como una cicatriz que sana en falso. Un discurso repetido tantas veces que alimentó el rencor de Eliseo hacia su madre desde que tenía recuerdos. Sin embargo, la inquietud rondaba a Eliseo, mordiéndole la paciencia. La sospecha sobre la versión de Manuel se hizo mucho más presente después de que su padre se volviera un ser amargo y solitario. Todas las dudas del niño las había anulado Manuel con un rotundo “*No me siga jodiendo la vida con ese tema*”.

Pensaba en todo esto durante el camino, deambulando por calles y rutas conocidas, como si estuviera en piloto automático y sin saber a dónde dirigirse. Lo único claro en su mente era que pronto tendría que inventarse una vida y comenzar a trabajar. Los vecinos ya estaban cansados de encargarse de un adolescente sin padres y caído en desgracia. Sentía la presión, la mirada violenta de los adultos del inquilinato, los desplantes, los comentarios indirectos sugiriendo que ya tenía la edad suficiente para defenderse en la vida. Recorriendo calles sin pensar demasiado en el trayecto, atravesó los parques a donde iba con Manuel, con ese Mandraque pícaro y recursivo que lo llevaba siempre a la aventura.

Se detuvo en el parque *De la Fe* a mirar los juegos infantiles fuera de uso y yerbajos. La tarde abría en pleno sus brazos para recibir a los niños perdidos. El parque *De la Fe* siempre fue el escenario del recuerdo, de las canchas de fútbol llenas de niños escandalosos cubiertos de sudor y hambre. El atardecer solo ofrecía a Eliseo nostalgia, vacío y la memoria de muchas tardes esperando a su padre, después de que engañaban a la gente con el truco del niño extraviado.

Se sentó en un columpio chirriante y oxidado. Trató de moverse como antes, pero su cuerpo estaba demasiado grande para hacer caber sus caderas en la pequeña silla, y sus piernas demasiado largas para suspenderse tranquilamente en un artefacto tan a ras de piso, tan diseñado para la infancia. Intentó mecerse como quien quiere olvidarse, como quien desea que cada movimiento expulse del tiempo en un vaivén que espante la memoria, las preguntas recurrentes. Un impulso hacia adelante: ¿Quién era verdaderamente María? Impulso hacia atrás: ¿Por qué me tenía tanto odio... por qué me abandonó? Entonces, de la nada aparecieron los gritos del vigilante del parque. Eliseo

giró la cabeza y a contraluz solo reconoció una figura delgada envuelta en un uniforme café. Se acercó rápidamente, vociferando y haciendo sonar el silbato.

— ¡Ay no, pues tan chiquito el nené! Bájese de ahí ¿no ve que eso es para niños? Búsquese otra cosa que hacer, ¡usted está muy grandulón para estos juegos!

Eliseo se desplomó del ensueño, de la instantánea sensación de poder tocar con los dedos esa imagen sin rostro de una María distante y enterrada por el misterio.

— ¡Oiga, le estoy diciendo que se baje!

Justo cuando todas las preguntas se organizaban, justo cuando por fin estaba dibujando un posible perfil de ella, Eliseo vio las pequeñas gotas de saliva que el guardia escupía sobre él. Las gotitas alcanzaban a descomponer los colores en un diminuto arcoíris bajo el resplandor de aquella tarde naranja. Logró ver detrás de esa imagen de ensueño el rostro rojo y molesto del vigilante.

—No me voy a bajar —reaccionó Eliseo—. Este es un parque público.

—Sí, pero ese columpio es para niños. Bájese pues y váyase a otro lado del parque.

—No quiero.

—Ya no le voy a repetir más.

El guardia sacó la macana y comenzó a moverla señalando la salida del parque. Eliseo se quedó un poco más para desafiario, pero el vigilante se hartó y comenzó a golpear la macana contra la cadena del columpio hasta que le pegó en los dedos. Eliseo se soltó y cayó de espalda en la tierra seca, trató de ponerse en pie lo más rápido que pudo y se fue gritándole al guardia todas las groserías que recordaba. Ya en la esquina del parque Eliseo se dio la vuelta, buscó piedras en el suelo para tirárselas al vigilante y salió a correr a todo lo que le daba el cuerpo. Levantó tanto polvo en carrera que luego de unas calles aún tragaba la tierra que le quedaba en las encías.

Siguió rodando por la calle como un poseso, caminando para que los pasos le ayudaran a organizar las ideas. Así llegó a la pregunta principal, la más importante: ¿Estaría aún viva María? Si existía alguien en el mundo capaz de responderle, ese era Manuel, pero llevaba mucho tiempo sin tener noticias de él aparte de los pequeños mensajes que le mandaba con sus amigos y que no dejaban de tener un aire de misericordia e invención. En esas palabras de consuelo Eliseo tenía la sensación de haber perdido para siempre también a su padre. Cansado del ultraje y el recorrido, se sentó en una acera y comenzó a maldecir. Sintió que la escena del parque marcaba un final: salir de la infancia por la puerta infame del destierro, para luego entrar al oficio de las calles polvorientas, al mundo de los grandes. Eliseo entendió que las cosas no podían seguir así y decidió que pronto tendría que ir a confrontar a su padre para saber la verdad.

II

Pasaron dos semanas para que aprobaran la entrada de Eliseo a la cárcel. Se había despertado desde las dos y media para cruzar la ciudad a tiempo y lograr hacer todo el proceso de entrada. Llevaba varias noches sin dormir bien, tratando de elaborar una manera de sacarle al padre todo aquello que siempre había evadido sobre María.

Estaba agazapado por el frío de las cuatro de la mañana del último domingo del mes. Hacía fila en la oscuridad, frente al muro blanco y azul de la Cárcel Modelo, que parecía un mundo paralelo en medio de un barrio que no se decidía entre lo industrial, lo marginal y lo residencial. Eliseo vio las calles atestadas de vendedores promocionando desde colchonetas, calzoncillos, elementos de aseo, drogas de *toda* variedad, hasta voluntades y favores de la guardia.

Frente a una olla gigante de agua con hierbas aromáticas, Eliseo repasó cómo tendría que enfrentar a su padre, cómo preguntarle la verdadera historia de María. Se compró un vaso de agua con todas las hierbas, bebió profundo tomando el vaso de plástico con ambas manos y fue hasta las carteleras para averiguar si lo que habían mandado sus vecinas estaba en la lista de elementos que podía entrar.

Cuando por fin llegó a la entrada, lo recibió un guardia gigante, barrigón y que tenía una cadena de oro sobre la solapa de su guerrera azul oscura. Le explicó que venía a ver a su padre, Manuel Alvarado, en el Pabellón de Tercera Edad. El guardia pidió su tarjeta de identidad y procedió con las preguntas.

—Eliseo José Alvarado —Dijo casi deletreando— ¿Trae medicamentos, teléfonos celulares, armas de fuego o alimentos con usted?

—No señor —dijo—. Solo traigo esta ropa y una bolsa de arroz.

—Pásemelos.

Lo miró de arriba abajo y luego llamó a uno de los Dragoniantes, giró la cabeza hacia la otra puerta y dijo:

—Búsqueme a la Sargento Tovar para que venga a requisar a este muchacho.

El guardia revisó celosamente todos los artículos y lo ubicó cerca del recibidor. Mientras Eliseo esperaba la requisa, recordó la historia que le contaba Manuel de cuando aprendió su primer truco: Manuel sacó la baraja y se la pasó al niño para que le hiciera adivinar una de las cartas. Los dedos pequeños del niño desplegaron la baraja abierta invitando al padre para que tomara una carta. Manuel la miró con cuidado y se la llevó al pecho. De repente, sin dudar, el niño dijo “es un Dos de corazones”. Manuel se quedó inmóvil: las palabras de su hijo fueron, literalmente, mágicas. Emocionado, repitió el truco pero a la inversa: ahora el niño debía encontrar esa misma carta dentro de la baraja. Mezcló, partió, reagrupó y le dio el mazo al niño. Eliseo observó con la mirada de alguien que se anticipa al descubrimiento de un secreto. Entonces el niño de tres años, agarrado de la baranda de la cuna, tomó una carta que él le ofreció en la baraja abierta, la llevó contra su pecho y luego se la enseñó a su padre: dos puntitos rojos sobre el papel blanco. El entrenamiento, según Mandraque, comenzó ese día. Aunque Eliseo no recuerda del todo esa historia, sí recuerda que Manuel estaba muy dichoso hasta que entró María corriendo, le dio una bofetada y comenzaron una discusión. Luego lo sacó de la cuna y se fue para otra parte de la casa. Es lo único que pervive en el subconsciente de Eliseo y le hace intuir que se relaciona con la partida de su madre.

Después del tedioso proceso de ingreso y la requisa, Eliseo tuvo que atravesar un mundo de puertas: donde debían registrar las huellas y firmar, la de los largos pasillos

que atraviesan la cárcel de un extremo a otro, y luego, el portón de hierro que conduce al Pabellón de Tercera Edad.

Durante el recorrido vio todo ese ambiente festivo, lleno de confusión y grupos de mujeres y niños en una peregrinación ansiosa por encontrarse con los internos. La cárcel era muy diferente a lo que le habían descrito a Eliseo. Le pareció un espacio inmenso y lúgubre para embodegar humanos. Él suponía que era un espacio donde alojaban a su papá mientras se reponía de esa extraña locura que le detectaron cuando llegó. La cárcel que él se imaginaba era más parecida a una clínica que a ese gran edificio que olía a comida avinagrada y cobijas sucias. Eliseo se preguntaba por qué los pabellones se veían tan llenos gente, por qué detenían a tantas personas en un solo lugar, por qué su papá tenía que estar ahí y no en casa.

Por fin, después del periplo de puertas y pasillos, estaba en el pabellón de tercera edad. En el centro había un patio precario marcado con una línea que delimitaba la cancha de fútbol que nadie usaba. Desde el lado norte del pabellón los guardias iban dirigiendo la entrada de los visitantes, mientras los ordenanzas llamaban uno a uno a los internos con visitas.

—¡Alvarado, Manuel! —gritó el ordenanza.

Manuel salió de la última puerta que conduce a las celdas. Era poco más que un cuerpo doblado y flaco que arrastraba las piernas sin energía. De repente a Eliseo le pareció más viejo de lo normal. El guardia saludó a Manuel con un simple movimiento de cabeza y le dio permiso al muchacho para pasar.

—¡Papá! —dijo y se lanzó a abrazarlo—. ¿Cómo está todo?

—Bien hijo —dijo sin soltarse de los brazos de Eliseo—. Usted ha crecido mucho —se separó un poco para mirarlo en detalle— ya está igual de alto a mí.

—Lo he extrañado mucho papá ¿Cuándo va a salir de aquí?

—Yo también mi niño. Bueno, eso de la salida aún se va a demorar. Venga, sentémonos en las bancas de allá —dijo mientras lo dirigía hacia el fondo del patio—. Aprovechemos que ya hay un poquito de sol.

Iniciaron una conversación casi rutinaria. Manuel le contó todas las absurdas historias sobre cómo la ley del sistema penitenciario llevan a un condenado por robo a ser catalogado como demente para cumplir con una estadística y disimular el hacinamiento; sobre el pabellón psiquiátrico donde lo doparon hasta que una trabajadora social se dio cuenta de la equivocación; sobre su cojera y otros efectos colaterales de los medicamentos psiquiátricos; sobre el aumento de su condena por los intentos de fuga; luego, sobre la historia de la falla de procedimiento y el desorden administrativo que arreglaron llevándolo a él, un hombre de cuarenta y dos años, joven y fuerte, a un pabellón destinado a señores mayores de cincuenta; Manuel le contó sobre la frustración de saber cómo funcionaba el mecanismo carcelario, sobre todas esas historias de resignación.

—Papá, yo vine porque necesito saber qué fue lo que pasó con mi mamá.

—¡Y dele con ese tema! Ya se lo he dicho muchas veces: Su mamá se largó detrás de otro y nos dejó botados.

—No puedo creer esa historia, no quiero creer que mi mamá no se haya interesado en buscarme y saber de mí en todos estos años. Necesito, exijo que me diga la verdad.

—Si vino solo por eso, y no para visitarme y saber de mí, es mejor que se vaya de aquí.

Manuel se puso en pie, un poco nervioso y buscó evadir la mirada.

—Espere, yo no quise ofenderlo, pero de verdad necesito saber. No me voy a ir de aquí hasta que me cuente todo.

—¿Quiere saber? Pues la verdad es que no existe una sola verdad. Hay muchas historias. Cuando ella se fue lo único que yo pensé era que su mamá nunca quiso ser madre, ni esposa, ni nada, que solo quería estar de fiesta, ir por el mundo viviendo de la buena voluntad de la gente.

— ¿Pero por qué se fue?

—Ni yo lo sé. Siempre me hago esa misma pregunta. Al principio yo creía que era porque estaba cansada de nosotros y no supo cómo asumir la responsabilidad de tenerlo a usted. Yo creí que se había ido porque necesitaba su libertad. Pero de cualquier manera, si piensa que ella va a volver, es mejor que no la espere.

—¿Por qué, por qué sabe que no va a regresar?

—Yo solo sé. Mire, María era una mujer muy complicada. Un día, cuando usted era todavía un bebé, tuvimos una pelea tremenda. Ella quería que nos fuéramos de la ciudad, estaba desesperada, como si le debiera algo a alguien. Y yo ya sabía que María estaba en sus andanzas raras... estaba en algo muy enredado y se perdía los días enteros.

— ¿Y por qué ella quería irse de Bogotá?

—Porque se había metido en problemas. Dicen que andaba en no sé qué grupo clandestino y comenzaron a buscarla. Por eso fue que la pelea entre nosotros se puso más dura. Al otro día llegó a la casa decidida a todo. Estaba muy nerviosa. Yo le había dicho que no me movería de la ciudad y que mucho menos iba a dejar que se fuera con usted porque sabía que ella lo dejaría por ahí tirado en cualquier momento. Le conté de mis planes de hacer funciones y entrenarlo a usted para que fuera el mago más joven del mundo y ahí volvimos a discutir otra vez. Entonces María se puso como una fiera, sacó

un revólver de no sé dónde diablos y me disparó en el hombro. Salió corriendo de la casa con usted en un brazo y una maleta en el otro mientras yo me desangraba en el piso.

Eliseo recordó que en las temporadas de calor, cuando su padre andaba por la casa sin camiseta, se le veía una cicatriz redonda y queloide que le atravesaba de lado a lado el brazo. “Esa es la vida mi niño, hay que llenarse de cicatrices para recordar los golpes de la vida, para recordar la vida misma” era lo único que le respondía su padre cuando él niño le preguntaba qué le había pasado en el hombro.

—Así fue que pasó todo —continuó Manuel—. Después me recogió la policía y duré dos semanas en el hospital, angustiado, preocupado por usted. Cuando regresé a la casa encontré una nota escrita en una de mis cartas.

— ¿Y qué tenía escrito?

—Decía algo muy raro... que nunca me creí del todo. Escribió que no iba a poder con todo eso de la crianza, que aunque nos quería mucho, no iba a poder... que la perdonáramos. Debajo del Dos de corazones apuntó una dirección para que fuera a recogerlo a usted tan pronto como pudiera. Y eso es lo que yo sé, lo que le puedo contar porque lo vi. Lo demás es puro chisme.

Eliseo tomó un momento para organizar la información. Luego insistió.

— ¿Y entonces por qué se inventó esa otra historia? ¿Por qué no me dijo la verdad desde el principio?

—Porque ni yo mismo sé qué creer. Ya le dije que hay muchas historias sobre ella. Además yo no quería joderle la vida, usted era muy pequeño y siempre hizo muchas preguntas... para fue mí fue más fácil mantener ese cuento de la mujer escapista y que usted se imaginara a una mamá viva, enamorada.

— Espere... ¿Cómo que viva?

—Sí... por ahí dicen que a ella la mataron hace unos años en un enfrentamiento.

III

Un paso atrás.

Eliseo petrificado, con los ojos abiertos de par en par y un gesto que no se decide entre el dolor y la sorpresa.

No querer recordar el instante. REVOLVER TODOS LOS INSTANTES.

Apenas si reconoce las voces entre las imágenes que lo asaltan.

Manuel pide a Eliseo que lo deje descansar: demasiados años de silencio, demasiados recuerdos en una sola mañana.

El guardia lo escolta hasta la puerta del pabellón de tercera edad. Una reja los separa de nuevo.

Eliseo, el de los padres perdidos, el *no* niño.

Un paso para dar la media vuelta.

La baraja en la mano de su padre, las cartas que caían al piso en desorden, mientras su madre lo tomaba para arrancarlo de la cuna.

La verdad es que no existe una sola verdad.

Alguien le pide que se calme, que regrese en sí, que se despida bien de su padre.

Eliseo, abstraído, piensa en cómo sepultar todas las sospechas de que su padre hubiese espantado a María con esa vida inestable de mago y timador.

Un paso en el andar imperceptible.

El rostro del vigilante del parque, con el ceño fruncido y sus gritos: ¡Ay no, pues tan chiquito el nené!

Manuel hace un gesto con la mano para despedirse, deseando un abrazo imaginario que atravesase las rejas del penal.

Un paso después de la frontera.

Su padre dice, desde el otro lado de la reja:

—Cuídese mucho hijo. Cuídese del bien y cuídese del mal. Cuídese de todo el mundo, ya ve cómo no se puede mantener ni la esperanza ni el amor.

Un paso al presente.

Las vecinas chismorreando, dejándole cada vez menos comida en la mesa, cada vez más agria.

Un paso a todas partes.

El muro azul con blanco de la cárcel, el techo de su habitación, los ecos en los pasillos, los ruidos de los fantasmas, la radio del cuarto vecino, las burlas de los niños en la escuela, la voz de María gritando, arrancándolo de la cuna.

Eliseo saca una baraja del bolsillo.

—Papá, una última cosa. Tome una carta.

—¿Ha estado practicando?

—Un poquito.

—Me parece bien... aunque es mejor que desde ahora se dedique a otra cosa. La magia no lo va a llevar a ninguna parte.

Manuel toma una carta al azar, la mira y levanta las cejas. La pone en su pecho sin destaparla.

—Papá, no hay que ser mago para saber qué carta le salió.

Un paso más lejos.

La palidez de los rostros en el penal, el olor de la aromática, el temblor de las piernas de Manuel, el columpio, las piernas demasiado largas, saliéndose del catre. La

cicatriz redonda y queloide que atravesaba de lado a lado el brazo de Manuel. La esperanza extraviada, el niño extraviado.

Girar la cabeza para decir

—Adiós papá.

—Hasta luego, Dos de Corazones.

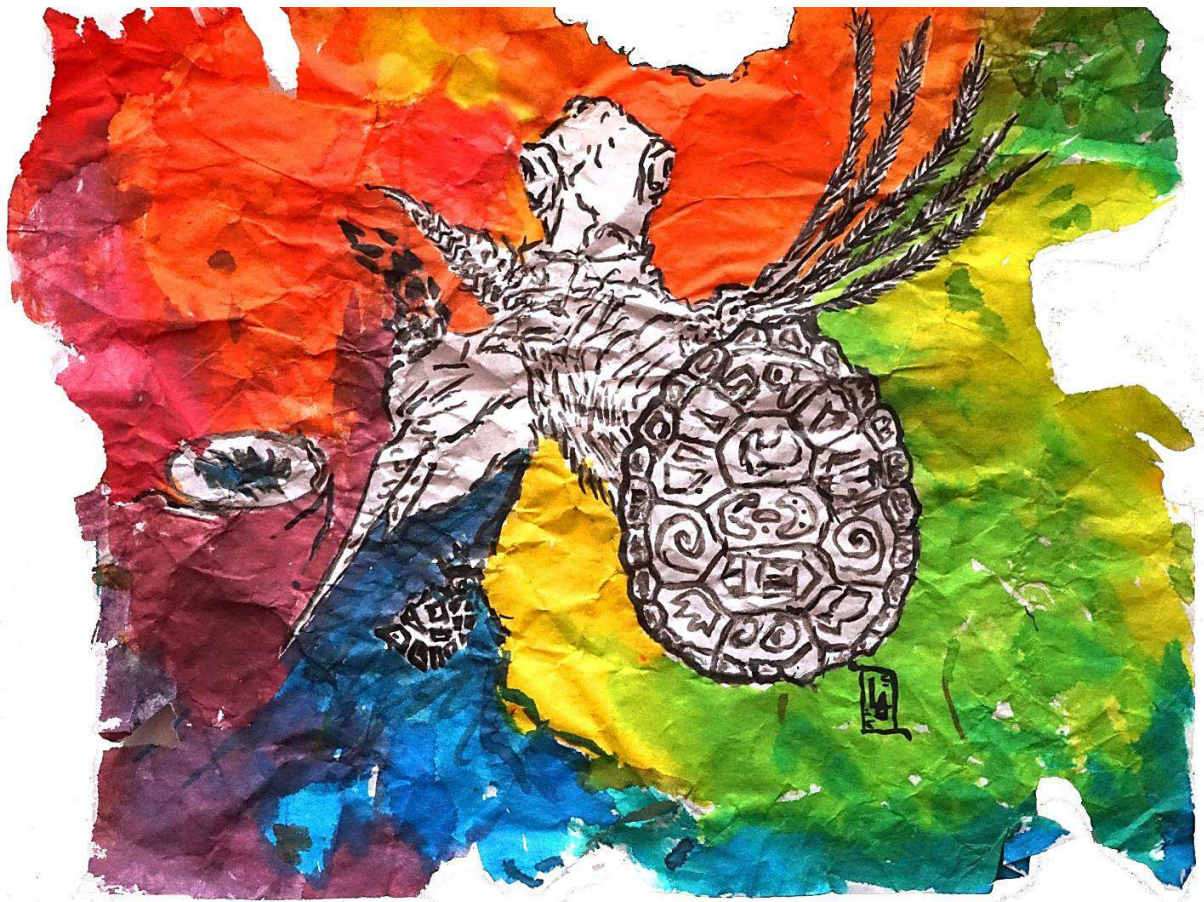
Un paso al futuro.

Así de fuerte, incisivo, doloroso como una cicatriz que sana en falso.

El parque *De La Fe* abriría sus brazos en la tarde soleada. Regresaría al parque, aunque ahora sin fe.

Un paso fuera.

Salir para olvidar el frío de las cuatro de la mañana del último domingo del mes.
Salir sin el Dos de Corazones, sin el corazón siquiera.



(2010)

LAS TORTUGAS REGRESAN

Muy de mañana, frente al espejo del baño, Ananías miró las arrugas de su rostro, e imaginó que cada una de esas líneas representaba los sesenta y dos años anhelando el regreso a casa. Quería lucir diferente, eliminar la barba grisácea que lo había acompañado durante casi toda su vida, apaciguar las emociones que no le habían permitido dormir tranquilamente la noche anterior y moderar todo ese temblor de recuerdos.

En medio de la auto-contemplación, se percató de que ni siquiera recordaba cómo usar la rasuradora. Necesitó bastante tiempo para reaprender a afeitarse hasta quedar liso como la papada de una tortuga. Le pareció que el cambio no le sentaba mal, aunque por momentos dudaba de su aspecto, tratando de encontrarse a sí mismo en ese nuevo reflejo. Tuvo la fugaz idea de rasurarse la cabeza, pero desistió del impulso porque creyó que el funcionario de la alcaldía respetaría un tanto sus canas.

Se quedó admirando su extrañeza, la diferencia en el tono de piel: los pómulos y la frente tostados, curtidos por el sol, mientras que las mejillas reaparecían en ese blanco casi secreto. Ananías reconoció que su rostro y su aspecto, por mucho tiempo, fueron materia de olvido. Sabía que el ritual del cambio era solo una excusa para sentirse renovado e ir al reencuentro con la vida, así que le puso punto final a la ceremonia apartando de sí el desorden emocional y pasó a su habitación para recoger la mochila. Era hora de marcharse. La casa lo esperaba.

De camino a la estación de buses, pensó qué hacer durante las cuatro horas de camino que necesitaba para llegar a su destino. Le pareció que leer era la mejor opción, pero recordó que nunca lo disfrutó cuando estaba en autos en movimiento... concluyó que los libros debían esperar un rato, aunque las cuatro horas eran una pérdida de tiempo valioso, los años de prisión le enseñaron a degustar los libros con tranquilidad y que leer era un oficio de tiempo que no regresa. Así que era mejor no arruinar ni el libro, ni el momento.

Subió al bus que lo llevaría a su pueblo. Caminó de medio lado por el estrecho pasillo buscando el último asiento, donde el sol calentaba con mayor fuerza. Ahora, después de tantos años de encierro, tomar el sol era una prioridad. Recordó que uno de los mayores castigos en la cárcel, era vivir con el tiempo condicionado para disfrutar de las pocas cosas buenas que le ofrecía el mundo, como la compañía y el sol. Antes de que el bus se echara a andar, Ananías se acomodó y pensó que quizá todo ese asunto de la cárcel no era más que un mecanismo de violencia que ofrecía la sociedad para controlarse a sí misma.

Aunque estaba acostumbrado a quitarse las gafas antes de tomar la siesta, prefirió mantenerlas durante el trayecto. Pensó en su vida y en esa nueva libertad que significaba acostumbrarse a un mundo lleno de movimientos rápidos, un mundo donde él era obsoleto, discordante, anacrónico... Ananías se sentía extraviado de todo. Sin embargo, sabía que ese era el día para igualarse con el ritmo de la maquinaria loca del mundo e ir a reclamar lo que le pertenecía desde siempre... concluir con la espera, por fin y de una vez por todas.

Mientras leía una a una las vallas de la carretera, pensaba en el pasado. El viento revolvía sobre su frente los poquitos pelos blancos que le quedaban. Sus manos se

aferraban con fuerza al bastón y la mochila arahuaca que le obsequiaron León y María, como parte de un regalo familiar para celebrar su bienvenida al mundo exterior. Recordó por un momento a León, su único camarada en los años duros de prisión y a María, la hija de León, quien pese a todas las advertencias de Ananías, decidió exiliarse en el monte y dedicarse a la vida guerrillera.

León había salido en libertad un par de años antes que él, sin embargo, siguió visitándolo constantemente. Justo el día que Ananías salió en libertad, vio que él lo esperaba en la puerta de la cárcel con un gran abrazo, la mochila y un mensaje de parte de María:

“Mi hija te manda a decir que eres su héroe y espera que disfrutes tú libertad. Te envía este regalo desde la Sierra y pide que siempre tengas en mente que el tejido comunica los mundos. Ella me explicó que los indígenas tejen para poner en movimiento las ideas, entre una y otra fibra mantienen unido el deseo y la esperanza... Me pidió que te diera la mochila porque es el todo... o un todo que tú necesitas ahora. Recuerda siempre que una mochila es el vientre de una madre, un abrazo protector, una casa portátil”.

León lo invitó a que se pusiera la mochila, le enseñó que adentro había un caparazón y le contó que ése era el regalo principal:

“Recuerdo todos nuestros intentos de fuga... éramos jóvenes y queríamos, necesitamos vivir fuera de toda esa locura... y ya ves, inunca lo logramos! Por el contrario eso nos alejó más tiempo de la libertad. Ahora que somos viejos es que venimos a aprender que a veces, para ir rápido, hay que moverse lento”.

Ananías revivió el asombro del recuento que le hizo su amigo. Cruzó la correa de la mochila sobre su pecho y la giró para sacar el caparazón. Recordó el consejo de su amigo León:

“Nunca olvides que uno debe llevar su casa a donde vaya. Ese es el consejo de la madre tortuga”.

Esa fue su última conversación. Un par de meses después, a León le detectaron un cáncer intestinal que corría más rápido que sus deseos de libertad. Durante su entierro, Ananías tuvo la revelación de regresar a casa. En medio de estos recuerdos, el sueño le doblaba la cabeza. Profundo, seguía pensando que estaba preparado simbólicamente con aquellas armas que le entregó su amigo.

Dentro de la mochila cargaba agua, comida, un álbum donde se confundían fotografías a blanco y negro con recortes de periódicos y el pequeño caparazón de la tortuga marina. Soñó el reencuentro con la tierra de las violetas y las naranjas. Vio el rostro de los grandes amigos que se perdieron en el tiempo, las tardes de infancia, los animales de granja que daban el sustento. Venían imágenes fugaces del día en que marcó en el suelo, casi diez años después del destierro, esa línea roja que definiría una vida entregada a la revolución.

Toda su mente era un caparazón habitado por la palabra Casa.

En medio de evocaciones e imágenes pasadas, la ruta intermunicipal llegó a su destino. Una voz le interrumpió los sueños:

“Señor, despiértese que ya llegamos. Tiene que bajarse”, dijo el conductor del bus.

Ananías trató de incorporarse pronto para sacudirse el sueño y estirar las piernas. Notó que la estación de buses ya no estaba donde él la recordaba. Desorientado por el sueño y las evocaciones, le preguntó al conductor:

“¿Cómo hago para llegar desde aquí a la alcaldía municipal?”.

“Sí señor. Camine por esta calle derecho”, dijo señalando fuera del bus, “Como a seis cuabras voltear a la derecha, llega al parque central y ahí al lado de la iglesia encuentra la alcaldía, como en todos los pueblos”.

“Sí, se me olvidaba que todos los pueblos son la misma vaina”, contestó Ananías con ganas de ponerle un bastonazo en la cabeza.

La figura esquelética y desaliñada de Ananías estuvo paralizada por un momento frente a la cafetería de la estación de buses. Era como si de repente hubiese olvidado las indicaciones del conductor del bus. Reconocía, muy a su pesar, que diez cuabras eran demasiado para sus temblorosas piernas, así que prefirió entrar a la cafetería para comer algo antes de pedir uno de los taxis que cruzaban la calle.

Dentro del carro buscó la agenda donde estaban escritos los datos del funcionario con quien debía reunirse. Leyó: *Juan Esteban Castro. Oficina de Organización Territorial. Segundo piso*. A Ananías le dolió la vejez. Reconoció lo agotador que era incluso leer que algo quedaba en un segundo piso.

Sin quitar la mirada de las calles y sus detalles, borrados parcialmente de la memoria, se sorprendió de lo mucho que había crecido el pueblo. Se aferró al álbum fotográfico y lo miró para contrastar las viejas fotos de atrio y la plaza de armas. El centro permanecía absolutamente igual. Pensó que de repente el conductor del bus tenía razón. Todos los pueblos son lo mismo, ni siquiera el tiempo los cambia.

Sacó unos billetes arrugados para pagarle al taxista y tomó impulso para salir a combatir esa plaza efervescente, tan llena de vida. Trató de escabullirse entre el gentío del medio día, en ese cardumen de personas que salían de sus trabajos para buscar alimento o un espacio en la sombra de los árboles de la plaza principal. Caminó hasta el

edificio de la alcaldía para enfrentarse a las eternas escaleras. De vez en cuando, en situaciones como esa, Ananías echaba de menos la comodidad y holgazanería de sus últimos años en el pabellón de tercera edad. Al menos allí nunca tuvo que subir y bajar escaleras. Llegó fatigado a la oficina y tomó un poco de aire antes de anunciarse. Un hombre joven, vestido con elegancia, le abrió la puerta.

“Buenas tardes ¿Es usted el doctor Castro?”, dijo Ananías.

“Sí señor ¿Lo puedo ayudar en algo?”.

“En mucho. Yo soy Ananías Poveda, el dueño de la hacienda Coloniabaja”.

“Lo estaba esperando. Siga y tome asiento Don Ananías”, el doctor Castro hizo una pausa para mirar su reloj y luego agregó: “¿Cómo le fue en el viaje... muy largo?”

“Sí señor, estuvo muy largo. Llevo sesenta y dos años en este viaje. ¿Será que podemos ir a la hacienda ya?”.

Aunque Ananías no quería ser rudo, sabía que con los funcionarios había que ir directo al asunto, o si no aplicaban todo el peso de la burocracia para retrasar el trámite y la emoción del regreso no daba espera.

“Por supuesto, ya mismo salimos, solo déjeme buscar las llaves y llamar al conductor para que nos recoja.”, concluyó el doctor Castro.

Tomaron el carro camino a la vereda Las Violetas, que está a veinte minutos del pueblo. Durante el trayecto el funcionario trató de hacerle conversación a Ananías, pero pronto se dio cuenta de que él no le prestaba mucha atención. Estaba demasiado ocupado contrastando los paisajes, recordando la ruta que recorría a pie por los antiguos caminos de herradura para ir a la escuela o la iglesia de la cual lo expulsaron por sus ideas rebeldes. Le sorprendió ver la cantidad de casas que ahora poblaban esas montañas. “La gente nunca para de multiplicarse... además han pasado más de sesenta

años desde la última vez que estuve por acá” dijo sin la mínima intención de establecer diálogo con el doctor Castro.

El automóvil los dejó sobre el pico de la montaña. Desde allí tenían que caminar en descenso para llegar a la cerca de piedra, de casi dos metros de altura, que delimitaba los linderos del predio y el portón de lo que había sido la hacienda que Ananías reclamaba bajo el nombre de Coloniabaja. El doctor Castro avanzaba marcando el paso, hasta que advirtió que debía disminuir el ritmo y ayudar a Ananías a descender la falda de la montaña.

“¿Recuerda lo que le decía por teléfono?”, inició Ananías con voz jadeante, “La montaña tiene forma de pirámide. ¡Mírela! Podrán poner carreteras nuevas, construir miles de casas, cambiarle el nombre a todas las cosas, pero la naturaleza nunca nos traiciona. Aunque la biblia diga que la fe mueve las montañas, las cosas permanecen intactas... pero bueno, aquí entre nos, le cuento que la biblia dice puras mentiras”.

“Deme la mano señor Poveda”, dijo el doctor Castro extendiendo el brazo para ofrecerle apoyo, y continuó “Cuando usted pasó la solicitud de restitución de tierras nadie entendía de qué estaba hablando. El caso estuvo dando vueltas todos estos años por los despachos relacionados con la ley de víctimas del conflicto, después por la gobernación de Cundinamarca y luego terminó aquí. Nadie entendió su solicitud, ni la demanda que le puso al jefe del partido Conservador de esta región, que ya llevaba como cuarenta años de muerto”.

“Sí. Era el único recurso que me quedaba. Aunque esa ley se la inventaron para reparar a las víctimas de la violencia actual, es la única que me sirve para que me devuelvan Coloniabaja. Llevo muchos años soñando con ganar esta pelea”

“Ojalá funcione la demanda. Ya casi llegamos”, dijo el doctor.

Parado frente al portón principal de la antigua hacienda, Ananías se fijó en lo oxidado y roído que estaba el metal de las rejas. Los años y la maleza habían cubierto gran parte de la explanada donde se encontraba la casa principal. El Doctor Castro se acercó para jalar la cadena que unía las naves de la reja y buscó el candado que mantuvo sellada por muchos años la casa. Sacó las llaves y abrió.

Caminaron algunos metros hasta llegar a los muros derrumbados que se asomaban sobre los yerbajos. Solo quedaban ruinas, un croquis de paredes a medio demoler que delimitaban lo que antes había sido la casa de los Povedas. Ananías se sentó sobre uno de los muros, quizá en el de la cocina, que tenía una gran ventana para contemplar esa vista que coronaba todos los cerros de la región. Desde allí pudo comprobar que el panorama seguía siendo el mismo que en sus recuerdos. Lo había descrito miles de veces en las solicitudes y llamadas telefónicas que hacía desde la cárcel para que los abogados de las entidades accionaran el proceso legal.

Caminó un poco alrededor de los escombros y se detuvo en la mitad de lo que él consideraba su casa. Tras recobrar el aliento, Ananías continuó:

“Acá en este espacio estaba la habitación de mis padres. En este lugar fue donde nos parieron a todos. En este punto...”, dijo señalando el suelo con el bastón “mi mamá enterró el ombligo de todos sus hijos. Ella decía que así no nos perderíamos de la casa nunca, que aquí permaneceríamos. Y mire lo que son las cosas, en 1948, cuando mataron a Gaitán, se formó el desorden en todo el país. Yo solo tenía diez años. Todo este exilio fue porque mi familia pertenecía al partido Liberal, y a pesar de que no teníamos problemas con ningún Conservador, hasta acá, a esta vereda tan lejana, vinieron a traernos su terror. Llegaron a la madrugada. Primero se robaron los caballos

y toda la cosecha, luego le prendieron fuego al establo. Querían que viéramos. Y lo vimos, sí que lo vimos”.

La mirada de Ananías se perdía por momentos en la lejanía de los montes, recordando cada olor, cada lágrima, cada momento de miedo antes de dormir. El doctor Castro solo se limitaba a revisar su reloj de cuando en cuando y no paraba de golpear el suelo con el tacón de sus zapatos. Ananías tomó una pausa para buscar el agua que traía en la mochila. Sacó la botella junto con el caparazón. Bebió un trago largo y puso la tortuga marina sobre el suelo.

Ananías continuó:

“Cuando sonaron los disparos que callaron los ladridos de nuestros perros, nos asomamos a la ventana para saber qué estaba pasando ¿Puede creer que uno de mis primeros recuerdos de infancia sea una manada de ovejas, balando horrorizadas y corriendo en llamas por la huerta de la casa? Llevo más de sesenta años soñándome con esa misma escena. Ellos se reían como locos y gritaban: ¡Eso les va a pasar si no se largan de acá ¡Liberales hijueputas! Antes de irse lanzaron las antorchas al techo de la casa y se perdieron entre la niebla. Nosotros salimos corriendo de ahí... todos menos mi hermana Carmen que se había quedado dormida. En cuestión de segundos la casa entera estaba ardiendo en llamas”.

Decía todo esto mientras cruzaba por su mente el recuerdo de Carmen. Su sonrisa, sus ojos azul marino, su cara de niña traviesa, sus pecas, el gesto de bajar la mirada cuando mamá la regañaba, sus maneras de ser silencio. Ananías se reprochaba así mismo que ya ni siquiera le dolieran esos recuerdos. Sin embargo, se animaba pensando que esa era parte de la misión: al recuperar la tierra, también rescataría una memoria digna para hacerle duelo a sus muertos.

“A Carmen nunca pudimos enterrarla”, agregó, “Lo único que queda de ella es el ombligo que debe estar en alguna parte en el fondo de este pedazo de tierra”.

“Es una pena toda esa historia”, dijo el doctor Castro como regresando del letargo y luego continuó: “Tenemos su informe con el testimonio completo, los documentos y las fotos que nos entregó. Todo parece comprobar que la hacienda era de su familia. El problema es que las escrituras de la hacienda, en medio de la revuelta, fueron quemadas tanto en esta casa como en la alcaldía. Recuerde que fue todo el pueblo el que se prendió en llamas. Debe entender que hay mucha gente interesada en quedarse con esta tierra”

“Sí, eso lo sé... pero es mía por derecho, es mi herencia” dijo Ananías.

“Es cierto, pero le repito cómo están las cosas: originalmente era de su familia, según dice usted, desde 1846. En 1949 pasó a manos de uno de los jefes Conservadores que mataron después cuando la violencia se hizo más cruda, así que se quedó sin dueño por muchos años. Luego pasó a ser clandestinamente una de las propiedades donde se decía que se escondía un narcotraficante. Es decir, esta tierra ha sido de todos y ahora no es de nadie”, terminó de exponer el doctor.

Un silencio breve se interpuso en la conversación. El viento suave, el clima cálido y la vista de la inmensidad del territorio mantuvieron a Ananías con ese rostro de satisfacción de quien encuentra lo que ha buscado siempre. Incluso el doctor Castro se tomó un tiempo para contemplar, sentado cerca de Ananías.

“Doctor ¿Usted cree que esto saldrá bien?”

“Voy a ser muy franco con usted, don Ananías”, dijo tomando fuerzas para ponerse en pie “Usted sabe cómo funciona la ley en Colombia. Pueden pasar meses, incluso años antes de que los jueces decidan si le dan validez a su testimonio y a su reclamo”.

Ananías se incorporó. Dio unos pasos hacia el centro de las ruinas y allí enterró la punta de su bastón. Comenzó a moverlo en círculos. Miró hacia el suelo donde la tierra comenzaba a emerger. Golpeó un poco el caparazón de la tortuga y continuó:

“Está bien doctor Castro, por ahora todo está bien. También quería regresar para ver si sobrevivía a los recuerdos. Si hay que esperar, si llevo tantos años esperando, resistiré un poco más. La cárcel me hizo paciente”.

Ananías se arrodilló para hacer un montículo de tierra y lo compactó con los dedos para fijar allí el caparazón de la tortuga.

“A veces hay que ir lento para avanzar”.

“Así mismo”, agregó el funcionario un tanto sorprendido con las acciones de Ananías, “Ya tengo que regresar a la oficina... me espera mucho trabajo por resolver aún”.

“No hay problema doctor”, musitó el viejo, “Usted puede marcharse ya. Para mí lo importante era regresar”.

“¿Cómo así que puedo marcharme? ¡Nosotros tenemos que irnos juntos don Ananías!”, dijo un tanto irritado el doctor Castro.

“No es necesario que me espere... yo quiero quedarme un rato más”

“¿Y cómo piensa irse de aquí después? Mire que aquí cerca no vive nadie y no pasan buses”

“Tranquilo doctor, yo hablé con el taxista que me llevó a la alcaldía y quedé en marcarle al celular para que me recogiera aquí. No se preocupe por mí”, dijo Ananías con calma.

“Pero yo tengo que dejar cerrada la hacienda... recuerde que por ahora, o por lo menos hasta que salga el veredicto, este terreno es propiedad de la alcaldía”

Ananías hizo una sonrisa de viejo sabelotodo y algo de brillo se filtró en su mirada cuando dijo:

“Yo sé que usted tiene mucho afán y poco tiempo para perder en conversaciones. He esperado y viajado mucho para llegar hasta aquí... solo le pido que me deje pasar unas horas más para disfrutar el atardecer en mi casa. Tengo todo el derecho de pedir ese deseo. Le aseguro que cuando salga cierro el candado”

El doctor Castro no podía esconder su cara de molestia frente a la situación. Tomó su celular y vio que tenía una cadena de mensajes de la oficina. Por el aspecto de sus ojos parecía dudar, pero a ratos parecía también reconciliarse con la idea, como si dos voces pelearan dentro de su cabeza: una diciendo que no se debía confiar en nadie y la otra gritando que el viejo no lo metería en problemas. Luego de revisar el último mensaje de texto, dijo:

“Está bien... Confío en su palabra. Ya tengo que salir a una reunión. Yo lo mantendré al tanto del proceso”

“Gracias doctor”

“Hasta luego don Ananías”

El doctor Castro extendió la mano para despedirse rápidamente del viejo y salió casi al trote hasta llegar al portón. Allí se detuvo para señalar el candado, como para que no se le olvidara del trato. A los pocos segundos desapareció junto con el rugido del motor del carro.

Ya en soledad, Ananías pensó que en otra época hubiera asumido toda esa situación con rebeldía, con ánimo de una huelga. En cambio ahora, ya viejo y sin fuerzas, la única pequeña resistencia solo era posible desde el engaño de una mirada dulce.

“Yo soy mi casa”, dijo con fuerza, y luego volvió la mirada al suelo. Pensó que ese era el viaje, entender que las leyes de los hombres son inferiores a las leyes de la naturaleza: Podrían no devolverle la tierra, pero él sabía que ni siquiera eso podía alejarlo de la determinación de quedarse allí. Ni la muerte. “Después de todo, aquí está mi ombligo enterrado”, dijo para sí mismo mientras acariciaba el caparazón, “Las tortugas no pueden estar equivocadas”, concluyó Ananías como si fuera una plegaria para su amigo León.

Mientras contemplaba el atardecer, recordó que esa mañana había tenido la certeza de que hasta Coloniabaja tendría que ir a buscarlo la muerte. Antes de que oscureciera, como lo había prometido, Ananías se acercó hasta el portón y cerró el candado desde adentro de su casa.



(2008)

TREPANACIÓN Y PLUMAS

La medicina tradicional no aceptará la trepanación de ninguna manera, sin embargo, algunos cirujanos eclécticos realizan la práctica legalmente, y sin ortodoxias innecesarias. El procedimiento quirúrgico está diseñado para ser efectivo y liberador, con el fin de ayudar a quienes lo necesiten.

Bahuer, Charles. «Rescatando la anatomía de los melancólicos» *Revista Qué Cosas*, No 135 (2001): 50-52.

La gran noticia había llegado a oídos de los pajarracos. Movidos por la curiosidad, convocaron a una reunión extraordinaria acompañada de cerveza y cigarrillos. Eliseo fue el maestro de ceremonias en la lectura del artículo y el principal promotor de la idea de buscar el documento completo, para abarcar todo ese mar de información sobre el procedimiento de la trepanación.

—Déjame ver si entiendo— dijo Tomás, el pajarraco más incrédulo— ¿Estamos leyendo un artículo de revista sobre un informe científico más extenso?

—Así es. El otro documento me lo entregan hoy en la biblioteca— respondió Eliseo. Luego hizo una pose de sabelotodo y miró a la parvada en pleno.

Antonio quizá el más sobrio de los pajarracos, formuló una pregunta casi retórica:

— ¿O sea que cuando entra más sangre al cerebro, se libera la presión que nos está matando de tristeza y que para solucionarlo, solo necesitamos abrir un agujero en el hueso parietal?

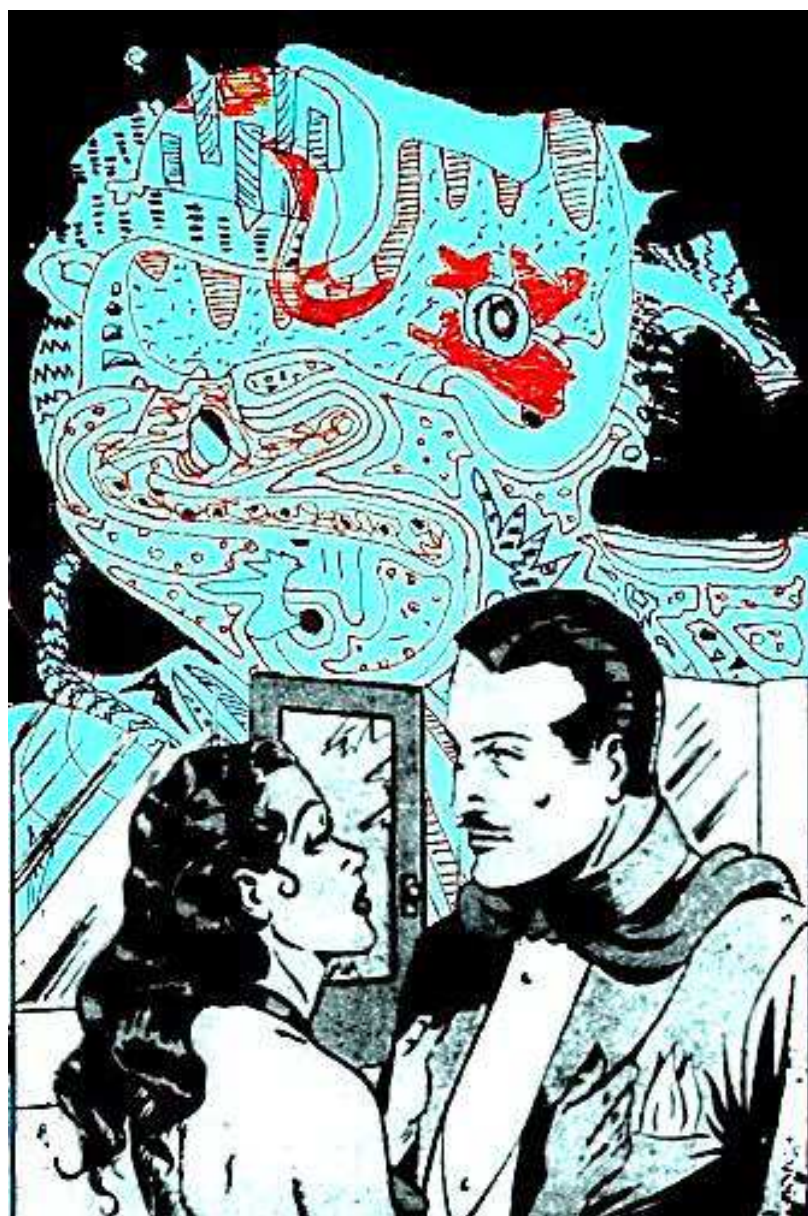
La parvada, como si se tratara de un vuelo migratorio, asintió en una coreografía de plumas y picos movidos por la esperanza.

Después de oír las conclusiones y las alentadoras noticias, los pajarracos comenzaron a celebrar. Cesar destapó unas cervezas para brindar, y así se unieron al alto porcentaje de pajarracos, de todas partes del mundo, que optaron por ejecutar la trepanación como solución antes de que llegara el instante en el que todo cambia y todo pierde sentido.

Desde luego, en medio de la ebriedad y la ansiedad por poner a prueba el procedimiento, se olvidaron de la sugerencia que había subrayado Eliseo para terminar de leer el artículo completo. Y como los pajarracos borrachos se comportan como unos grandísimos tontos, salieron en vuelo colectivo, dejando a Eliseo enfrascado en la tarea de buscar en la biblioteca.

Tomás, Antonio y Cesar iniciaron el procedimiento a escondidas en el nido de Tomás. La ebriedad y la efervescencia no les ayudó mucho para recordar el fragmento verdaderamente importante de lo que escucharon en el artículo: “Quirúrgico”. Sin saber cómo se las arregló para coordinar el equilibrio, Tomás, el pajarraco más depresivo, buscó en el nido un objeto enfundado que pertenecía a su padre. Pajarraco por pajarraco abrieron el pico enorme, pegaron al paladar el cañón frío y pusieron las garras en el gatillo, ejecutando un hoyo perfectamente circular en el cráneo y justo como decía el artículo: en el área parietal. De cualquier manera su procedimiento también aliviaba la depresión. Diferentes procedimientos, mismo resultado. Muy bien por los avances en la ciencia empírica de los pajarracos. Bien por ellos.

Mientras tanto, aun en la biblioteca, Eliseo se preguntaba si sería mejor sacar fotocopias para todos o pedir el libro en préstamo para la próxima sesión de lectura.



(....)

COLOQUIO DE LOS AUSENTES

ÉL: ¿A qué has venido?

ELLA: A ver tu rostro.

ÉL: No tengo uno... lo arrojé al mar hace mucho tiempo. ¿De dónde vienes?

ELLA: Vengo de las tardes nubladas y frías, vengo del olor de la montaña, de la tinta del sietecueros entre los dedos. Mis pies descalzos buscan el camino que los ideales me hicieron olvidar. La vida me hizo un mal juego, me engañó y ahora regreso aquí, arrepentida.

ÉL: Tu historia me astilla la memoria, tú nombre un eco en mi tristeza. Siempre quise saber tu verdad. Cuando hablé con tu madre, me dijo que no quería saber nada de ti. El mayor de sus dolores fue haber perdido su semilla contigo. Me dibujó un poco los pesares que ahora agonizan con ella. Cuéntame ¿Por qué llegaste hasta acá después de tanto tiempo?

ELLA: Vine para ver a mi niño. Sé que lo dejé solo, a su suerte, mientras yo seguí el murmullo del viento en un canto de libertad. Vine a contarle que caminé como errante, que dormí bajo los árboles y a veces en sus copas como un simio. De mi paso lento, de mi rutina para esquivar la muerte, de cuando quise regresar a sus vidas y no pude. De esa culpa que, entrando por mi boca, sofocó mis palabras, mientras yo rasgaba piedras hasta arrancarme las uñas.

ÉL: Hablas de la época en la que yo me quedé paralizado bajo el quicio de la puerta, esperando tu regreso... de cuando comencé a caminar lento, cruzando todos los

días el umbral de nuestra casa con el anhelo de oír tu voz y ver tu mano volviendo a la mía.

ELLA: Sé que les fastidié el destino, pero para mí tampoco fue sencillo. Anduve tan alerta que aprendí a escuchar el pulso de la tierra en planta de mis pies. La lluvia mordió mis mejillas, los perros nocturnos durmieron conmigo. Hasta el viento sentía pena por mí. Un día perdí el miedo, empecé a ver a lo lejos una luz entre mis párpados, en medio de las montañas, como un recuerdo. Seguí el camino de esa luz que laceró mis pies. Tropecé con muchas fieras, me devoraron mil veces. Nadie en el camino hablaba mi lenguaje, nadie respondió mis preguntas. Luego encontré la forma de llegar hasta aquí.

ÉL: Es cruel que vengas aquí sin nada más que el olor de la montaña en tus manos y con esas historias que me producen mareo y tristeza. ¿No te remordió la conciencia haber dejado todo atrás, para irte a pelear por esta tierra miserable que ni es nuestra, ni de nadie? ¿No te parece algo descarado venir aquí solamente a contarnos de tu miseria haciendo caras de resignación?

ELLA: No me atormentes. Lo único que tengo son las travesías de mi mente... historias de desilusión, de la pérdida de la esperanza. Aunque comprendo que hasta tu sombra respire odio por mí.

ÉL: Soy el odio respirando, es cierto.

ELLA: No seas cruel. Solo dime dónde está mi niño, ¿Viviré aún en su memoria? Quisiera volver a ese pasado y borrar esta gran confusión de la vida. No me gustaría ser un fantasma.

ÉL: Hábil eres, mujer, en el arte de dejar las respuestas en el vacío... Pero, ahora que lo dices, es posible que durante los años de tu ausencia, mi hijo y yo hayamos aprendido a dialogar con tu fantasma, con tu memoria, hasta con tu propio olvido. Ambos convivimos con esa presencia tuya tan parecida a la de los muertos. Tú dejaste de existir hace mucho tiempo. Seguramente yo también estoy un poco muerto, aunque no me haya dado cuenta por estar resistiendo al tedio y la indiferencia. Pero ese es otro asunto, de nada sirve saber si estamos vivos o muertos. Nada importa. Igual, seguiremos vagando entre las sombras.

ELLA: Ahora pones la condena en el filo de tu espada. Me borras de la vida de mi hijo. Tú sabes que no quería huir del niño. A menudo me pregunto por sus palabras, por cómo será su rostro. Ha pasado tanto tiempo, tantas cosas... quizás aún no quede una oportunidad para redimirnos y curarnos.

Él: Quizás en otra vida.

ELLA: Ahora los papeles se invierten. Te condene en el pasado a la soledad y a un dolor de muerte, ahora tú con la espada señalas mi caída.

ÉL: Con mi espada y mi memoria. Ayer tu abandono manchó las paredes de la casa nuestra, hoy el hollín de los años ha sepultado cada momento de este largo camino hacia mi ruina, del acostumbramiento a una soledad donde solo se escucha tu nombre. Ayer mi hijo podía mirarme a los ojos con respeto, pero desde que supo la verdad sobre ti, se ha llenado de soberbia y no puedo descifrar qué hay detrás de sus ojos.

ELLA: Caigo al abismo del destierro nuevamente. Tus palabras son un acertijo envenenado que condena mis pasos a lo indescifrable. La dulzura de mi hijo me es vedada en tu ironía. Me has cortado la mirada y mis ojos sólo buscan el recuerdo de un

niño nublado entre mis lágrimas. En ti se acumula todo el odio... hay demasiado polvo sobre esa herida putrefacta e intocable.

ÉL: Nunca aprendí un truco para desaparecer el olvido.

ELLA: Yo jamás los olvidé, sus rostros aparecían frente a mí como un espejismo en el desierto. A donde fuera siempre tenía presente la casa, las calles de nuestra vida juntos.

ÉL: Sería mejor no recordar.

ELLA: Me condenas, me destierras, me matas mil veces.

ÉL: Has llegado tarde. El niño se ha ido, ya no queda nada de su tierna mirada.

ELLA: No puedo evitar el regreso.

ÉL: Entonces serás un fantasma. Ese niño que buscas ya no existe, ahora tiene su primera barba y no quiere trato con ninguno de nosotros.

ELLA: ¿Y a dónde iré ahora?

ÉL: Fuera del abismo de mi pecho.

ELLA: Quisiera ir a un lugar donde todo lo vivido no termine en ruina, donde no estemos perdidos desde antes.

ÉL: Si existe, te deseo suerte. Termina de morir allí. Ve al olvido que te corresponde. De cualquier manera ambos nos iremos desintegrando.

ELLA: Seguiré siendo muerte y olvido... me voy desvaneciendo.

MANDAMIENTO

María lo descubrió en una de las visitas que hizo a su padre en el pabellón de tercera edad. Él estaba hablando sobre las injusticias del penal y cómo tenían que organizarse para exigir sus derechos. A ella le pareció desafiante que un anciano tuviera tanta entereza y poder de convencimiento para agrupar a la gente. Oírlo hizo que le hirviera la sangre y el corazón le latiera de rebeldía. Desde ese día María se interesó en la historia de aquel viejo y buscaba acercarse a él por medio de su padre. Domingo a domingo, como si se tratara de una misa, María se dedicó a escuchar la gesta revolucionaria, la pasión por los ideales y las aventuras en la vida de Anarquías.

Él comenzó contándole que el primer mandamiento era el amor a la revolución. Todas las personas que habían entrado a su vida, estuvieron supeditadas a esa norma. Decía que en el amor todo era cuestión de intercambio, un trueque donde cada ser debía mantener su autonomía, su espacio de determinación. Por eso a todas sus mujeres las llamó indistintamente “compañeras”, bien si fueran camaradas del partido o eventuales conquistas sexuales. Esto incendiaba la imaginación de María. Nunca había oído a alguien tan mayor hablando con tal conocimiento sobre la libertad, alguien que en su cotidianidad se atreviera a nombrar el amor de pareja, según su experiencia, como una invención del capitalismo.

Así, domingo a domingo, María se fue metiendo en ese mundo paralelo y enigmático donde Anarquías era el padre fundador. Le contó que la génesis del comunismo había sido en un pueblito miserable y que luego llegó a Bogotá gracias a él.

Se mofaba diciendo que el *divino verbo contestatario* había venido desde el campo, como una aparición de la virgen.

Poco a poco se volvieron muy amigos y, sin que él se diera cuenta, terminó convertido su mentor. Todas las historias de ese pasado aventurero fueron sembrando una semilla radical en María, especialmente cuando Anarquías empezó a hablar de cómo llegó a la “única” respuesta posible: para hacer un verdadero cambio en el país, tuvo que dejar la ideología de escritorio y empezar una guerrilla a nivel nacional. La primera fase del plan fue organizar políticamente a los camaradas para enviarlos a las tres cordilleras; ellos se encargarían de reclutar adeptos, conformando un gran ejército movido por ideales sobre la distribución justa de recursos y oportunidades. Anarquías le dio a sus adoctrinados la certeza de que para vencer a la oligarquía colombiana, tendrían que vivir y actuar bajo la sombra, mientras se preparaban para la gran rebelión. Luego se tomarían la ciudad capital, ese centro de poder doblegado a los intereses del capitalismo. María se llenó de admiración al escuchar que él había llevado las ideas sobre el campo a la universidad pública y que fue el mentor de un cura que cambió las misas en latín por un discurso teñido de rojo.

Después de un tiempo María se comenzó a dar cuenta que las historias habían dejado de ser heroicas. En la fraternidad de quien las contaba, se fue haciendo más visible el lado humano. Igual María no perdió el interés en oírlas. De tal suerte, las versiones de Anarquías dieron una vuelta de la tuerca: le confesó que alguna vez se olvidó de la causa por seguir a una mujer rebelde a quien sin dudarlo se limitó a decirle “mi amor” y comenzó a evadir la responsabilidad de entrenar camaradas en las universidades. En los primeros años de su estadía en Bogotá, el partido tomó una fuerza arrasadora, mientras uno de sus subalternos señalaba a Anarquías, el iniciador de la

flama, acusándolo de alta traición al cambiar la revolución por la tranquilidad de una cama compañera. También le contó a María que por allá en los años sesenta, los ojos del partido se dirigieron hacia él porque no quiso atender la propuesta del cura para unirse a la guerrilla radical en el monte, como debía hacerse según los planes iniciales.

María seguía a Anarquías como a un gran maestro, convencida de que él conocía lo bueno y lo bajo del ser humano... él sabía de la ambición, la traición, la infamia y el castigo. Estaba enamorada de todo ese panorama que había descrito Anarquías y permitió que esas historias llenaran su imaginación. Pero una tarde María dejó de oírlo y le dijo que ya se sentía preparada. Ella no quiso escuchar razones... solo le pidió al viejo que no revelara nada a su padre.

Anarquías creyó que era un impulso de su juventud y se dedicó a pensar cómo terminar de contarle la historia sobre el proceso de expiación y el castigo que le impuso el partido por haber traicionado el primer mandamiento. En eso estuvo hasta que llegó el domingo de la ausencia. María nunca volvió a visitarlo.

VITA

Luis Eduardo Álvarez Marín (Bogotá, Colombia, 1982). Soy narrador e ilustrador. Me interesan formas de expresión como el cuento, la poesía en prosa, el cómic y el cuento ilustrado. He trabajado como profesor y promotor de lectura en diversas instituciones; gracias a esta experiencia me especialicé en dar a conocer obras literarias por medio de talleres y clases de iniciación a la lectura y la cultura escrita. Soy Licenciado en Educación Artística de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, y Master of Fine Arts in Bilingual Creative Writing, University of Texas at El Paso. Publicaciones: Reseña de *Mitos y leyendas indígenas: Libros sin cuerpo*; Reseña e ilustración de *Huckleberry Finn: Días que pasan nadando*; Editorial e ilustración: *Tiempo de clásicos*. IDCT, CERLALC, Boletín de Clubes de lectores. Bogotá, 2005 y 2006; Ilustración para el congreso “Languages of Resistance” First Annual Texas A&M Department of Hispanic Studies Symposium In homage of the centenaries of Julio Herrera y Reissig-Miguel Hernández-José Lezama Lima. Texas 2010; Ilustración de portada para el libro de poesía: *Rizomas*. Pablo De Cuba Soria. Tranvía Editores. Perú 2010; Cómic “Canción para una cuna vacía”, nombrada Primer Puesto en *obra plástica bidimensional*, categoría profesional. 1er Salón de Artes Plásticas en Tunjuelito. Bogotá, 2010; Ilustración para *Memorias del silencio*, *BorderSenses*, Volumen 8. El Paso, 2013; Ilustraciones para *Rio Grande Review*, Número 42. El Paso, 2013.

Permanent address: Carrera 86 D # 0-40. Bogotá, Colombia, 110871.

This thesis was typed by Luis Eduardo Álvarez Marín.